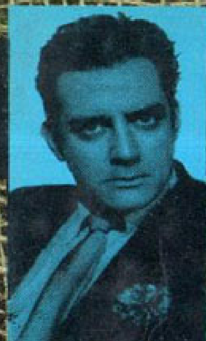
UNA AVENTURA DE
PERRY MASON



el caso del pico de partir hielo



ERLE STANLEY GARDNER

Cuando su prometido, el jefe de servicio de contabilidad de la empresa de la empresa en la que trabajaba, se fuga de la ciudad con los fondos de la compañía, Mildred, despechada, decide huir y cambia su identidad por la de una autoestopista muerta. Las cosas se complican cuando un investigador de seguros descubre la sustitución de identidad y Mildred recurre a Perry Mason en busca de ayuda.



Erle Stanley Gardner

El caso del pico de partir hielo

Perry Mason - 56

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Foot-Lose Doll*
Erle Stanley Gardner, 1958
Traducción: Miguel Giménez Sales

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Un cuarto de hora fue suficiente para que Mildred Crest quedara completamente destrozada. Este fue el tiempo que tardó el hombre a quien consideraba su prometido —Robert Joiner, jefe de los servicios de contabilidad de los grandes almacenes «Pillsbury y Maxwell» de Oceanside, California— para informarla por teléfono que, siéndole imposible ocultar por más tiempo los desfalcos sucesivos que había ido cometiendo desde hacía meses en la empresa donde prestaba sus servicios, a fin de satisfacer su pasión por el juego en las carreras, había resuelto huir llevándose consigo una fuerte suma de dinero.

Por lo cual, continuó la voz, le aconsejaba que, caso de recibir en adelante alguna llamada telefónica de «Pillsbury y Maxwell» referente a él, contestase que por haber roto el compromiso, no sabía nada ni tenía ningún interés en saberlo.

—Además, por otra parte, Millie —había terminado Joiner—, tampoco me veía en el papel de padre de familia, ni siquiera de marido, así que no debes lamentarlo demasiado.

Después de estas palabras había colgado, y Mildred no hubiese podido decir cómo se había reintegrado a su sitio en el trabajo, ni cómo había podido terminar la importante carta que estaba escribiendo a máquina. Cuando la presentó para la firma, el temblor convulsivo de sus manos llamó la atención de su principal y, a sus preguntas, acabó respondiéndole que se sentía algo indispuesta, por lo que aquél le aconsejó que no perdiese un minuto en marcharse a su casa para meterse en cama.

Al imaginar la alegría que tendrían algunas compañeras a quienes la noticia de su noviazgo había hecho palidecer de envidia, Mildred no pensó en otra cosa más que en abandonar Oceanside. Pasó, pues, por el banco para cobrar el cheque correspondiente a su

paga del mes, que había percibido el día anterior y retirar al mismo tiempo el saldo de todas sus economías, hecho lo cual se marchó a su casa para tomarse un baño y cambiar sus ropas por otras más apropiadas para viajar.

Cambiándose estaba cuando sonó el teléfono. Eran «Pillsbury y Maxwell» que querían saber dónde podían encontrar a Joiner.

Mildred les contestó fríamente que ahora que su noviazgo estaba deshecho, se desinteresaba completamente de Mr. Joiner. Después, a mitad de esta declaración, se puso a llorar y, tras una o dos tentativas infructuosas para reanudar el hilo de lo que estaba diciendo, se vio obligada a colgar el aparato.

El director general de «P, y M.» le testimonió su simpatía y comprensión y no insistió más.

En medio de sus lágrimas, Mildred empezó a comprender que no podía desaparecer así como así, ya que en tal caso llegarían a pensar que era cómplice de Bob Joiner. Pero como, por otra parte, no podía permanecer más en aquel pisito donde tan sólo la víspera soñaba maravillosos proyectos para el porvenir, salió y cogiendo su coche empezó a conducir sin rumbo fijo.

Al cabo de algunas millas se dio cuenta de que en el depósito no quedaba casi gasolina por lo que se paró delante de una estación de servicio, en Vista. Mientras el encargado se afanaba en su trabajo, Mildred reparó en una joven que estaba de pie, inmóvil, apoyada en uno de los surtidores. Al encontrarse sus miradas, la desconocida se le acercó con timidez:

—¿Puedo preguntarle adonde se dirige usted?

Con el espíritu abrumado por la pena, Mildred tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para responder.

—Lo siento… Voy conduciendo al azar. No tengo una meta determinada.

—Yo tampoco.

Esta respuesta obligó a Mildred a fijarse con más atención en su interlocutora. Entonces vio ante ella una joven de unos veintitrés o veinticuatro años, de ojos y cabellos castaños, y de su misma estatura, aproximadamente. También le pareció vislumbrar en aquel semblante una desesperación igual a la suya propia. Tanto fue así que, casi a su pesar, se oyó decir:

—Está bien. Suba.

—Traigo una maleta.
—Póngala en la parte de atrás.
Mildred pagó la gasolina y puso el motor en marcha. Después de unos instantes, declaró:
—Me llamo Mildred Crest.
—Y yo soy Fern Driscoll.
—Tal como le he dicho, no sé dónde voy…
—Sea donde sea, me conviene —se conformó la otra, con una voz desprovista de matiz.
—Vivo en Oceanside. Es posible que regrese allí esta misma noche.
—¿Oceanside? —repitió Fern—. ¿Dónde cae?
—En la costa.
—Desconozco completamente esta región. Llegué este mediodía de San Diego, en el automóvil de un joven amable que se creyó autorizado a tomarse ciertas libertades. Así que tuve que saltar del coche, aunque luego he tenido que caminar más de una milla hasta llegar al surtidor de gasolina.
—¿Vive en California?
—No… Gozo de completa libertad. Me dedico a viajar.
Un silencio descendió sobre ambas jóvenes, un silencio denso, preñado de siniestros augurios. Después, bruscamente, Fern dijo:
—He arruinado totalmente mi existencia.
—También yo —la consoló Mildred.
La otra sacudió la cabeza.
—Con toda seguridad no es igual. Yo he quemado todas mis naves detrás de mí.
Se produjo un nuevo y prolongado silencio mientras la noche se iba apoderando del día. Al llegar a una curva muy cerrada, la luz de los faros fue a perderse en las profundidades de un precipicio y Mildred oyó cómo su compañera murmuraba:
—¿No sería maravilloso hundirse en esta oscuridad? Allí, nada puede ya alcanzarnos. Todo quedaría atrás… ¿Vamos allá, Mildred?
—¿Dónde?
—A este precipicio.
—¡No, por todos los cielos! A lo mejor lo único que conseguíamos era quedar tullidas e imposibilitadas para toda la vida, y esto no iba a ser ninguna solución. Al contrario,

estaríamos…

De pronto, Fern Driscoll dio un salto hacia ella y, agarrando el volante, le dio vuelta con un ademán brusco y rápido, al tiempo que empezaba a reír con una risa histérica.

La negra sima… El coche que parece que vuela… luego va dando tumbos contra las rocas, con un ruido de acero que se quiebra… La risa… la risa… Un choque lanza a Mildred contra el volante, sacudiéndola a continuación hacia atrás, en tanto que el coche vuelca y, por fin, queda inmóvil.

Más tarde, Mildred recordó haber pensado en cerrar la llave de contacto y apagar los faros antes de permanecer tendida en las tinieblas, oyendo el gorgoteo del agua al salir del radiador, y respirando el penetrante olor de la gasolina. Entonces probó a abrir la portezuela sin conseguirlo. Pero, por fortuna, el cristal de la ventanilla de su lado estaba bajado y Mildred consiguió, tras no pocos esfuerzos, deslizarse al exterior.

En lo alto, se veía el cielo estrellado, y, a su alrededor, nada más que oscuridad y silencio.

—Fern —llamó Mildred—, Fern… ¿está usted herida?

No hubo respuesta.

Mildred se inclinó sobre el coche volcado, pero no pudo ver nada. Entonces tuvo la idea de buscar a tientas su bolso de mano que contenía una cajita de cerillas. Lo encontró al fin, encendió una y entonces estuvo a punto de desmayarse. Su compañera quiso abrir la portezuela y tenía medio cuerpo fuera del coche cuando éste chocó violentamente contra una roca.

Mildred apagó la cerilla y la tiró, mientras le parecía que la abandonaban las pocas fuerzas restantes.

Los faros de un automóvil iluminaron la carretera, allá arriba, y Mildred gritó en demanda de auxilio, pero su voz fue absorbida por el silencio reinante, lo mismo que una mancha de tinta lo es por un papel secante.

Recobrándose un poco, la joven se dio cuenta de que si bien sufría ligeras contusiones, no tenía ningún hueso roto. Lo único que le quedaba por hacer, pues, era trepar hasta la carretera, parar un auto y avisar a la policía.

Contemplando la oscura forma de la muerta, lamentó que la situación no hubiese sido al revés y… *Pero, ¿por qué no, al fin y al*

cabo?

Podía, evidentemente, coger el bolso de Fern Driscoll, que debía contener su tarjeta de identidad u otro documento cualquiera, y abandonar el suyo. La cabeza de la desventurada se había destrozado como un melón maduro al golpearse…

Claro que quedaba el asunto de las huellas digitales. Pero ¿es que se preocupa alguien de las huellas digitales de un cadáver? ¿Y dónde iban a compararlas con las de la misma Fern?

Fuese como fuere, valía la pena intentarlo. Si creían que la muerta era Mildred Crest, ésta no iba a protestar. En caso contrario, siempre le quedaba el recurso de presentarse en cualquier parte contando que había estado vagando por diversos sitios, sin conseguir acordarse de su verdadera identidad hasta que súbitamente había recobrado la memoria. Estaba enterada por algunas lecturas de que esto era posible. Se llamaba amnesia retrógrada…

Mildred empezó a buscar el bolso de Fern, pero cuando lo tuvo entre sus manos, se acordó del dinero que había en el suyo. ¿Debía cogerlo? Si dejaba su bolso vacío… Aunque, al fin y al cabo, era un dinero ganado honradamente y le haría mucha falta.

Mildred trasladó el fajo de billetes de un bolso a otro, luego quiso encender otra cerilla para escoger el lugar donde debía arrojar el suyo, pero al inflamarse bruscamente le quemó los dedos. Con un gemido de dolor, la soltó. Al instante, la gasolina se inflamó, violentamente y Mildred casi no tuvo tiempo para retroceder antes de que el coche se convirtiese en una auténtica hoguera.

Apretando contra su pecho el bolso de Fern Driscoll, se alejó corriendo del auto en llamas. Por encima de ella, en lo alto, un coche se detuvo con un largo chirriar de ruedas y acto seguido, en las tinieblas, la joven oyó el ruido característico de una serpiente de cascabel. Presa de pánico, dio un salto hacia el lado opuesto, reanudando su carrera en tanto que llegaban los coches de los bomberos. Por último, consiguió llegar a un sitio desde el cual le fue posible subir a la carretera.

Numerosos coches se habían estacionado mientras grupos de personas se interrogaban unos a otros. Tras haber puesto un poco de orden en su peinado y sus ropas, con toda premura, Mildred se acercó a un matrimonio cincuentón, de aspecto bondadoso.

—¿Podrían llevarme consigo? —les preguntó—. He ido a contemplar el fuego y mi familia se ha marchado en dirección a Pala. Como da la casualidad de que yo iba dormida en el asiento trasero cuando se han apeado a su vez, a la vuelta han debido creer que continuaba durmiendo. No se habrán apercibido de mi ausencia y no se darán cuenta hasta llegar a casa.

—¿Dónde vive usted? —se interesó la mujer.

—En San Diego.

—Nosotros vamos en dirección opuesta, hacia Riverside. Creo que será mejor que usted…

—¡Oh, no importa! Desde Riverside podré telefonear a casa y si mis padres todavía no han llegado, tengo muchos amigos en Riverside.

Así fue como llegó Mildred a Riverside, en donde tomó un autocar para Los Angeles. Una vez allí, se instaló en un hotel, donde se inscribió en el registro de viajeros como F. Driscoll.

Fue al quedarse a solas cuando la joven pudo hacer un inventario del contenido del bolso de mano de Fern Driscoll. Lo primero que vio, atados con una goma elástica, fueron cuarenta billetes de cien dólares completamente nuevos, más unos doscientos dólares en billetes de cinco, diez y veinte. Un permiso de conducir le mostró la dirección de Fern Driscoll: Lansing, en Michigan. Había, asimismo, un documento de identidad, un lápiz de labios, una polvera, un pañuelo y un paquetito de cartas, atadas con un cordoncito dorado.

Tras una ligera vacilación, Mildred desató el cordón y leyó sucintamente algunas de las misivas. Eran cartas de amor firmadas por un tal Forrie. Estaban llenas de ternura, pero también dejaban entrever algunas desavenencias familiares, acerca de un padre que ejercía excesiva presión sobre su hijo. Aquellas cartas no sirvieron más que para reavivar el dolor de Mildred, por lo cual volvió a atarlas apretadamente.

Al recordar el bello semblante y los grandes y expresivos ojos de Fern, Mildred llegó a la conclusión de que debía de tratarse de una joven impulsiva capaz de cualquier cosa en un momento dado, pero de lo que se arrepentía al instante siguiente. Así se explicaba su gesto sobre el volante y, casi en seguida, la tentación de abrir la portezuela en un vano intento por salvarse.

Pero ¿por qué pensar en el pasado? La trágica muerte de Fern Driscoll le ofrecía a Mildred la posibilidad que buscaba: romper del todo y para siempre con Oceanside.

Mildred Crest se convirtió, pues, en Fern Driscoll, cambiando el color de sus cabellos y poniéndose gafas de cristales ahumados.

Mildred fue siempre considerada como una excelentísima secretaria, por lo que no dudaba de conseguir un empleo con facilidad, soportando un período de prueba, a falta de referencias.

Lo que más le inquietaba era el dinero descubierto en el bolso. Era una suma de importancia, debido a lo cual decidió considerarla como un simple depósito, hasta que lograra saber más sobre la identidad de la persona que representaba ser.

Los periódicos dijeron exactamente lo que ella había esperado que dijesen Mildred Crest, secretaria en una importante firma comercial de Oceanside, había hallado la muerte en un accidente automovilístico. La conductora había perdido el control del volante, por lo que el coche se había deslizado por el terraplén que bordeaba la carretera de Pala. La infortunada Joven resultó con el cráneo fracturado al chocar contra una roca y su muerte habla sido instantánea. El auto había sido consumido por el fuego, y el cuerpo también, en parte, antes de que un automovilista pudiera intervenir con un extintor. El incendio se había propagado por los matojos por lo que fue precisa una lucha de dos horas a cargo de los bomberos, hasta conseguir dominarlo totalmente.

Menos de cuarenta y ocho horas después, y con el nombre de Fern Driscoll, Mildred conseguía un interesante empleo en la «Consolidated Sales and Distribution Company».

Entonces, cuando leyó los periódicos, pudo enterarse del alcance de su caso.

Los investigadores no habían quedado satisfechos con los primeros resultados. Por una curiosa casualidad, a pesar de que el coche quedó convertido en pavesas, el bolso de mano de Mildred fue hallado en buen estado, hasta cierto punto. Dentro del mismo no se había hallado ningún dinero, excepto moneda menuda. Además, las huellas revelaron que alguien se había alejado del coche en seguida de ocurrido el accidente, lo que llevó a descubrir que el contacto fue cortado y que se habían apagado los faros. La policía pensaba que alguien pudo saltar fuera del vehículo, por la

puerta del lado del volante, al estar bajado el cristal de la ventanilla. En consecuencia, se procedió a la autopsia del cadáver.

Al día siguiente, la joven se enteró de que «Mildred Crest» había muerto antes de haberse iniciado el incendio. Tal había sido la conclusión del médico forense, de donde se desprendía que era posible que se hubiese consumado un crimen. En efecto, el encargado de una estación de gasolina recordaba haber servido esencia para el coche de la llamada Mildred Crest, cuyo nombre pudo leer sobre la placa de identidad al limpiar el parabrisas. También recordaba, además, que en aquel momento, Mildred había admitido una pasajera. Se pensaba que ésta podía haber intentado desvalijar a la conductora y que, en el transcurso de la lucha, el auto había rodado hacia el abismo. La policía poseía una descripción muy precisa de la pasajera: veintitrés o veinticuatro años, un metro sesenta aproximadamente, y cabellos castaños, más bien delgada y elegante.

A continuación leyó una frase que fue el golpe de gracia para Mildred. La autopsia había demostrado que «Mildred Crest» estaba encinta desde hacía dos meses.

El diario cayó de sus manos. Ahora adivinaba toda la verdad. Fern Driscoll encinta de dos meses y perteneciendo probablemente a una familia «bien». Los cuatro mil dólares… La desesperación de la desdichada joven que vagaba sin rumbo, ansiosa de que «aquello» no se supiera…

Y ahora, a causa de la sustitución, de ese cambio de identidad, ¡era Mildred Crest quien había estado en camino de ser madre!

De seguro que las lenguas no iban a darse un instante de reposo en Oceanside.

El artículo terminaba diciendo que «la policía hacía todos los posibles» para descubrir el paradero de la pasajera que se sospechaba se hallaba en el coche de Mildred Crest al ocurrir el accidente.

¡Por si no fuese ya bastante tener que pasar por ser una madre soltera, he aquí que Mildred estaba considerada como sospechosa de haber cometido su propio asesinato!

Era una suerte que desde el día de su llegada a Los Angeles hubiera empezado a llevar gafas ahumadas. No volvió a quitárselas, alegando que, acostumbrada desde siempre a vivir en el Middle

West, el sol luminoso de California, le dañaba la vista.

Capítulo 2

Las oficinas de la «Consolidated», donde Mildred trabajaba, estaban instaladas en el mismo inmueble y en el mismo piso que el bufete de Perry Mason, el célebre abogado criminalista. Mildred se había fijado en su nombre grabado sobre una placa de metal dorado colocada en la puerta y, como sea que había oído hablar a menudo de los resonantes éxitos obtenidos por Mason en todos sus casos, la joven se dijo que si las cosas acababan complicándose, recurriría a sus servicios.

Por dos veces estuvo a punto de entrar a pedir hora de visita a la secretaria del abogado, Della Street. Pero la había detenido el temor de que el abogado insistiera para que fuese a contarlo todo a la policía; y al punto en que ella estaba, esto le parecía imposible de realizar.

Mildred Crest no tenía familia, pero en cambio deseaba saber cuáles eran los vínculos de la difunta, cuyo lugar estaba ocupando. Había pasado varias horas ensayando la firma de Fern Driscoll, imitando su rúbrica, que pudo ver en el permiso de conducir y, en la actualidad podía, sin vacilación, firmar casi igual que la fallecida joven.

El paquete de los cuatro mil dólares en billetes de cien permanecía intacto.

Insensiblemente, Mildred fue acostumbrándose a su nueva vida y a la identidad tomada en préstamo cuando, un atardecer…

Aquel día, Mildred había tenido mucho trabajo en la oficina, por lo que se vio obligada a permanecer en ella aún después de la hora de salida. Demasiado fatigada, no tenía otra idea que la de meterse en cama, tras haber ingerido una tortilla o cualquier otra cosa. Por este motivo no reparó particularmente en el hombre hasta que, mientras intentaba meter la llave en la cerradura, él se acercó.

—¿Miss Driscoll?

Algo en el modo que había tenido de acercársele, la puso en guardia al instante, mirándole atentamente a través de sus gafas ahumadas.

—Sí —respondió—. ¿Qué desea?

El hombre señaló la llave en la cerradura.

—Abra la puerta y permita que pase.

—¡No está mal! ¿Y… por qué? ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

—Mi nombre no le diría nada.

—Tampoco me interesa lo demás que pueda decirme. No estoy acostumbrada a dejarme abordar de este modo por cualquier desconocido.

—Bueno… digamos que deseo hablarle de cierto accidente de automóvil ocurrido cerca de Pala y en el cual halló la muerte una tal Mildred Crest.

—Nunca oí hablar de Mildred Crest e ignoro todo lo referente a tal, accidente.

El hombre sonrió con aire condescendiente.

—Mire, no es mi intención crearle ningún conflicto, pero está fuera de toda duda, que usted y yo tenemos que discutir tranquilamente sobre ciertos hechos…

—¿Se trata de un… chantaje?

Su sonrisa pareció sincera.

—De ningún modo. Simplemente, deseo que hablemos sobre ese accidente. Le prometo que me portaré correctamente y, si ve usted que no es así, tiene el teléfono para avisar inmediatamente al conserje o a la policía… siempre y cuando una visita de la policía pueda resultar agradable para usted.

—No comprendo absolutamente de qué quiere hablar conmigo.

—Entonces, deme una posibilidad para explicárselo.

—De acuerdo, pase —accedió Mildred, que temía por los vecinos —. Escucharé lo que tenga que decirme y, después, se marchará usted seguidamente.

—Trato hecho.

Así que la puerta se cerró, el visitante se presentó.

—Me llamo Carl Harrod y soy inspector de seguros, Mildred Crest estaba asegurada en la compañía que represento y he sido encargado de investigar lo que a ella atañe. Lo primero que he

podido constatar es que Mildred no llevaba el volante en el momento de producirse el accidente. Después vi también trazas de pasos que se alejaban del lado del coche, miss Driscoll, y, finalmente, he hallado el lugar por el que usted ha subido desde el terraplén.

Mildred quedóse silenciosa y el hombre prosiguió:

—El bolso de mano de Mildred no contenía más que monedas de muy poco valor y, sin embargo, he descubierto que la víspera, poco antes de abandonar Oceanside, había liquidado completamente su cuenta corriente. En consecuencia, debía llevar consigo algo más de quinientos dólares, metidos en el bolso. También puedo decirle que el día de su muerte, Mildred Crest sufrió una fuerte conmoción emocional al saber que su prometido había desfalcado unos fondos y era buscado por la policía.

Carl Harrod se arrellanó confortablemente en el sillón y continuó:

—La tráquea de la difunta no presentaba la menor señal de los gases desprendidos en la combustión de la gasolina, de donde se deduce claramente que Mildred Crest ya había fallecido cuando el fuego se declaró. Por otra parte, supongo que usted ya habrá leído que estaba encinta de dos meses. Cuando se relacionan todos estos hechos entre sí, la conclusión es evidente. Supongo que no la estoy molestando ¿no es cierto?

—Prosiga —apremióle Mildred.

—De todos modos, mis investigaciones habían sido una pura rutina, hasta que el encargado de una estación de combustible reveló que Mildred Crest había tomado consigo una pasajera. No me costó mucho identificar quién pudo ser, miss Driscoll, gracias a la maleta. Aunque estaba chamuscada parcialmente por el incendio, me fue posible identificar la marca y, por ella, hallar al comerciante que la había vendido. Como usted se la había hecho llevar a domicilio, pudo así darme el nombre de la compradora, o sea el suyo, miss Driscoll. Acto seguido, no me fue difícil comprender que usted habría intentado conseguir trabajo en una gran ciudad. En conclusión, he necesitado muy pocos días para descubrirla.

—Y, en suma, ¿qué pretende usted? —preguntó Mildred.

—De momento, solamente una declaración firmada por usted.

—¿Qué clase de declaración?

—Una declaración escrita y firmada de su propia mano, estipulando que era usted quien conducía en el momento del accidente, explicando además todo lo ocurrido después, y confesando también el motivo que ha tenido para no prestar la menor ayuda a la policía. En esta declaración, dirá asimismo que cogió el dinero contenido en el bolso de Mildred y exonerará a mi Compañía de toda responsabilidad, asumiéndola usted por completo por haber provocado el siniestro.

Harrod suspiró.

—Ahora estamos llegando a la parte más… digamos, sórdida del asunto. Toda vez que usted tuvo tiempo de recoger el dinero que había en el bolso de Mildred, y además recuperar el suyo, es evidente que el incendio no se declaró hasta después de algunos minutos de haber tenido lugar el vuelco y subsiguiente caída al fondo del abismo. Así, pues, queda demostrado que el fuego se inició con el único objeto de disimular el robo. He aquí todo lo que yo quiero que declare usted por escrito.

—¿Cree usted que estoy loca? —exclamó Mildred—. Ni he conocido jamás a esa Mildred Crest ni he sufrido ningún accidente de coche. Yo…

La sonrisa irónica de Harrod hizo que se interrumpiera.

—Cuando descubrí que la maleta había sido vendida en Lansing, Michigan —dijo él—, me trasladé allá para investigar un poco. Por ello supe que usted gozaba de una buena posición en Lansing, pero que sin ninguna explicación, se había marchado de la población, sin dejar señales de adonde se dirigía.

—Muy bien. Admitamos que le firmo esa declaración. ¿Cuál es el uso que hará usted de la misma? —pidió Mildred.

—¡Ah! Una pregunta inteligente. Francamente, miss Driscoll, yo mismo lo ignoro. ¡Oh, sí, sí, no lo dude usted! Teóricamente, yo estoy obligado a redactar un reportaje completo del accidente, adjuntando su declaración. Pero no creo que lo haga.

—¿Por qué?

—Porque usted es muy bonita e inteligente. Un día, usted se casará, con toda probabilidad con un hombre rico. Por esto mismo entreveo infinitas posibilidades para mí.

—¿Chantaje?

—He aquí una palabra cruda y fea además. Recuérdelo, miss

Driscoll: yo solamente le he pedido una declaración escrita y firmada por usted, pero nada más.

—Tenga por seguro que no pienso dársela.

—Es la primera reacción, muy natural, ciertamente, y que ya había previsto. Bien, le dejaré uno o dos días para que pueda reflexionar y después volveré a ponerme en contacto con usted.

Cerca ya de la puerta de salida, Harrod se giró, sonriendo, y dijóle a Mildred:

—Y no olvide, sobre todo, que lo único que he hecho ha sido pedirle una declaración por escrito. Nada más. Esto es, al fin y al cabo, una cosa legítima, dado mi cargo y el hecho de que usted podría volverse contra la Compañía en la que Mildred estaba asegurada.

Su sonrisa se amplió.

—Le digo esto para el caso, que pudiera darse, de que intentase recurrir a los oficios de un detective privado, un abogado o, incluso, la policía. Por ello, le aseguro que no traspaso los límites de mis derechos. Aclarado lo cual, buenas noches, miss Driscoll. Tendré el placer de volver a verla.

La puerta se cerró a sus espaldas y Mildred quedó sola y totalmente desamparada.

Aparentemente, Harrod ignoraba todavía la existencia de los restantes cuatro mil dólares, pero también acabaría por saberlo y la joven quedaría presa entre dos fuegos. Como Mildred Crest, podía ser acusada de robo de cuatro mil dólares y si conservaba la identidad que había tomado prestada, estaban los quinientos dólares desaparecidos del bolso de Mildred Crest.

Es decir, que, con un nombre u otro, corría el riesgo de verse acusada de asesinato en primer grado.

Capítulo 3

—Hay una joven de la «Consolidated», la empresa que tiene sus oficinas al fondo del pasillo, que desea una entrevista —anuncióle a Perry Mason su secretaria particular, Della Street—. Dice que no te entretendrá más de diez minutos y que puede venir cuando te parezca bien.

—Con tal que esos diez minutos no se conviertan en una hora… En fin, es preciso mantener relaciones de buena vecindad, y como me queda una media hora libre… Llámala por teléfono y dile que venga, Della. ¿Cómo se llama?

—Fern Driscoll.

—Bueno, llámala, pero precísale bien que tengo otra entrevista concertada para dentro de veinte minutos.

Unos momentos después, Della Street, introducía a la joven en el *sancta sanctorum* de Mason y hacía las oportunas presentaciones.

—Siéntese, miss Driscoll —le invitó el abogado—. Me han informado de que usted trabaja para la «Consolidated Sales», pero ¿cuál es su domicilio particular?

—309 de Rexmore Residence.

—Bueno, usted dirá para qué quiere verme. Tenga en cuenta que soy abogado de tribunales, especializado en asuntos criminales, aunque, de todos modos, estoy en disposición de recomendarla, si es preciso, a un colega especializado en las cuestiones que le interesen a usted.

—Gracias, míster Mason —agradeció la joven, añadiendo—: Perdóneme que no me quite las gafas negras, pero desde que llegué a California, hace ya dos semanas, padezco de la vista. La fuerza de este sol, supongo. Bien, ¿ha leído usted, por casualidad, en algún periódico, lo relativo al accidente de automóvil en el que Mildred Crest de Oceanside halló la muerte?

Mason sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

—Son tantos los accidentes de coches… ¿Es que la muerte de la tal Mildred Crest presenta algo fuera de lo normal?

—Yo iba en el coche cuando ocurrió ese accidente.

—Ya veo —comentó Mason, mirando a la joven con más detenimiento—* ¿Resultó usted herida?

—Algunas contusiones que me causaron alguna molestia unos pocos días, pero nada más Mr Mason, para que pueda usted hacerse verdadero cargo de la situación, debo contarle algunas cosas.

El abogado inclinó afirmativamente la cabeza.

—Yo vivía en Lansing, Michigan, cuando, debido a razones personales —en las que puedo asegurarle no hay nada reprensible —, deseé iniciar una nueva vida en otro lugar. Tenía el dinero más que suficiente para coger el tren y marcharme a cualquier parte, pero lo cierto es que no sabía dónde podía dirigirme. Entonces, me fui al azar, practicando el auto-stop.

—Continúe —la animó Mason.

—De esta manera llegué a Phoenix, donde me detuve algunos días, para volver a marchar hasta San Diego, donde permanecí una hora solamente, digamos anclada, si puedo expresarme así, en una estación de gasolina en Vista. Debían de ser las siete y media o las ocho de la tarde. Empezaba ya a oscurecer cuando llegó Mildred Crest.

—¿La conocía usted? —quiso informarse Mason.

—No, yo estaba esperando simplemente una ocasión como aquélla. Debe usted comprender que, para una mujer, practicar el auto-stop resulta un poco más complicado que para un hombre. Esta es la razón de que prefiriera esperar en una estación de gasolina, donde tenía la posibilidad de examinar a mi probable acompañante.

—¿Así que usted le pidió a Mildred que le permitiera subir a su coche?

—Sí.

—¿Y qué sucedió luego?

—Me di cuenta de que ella parecía encontrarse en un estado de espíritu casi igual al mío. Así, cuando le pedí que me llevase, me respondió que guiaba sin saber adónde ir, pero que podía subir si ello me apetecía. Estuve segura de que, pasados pocos momentos,

empezarían las confidencias. Pero, cuando rodábamos por la carretera de Pala, se produjo el desdichado accidente.

—¿Qué clase de accidente, exactamente?

—Se presentó de improviso otro coche delante del nuestro, en dirección contraria, cuando nos hallábamos en una curva completamente cerrada. Iba tan de prisa que fue imposible evitar el choque. No fue muy grande, ya que solamente nos rozó, pero sí lo bastante para enviarnos al fondo del barranco. Mildred debió intentar saltar del coche, pero no le dio tiempo, por lo que quedó con medio cuerpo fuera de la portezuela cuando el coche se inmovilizó en la hondonada. Su cabeza chocó contra una roca y la muerte fue instantánea.

Mason permaneció unos momentos en un silencio pensativo antes de preguntar:

—¿Quién conducía en el momento del accidente?

La joven respiró profundamente.

—Yo —declaró simplemente.

—¿Cómo fue eso?

—Desde el principio me di cuenta de que Mildred se hallaba completamente trastornada, bajo el impacto de una violenta emoción. Después de haber conducido un rato, me preguntó si yo sabía conducir; entonces reparé que estaba llorando. Acto seguido, ocupé su puesto y me puse a llevar el coche.

—Sí, recuerdo el asunto, jefe —exclamó en aquel punto, Della Street—. Acuérdate. Estuvimos cambiando algunas impresiones sobre el mismo. La víctima acababa de saber que su prometido estaba reclamado por la policía, tras haber cometido unos desfalcos, y la autopsia reveló que estaba encinta de dos meses.

—Sí, sí, en efecto —recordó Mason—. ¿No le dijo nada de esto su compañera?

—No. Pienso que lo habría hecho, pero no le dio tiempo. Acabábamos de conocernos, como quien dice, cuando ocurrió el lamentable suceso.

—Muy bien, pero ¿cuál es, pues, el motivo de su visita?

—Es que… Bueno, compréndalo; yo también deseaba desaparecer de la circulación y pensé que si llegaba a conocerse mi presencia en el interior del coche, los periódicos de Lansing harían su agosto. Ya sabe usted cómo son estas cosas.

—Sí, ¿y luego?

—Luego… —dudó un poco—. Si el coche se incendió fue mía la culpa.

—¿Cómo?

—Cuando me pude dar cuenta de que no estaba herida en absoluto, salí al exterior por la puerta del lado izquierdo, cuyo cristal estaba bajado.

Entonces, acto seguido, la joven hizo un relato exacto de cuanto había ocurrido a partir de aquel instante, y cuando hubo concluido, Mason preguntó todavía:

—¿Le ha contado usted todo esto a alguien más?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que sucedió?

—No llega a dos semanas. Exactamente el día 22.

—Pero ahora acaba de ocurrir alguna cosa nueva y por esta razón ha deseado usted venir a verme.

—Sí.

—Bueno, sepamos de qué se trata —trató de persuadirla el abogado.

Mildred le explicó la visita de Harrod, tras cuyas palabras Mason preguntó:

—¿Y qué es lo que deseaba?

—Una declaración firmada.

—¿Relativa al accidente?

—Eso es.

—¿Se la dio usted?

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo… bien, tuve la intuición de que míster Harrod quería la declaración, no para entregarla a la Compañía de seguros, sino para servirse de ella en exclusivo beneficio personal.

—¿Chantaje?

—No me sorprendería nada.

—¿Le hizo alguna referencia en este sentido?

—Pues, más o menos, sí. Pero en seguida se retractó, subrayando que solamente me había pedido que firmase la declaración y ninguna otra cosa.

Mason empezó a tabalear con los dedos sobre la mesa de

escritorio, al tiempo que sus ojos se entrecerraban dejando escapar una mirada pensativa.

—¿Qué debo hacer, míster Mason? —quiso saber la muchacha, al cabo de un momento.

—Usted ha dejado transcurrir dos semanas sin presentarse a prestar declaración sobre ese accidente. Esto empeora la situación bastante. Y por otra parte, ya no importa que deje transcurrir veinticuatro o cuarenta y ocho horas más. En el caso de que ese Mr. Harrod vuelva a visitarla, usted deberá decirle lo que voy a dictarle y no otra cosa. Palabra por palabra, ¿comprendido? ¿Sabe usted taquigrafía?

—Naturalmente.

—Entonces, tome, aquí tiene un lápiz. Della, dame tu bloc, por favor. Gracias. ¿Preparada? Voy a dictarle las palabras que debe pronunciar: Míster Harrod, después de su visita, he ido a ver a mi abogado, míster Mason. Este me ha aconsejado que si volvía usted a verme debía ponerse en contacto con él. Así que le ruego que le telefonee. Si no contestan en su despacho, puede usted llamar a la agencia Drake y darle el recado a míster Paul Drake. Aparte de esto, no tengo nada más que decirle a usted sobre ningún asunto, ya que es míster Mason el único encargado de hablar sobre el mismo.

Mason contemplaba el lápiz que corría velozmente sobre la hoja del bloc.

—Observo que parece ser usted una buena taquígrafa. Bueno, esto es todo por ahora. Arranque esta hoja de papel, llévesela y apréndasela de memoria.

Comprendiendo que por el momento la entrevista había terminado, la joven se alzó del asiento, preguntando:

—¿Cuándo es lo que…?

Con el gesto, Mason cortó su frase.

—Trabaja usted en este mismo piso, por lo que debemos considerarnos vecinos y éste es uno de esos servicios que los vecinos suelen prestarse entre sí. Pero, sí, deme un níquel, si es que lleva alguno… ¡Estupendo! Ahora, usted me ha entregado una cantidad en depósito, con el fin de que me ocupe de la defensa de sus intereses, por lo que, todo lo que me ha confiado, así como todo lo que le he dicho, queda protegido por el secreto profesional. Vuelva a su trabajo y no se atormente más por culpa de míster Harrod. Si

vuelve a importunarla, ya hallaremos algún medio de que pierda las ganas.

Impulsivamente, la muchacha le tendió la mano a Mason, al tiempo que le decía:

—Muchísimas gracias, míster Mason.

El abogado guardó un momento aquella mano entre las suyas, dirigiendo a la joven una mirada penetrante.

—¿Está usted segura de habérmelo dicho todo, miss Driscoll?

—¡Naturalmente que sí!

—Muy bien, entonces. Regrese en seguida a su trabajo.

Así que la muchacha hubo salido de la estancia, Mason se volvió hacia su secretaria.

—¿Qué te parece todo este asunto, Della?

—Esta chica está terriblemente asustada, eso se ve a la legua. Pero ¿por qué le has dicho que no era preciso que fuese en seguida a declarar? ¿No se arriesga demasiado obrando de este modo?

—Probablemente, sí. De todas maneras, como que todo lo que me ha estado contando es inexacto, prefiero que no vaya a la policía con ese cuento.

—¿Por qué crees que su relato es inexacto?

—Con toda seguridad, es inverosímil que el accidente haya ocurrido como ella dice. ¿No te has dado cuenta que ha explicado textualmente: «El otro coche iba tan de prisa que fue imposible evitar el choque…»? Nadie cuenta un accidente de auto en estos términos. Corrientemente, habría tenido que decirme algo así como: «yo procuré apartarme cuanto pude hasta el bordillo de la carretera de nuestro lado, pero el otro vehículo nos pilló…».

—Sí, es cierto —reconoció Della Street, con aire pensativo, después de haber meditado las palabras del abogado.

—Ahora que conocemos a la tal Fern Driscoll, cuando la encuentres en el ascensor o en los lavabos, prueba a ver si está dispuesta a hacer confidencias.

—¿Que yo, a mi vez, deberé confiarte a ti? —dijo Della.

—¿Quién lo duda? —aprobó Mason.

Capítulo 4

Aquella misma noche, terminaba Mildred de lavar su vajilla, cuando llamaron a la puerta. Al momento se dispuso a encararse con Carl Harrod y en esta disposición de ánimo fue a abrir.

La muchacha que estaba en el umbral no debía tener muchos más de veinte años. Su bronceado rostro mostraba unos rasgos finos y delicados, una barbilla prominente y todo el conjunto indicaba en ella tanto una buena educación como una sólida fortuna. Sus grises ojos examinaron con curiosidad a Mildred, que preguntó:

—¿Qué desea usted, señorita?

—¡Oh, Fern…! Yo… ¿Usted es Fern Driscoll, no es verdad?

Mildred asintió.

—Soy Kitty Baylor —continuó explicando la visitante, como sí aquel nombre lo aclarara todo. Luego añadió—. La hermana de Forrie.

—¡Ah! —exclamó Mildred, con el cerebro alerta para hacer frente a cualquier novedad imprevista.

—Ya sé —afirmó miss Baylor con una inesperada volubilidad—, que soy la última persona de este mundo de quien usted esperaba y deseaba la visita. Sin embargo, hay ciertas cosas… Bueno, cuando me enteré de lo ocurrido… ¡Oh, por favor, Fern! ¡Déjeme entrar y hablar con usted! Tal vez entre ambas conseguiremos hallar alguna solución.

—Pase —fue cuanto pudo decir Mildred, apartándose a un lado.

Una vez instalada en una butaca, miss Baylor reanudó su charla.

—No sé por dónde empezar, ésta es la verdad. Nosotros no nos conocíamos personalmente, pero supongo que había oído hablar de mí… como yo de usted… a Forrie.

Se interrumpió por unos instantes, durante los cuales Mildred asintió vagamente, tratando de ganar tiempo.

—¿Sería indiscreto de mi parte —prosiguió miss Baylor—, preguntarle por qué se marchó usted tan bruscamente, abandonando sus amistades, abandonándolo todo…?

—Me imagino —fue cuanto acertó a responder Mildred— que no vengo obligada a tener que darle cuenta de mis actos.

—Está bien —replicó Kitty—, pondré mis cartas sobre la mesa. No me gusta tener que referirme a ciertas cosas, pero es necesario. Tanto peor si duele. Forrie y usted eran amigos, incluso diré que *muy amigos*. Esto lo sé con certeza, pero…

Nuevamente se interrumpió la joven y Mildred permaneció en silencio. Kitty se removió inquieta en la butaca y por último, levantó la barbilla desafiadoramente y miró a su interlocutora con fijeza, hasta el fondo de sus ojos.

—Un hombre, a quien papá considera como un verdadero bribón chantajista, se propone publicar cierta historia en un semanario dedicado a los asuntos escandalosos… y esta historia se refiere a usted.

Mildred pretendió pronunciar unas palabras, pero le resultó imposible.

—La historia, a grandes rasgos, es que usted y Forrie vivían juntos. Usted cayó en estado y Forrie fue a encontrar a papá. Este, furioso al ver que Forrie había comprometido su buen nombre de aquella forma, se mostró dispuesto a pagarle a usted cualquier cantidad de dinero al objeto de que desapareciese cuanto más lejos mejor. Usted deseaba el casamiento, naturalmente, pero papá no quiso ni oír hablar de ello y el narrador deja entrever que Forrie no es hombre capaz de plantarle cara a papá.

Kitty se interrumpió, pero Mildred, sin saber qué hacer, siguió guardando un silencio embarazoso. Al notarlo, Kitty pareció lamentar lo que había dicho y siguió tristemente:

—¿Así… que es verdad? Sin embargo, yo hubiese jurado lo contrario. Nunca hubiese creído a papá capaz de una cosa semejante. Cierto que él ha reconocido haber discutido con Forrie acerca de usted, expresando la esperanza de que mi hermano se casaría con alguien de nuestro mundo. Además, no lo oculta. Es Carla Addis la chica que desea para nuera.

Guardó silencio y luego:

—Escuche, Fern, si esta historia es verdadera, yo estoy de su

parte. Si usted está en estado y es papá quien la obligó a marcharse, haré algo por mi cuenta, no sé qué pero alguna cosa. Adoro a mi hermano y ahora creo que usted le ama con toda sinceridad.

Y viendo que Mildred seguía sin decir nada, prosiguió a continuación:

—Pero si quien tiene toda la razón es papá, si lo que usted pretende es obligarnos a pagarle una fuerte suma con ayuda de ese Harrod, déjeme decirle que papá es un luchador y no se avendrá a razones. Lo más fácil es que se vea usted en la prisión antes de que el chantaje le haya producido ni medio dólar. Conque, ésta ha sido la causa de mi venida, Fern —concluyó miss Baylor, de súbito—. Descubrir la verdad.

Sus miradas se encontraron y Mildred exclamó con brusquedad:

—Lo lamento infinito, pero no puedo aclararle nada de lo que usted desea saber.

—¿Por qué no?

—Porque —contestó Mildred—, yo también lo ignoro.

La mirada de Kitty se cargó de sospechas.

—¿Pretende decirme que ignora si va o no a tener un hijo?

—No, no se trata de esto sino…

—¿Fue, tal vez, porque necesitaba dinero con mucho apremio, qué imaginó…?

—¡No, no, no! Y no quisiera que…

Interrumpiéndose de pronto, Mildred se puso en pie y se dirigió a la ventana, contemplando, sin verlo, el denso tráfico de la calle, tras lo cual se volvió de nuevo de cara a su interlocutora, diciendo:

—Creo que será mejor decirle toda la verdad. Solamente ¿promete no interrumpirme?

—De acuerdo, prometido.

Mildred dudó un poco todavía y luego declaró resueltamente:

—Yo no soy Fern Driscoll.

Acto seguido, lentamente, con todo lujo de detalles, empezó a contar a su visitante cuanto había ocurrido la noche del accidente, hasta llegar a la conversación que había mantenido con Carl Harrod.

—La historia que él cuenta parecería verdadera, por lo visto —concluyó—. Me toma por Fern Driscoll. Y me figuro que no abriga la menor duda al respecto.

Kitty Baylor quedó unos instantes pensativa, tratando visiblemente de asimilar aquellos nuevos elementos y acomodarlos a la situación.

—No —expuso despaciadamente—, no creo que la sustitución le haya engañado. Según creo, lo que busca es que usted le firme una declaración con el nombre de Fern Driscoll, después de lo cual la tendrá a usted a su merced, para poder mejor jugar con todos nosotros. Con toda seguridad su objetivo es papá, ya que la publicación de esta historia escandalosa levantaría una enorme polvareda y… Lo siento por Fern. No llegué a conocerla, pero sé que Forrie la quería con locura. No, no. Cuanto más lo medito, más convencida estoy de que usted no consiguió engañar a Harrod. Una prueba: le dijo a papá que Fern estaba en cinta de dos meses. Esto debió saberlo leyendo las conclusiones del médico forense, pero es que dichas conclusiones se referían aparentemente a Mildred… es decir, a usted… Así, pues…

—Fern pudo decírselo a alguien…

—Sí, también es posible…

—¿Por qué huyó, entonces? —preguntó Mildred.

—Posiblemente porque era muchacha decente. Debía de amar a Forrie sinceramente y quiso desaparecer para evitarle enojos innecesarios. Compréndalo, incluso si se hubiesen casado, el niño habría nacido demasiado pronto. Seguro que obró así a causa de Forrie. El no la habría dejado partir, de haberlo sospechado.

—Todavía no se lo he contado a nadie, Kitty, pero había cuatro mil dólares en el bolso de mano de Fern, todos en billetes de cien y completamente nuevos.

La joven la miró con una gran amargura.

—¿Y este dinero, dónde está ahora?

—Soy yo quien lo tiene.

—¡Dios mío! —exclamó Kitty—. Esto sí que todavía le daría más juego a Harrod. La pobre joven secretaria, al verse encinta, trata de conseguir que el hijo del rico industrial se case con ella. El magnate la echa de la ciudad, junto con su hijo, natural, y le da cuatro mil dólares para comprar su silencio. ¡Oh Mildred, no es posible, no puede ser cierto!

—Sea lo que sea, la verdad es que ella llevaba cuatro mil dólares en el bolso y que la autopsia también ha demostrado que se hallaba

en camino de ser madre.

Kitty se apretó las sienes con ambas manos.

—¡Qué enredo, cielo santo! ¿Qué es lo que usted le contó a Harrod, Mildred?

—Nada. Y al día siguiente al de su visita, me fui a consultar el caso con Perry Mason, el abogado criminalista. Si Harrod vuelve, he aquí lo que tengo que decirle.

Y a continuación Mildred recitó las palabras que había tomado en taquigrafía, las cuales se había ya aprendido de memoria. Al oírla, miss Baylor se entusiasmó.

—Estupendo. ¡He aquí la solución! Dejemos que Perry Mason se ocupe de este asqueroso bribón chantajista.

—Lo malo es que no irá a ver a Mason —replicó Mildred—. Si, como usted supone, ya sabe que yo no soy Fern Driscoll, me buscará y…

Se vio interrumpida por el timbre de la puerta de entrada.

—¡Puede que sea él! —dijo Mildred, disponiéndose a abrir.

—¡Aguarde! —la retuvo Kitty, en un susurro—. Si no le parece mal, seré yo quien le recibirá. Le diré que *yo soy* Fern Driscoll y le preguntaré qué es lo que pretende diciendo que me hallo encinta, después de lo cual, le abofetearé. ¿Está usted de acuerdo?

—¿No la conoce a usted ni de vista? —quiso saber Mildred, en un susurro.

Kitty negó con la cabeza.

—Entonces, de acuerdo —accedió Mildred, pero no creo que tengamos éxito. Por mí misma, sabe que fue la auténtica Fern Driscoll quien perdió la vida en el vuelco. Y si le pega usted, es capaz de contestarle a su vez con un puñetazo. Un tipo de su especie no debe sentirse molesto al pegar a una mujer.

—Déjeme hacer —rogó Kitty, adentrándose por el pasillo.

Mildred la oyó abrir la puerta y luego decir:

—Supongo que usted no me conoce. Bien, yo soy…

La voz de Carl Harrod la interrumpió:

—Sí, lo sé. Usted es miss Katherine Baylor. Permítame que me presente a mi vez: Carl Harrod.

Kitty Baylor había perdido de golpe todo su aplomo cuando balbució:

—Sí… eh… ¿Cómo sabe quién soy yo? Nunca nos hemos visto

antes de ahora…

Harrod se echó a reír.

—No soy ningún novato en estas lides. Sabía que los miembros de su familia paran siempre en el suntuoso hotel «Vista del Camino», he procurado estar al corriente de las llegadas, no dudando que alguno de ustedes acabaría por presentarse por aquí, tratando de arreglar las cosas. Por lo tanto, lo único que he tenido que hacer ha sido localizarla.

—Perfectamente, míster Harrod —dijo Kitty, cortándole la palabra—; yo también deseaba verle, por lo cual me evito el trabajo de buscarle. Para empezar, si tiene usted que decirle algo a la dueña de este departamento, tendrá que ir a manifestárselo al abogado míster Perry Mason, que la representa. En caso de urgencia, particularmente en horas fuera de trabajo, tendrá que telefonear a la agencia Drake, que siempre sabe dónde localizar a míster Mason. Y ahora que ya le he dado el recado que me habían encargado —prosiguió—, oiga usted mi mensaje personal, dictado por la opinión que usted me merece.

Se oyó el ruido de una formidable bofetada, aplicada con todo vigor, un juramento lanzado por Harrod y después el golpe de la puerta al ser cerrada, para acabar con dos vueltas de llave a la cerradura.

Kitty Baylor reapareció ante la atónita mirada de Mildred, con las mejillas purpúreas y los ojos relucientes.

—¿Dónde puedo lavarme las manos? Siento la sensación de haber tocado auténtica basura.

Mildred la acompañó hasta el cuarto de baño, diciéndole:

—Escuche, Kitty… Desearía continuar viviendo con el nombre de Fern Driscoll. Al fin y al cabo, está muerta. No creo, por lo tanto, que eso tenga ninguna importancia. Incluso si Harrod sabe que no lo soy, mientras yo me haga pasar por ella, se sentirá inclinado a la prudencia. Una muerta no puede reclamar si se la calumnia, pero una mujer viva puede recurrir a las leyes que castigan la difamación. Y cuando se confirme que yo no estoy en estado, el semanario no se atreverá a imprimir la historia de Harrod. ¿Lo comprende?

Kitty meditó la propuesta y luego preguntó:

—En el bolso de Fern, además de los cuarto mil dólares, ¿había

algo más?

Mildred negó.

En el espacio de un relámpago, se dio cuenta de que no tenía ningún derecho a entregarle a Kitty el paquetito de cartas descubiertas en el bolso de Fern.

—De acuerdo —accedió entonces Kitty—. Si usted prefiere continuar siendo Fern Driscoll para enterrar el recuerdo de Mildred Crest, por mi parte no hay inconveniente, al contrario. Pero creo mi deber advertirle que esto le va a acarrear serios conflictos.

—De todas maneras —contestó Mildred, con tono cansado—, tampoco han de faltarme. Harrod me asusta.

—No es más que un vulgar chantajista de tres al cuarto.

—No por eso me asusta menos.

—Mildred —exclamó de pronto Kitty Baylor— prométame una cosa. Si cualquiera de mi familia, sea quien sea, llega a hablar con usted, no le diga nada de mí. No deseo que sepan que estoy al corriente de toda esta historia. Menos todavía, si se confirma que papá le dio dinero a Fern para desembarazarse de ella y el crío. Ya he tenido varias diferencias de opinión con ellos y esta vez sería grave, mucho más grave.

Mildred contestó pensativa.

—Siento que haya golpeado a Harrod.

—Es lo que se merecía. Y por si intentara regresar a probar suerte de nuevo, ahora mismo me voy a demostrarle a usted cómo tiene que recibirle.

—¿Qué quiere decir?

—Espéreme. Regresaré dentro de un cuarto de hora. No tendrá que volver a temerle a míster Harrod, soy yo quien se lo promete.

Al observar que se dirigía a la puerta, poniéndose el abrigo, le preguntó:

—Y, dígame, ¿cómo me ha descubierto usted aquí?

—Fern escribió a una Joven empleada en el servicio de contabilidad, de quien era muy amiga. Le informó de su partida y le suplicaba que no dijese a nadie lo que iba a hacer. Pensaba dirigirse a Los Angeles practicando el auto-stop, a fin de empezar allá una nueva vida y olvidar el pasado.

»Dicha joven estaba al corriente del idilio y de las dificultades surgidas. Creyó, por lo tanto, que se trataba de una disputa entre

enamorados y que Forrie sería feliz de saber dónde podía ir a buscar a Fern. Así, pues, me envió a mí la carta, sospechando que yo era la confidente de mi hermano. Me suplicaba que le diese la noticia a Forrie si lo juzgaba conveniente, pero sin revelarle la identidad de la comunicante. Más tarde, cuando supe que papá estaba amenazado por Harrod, y me enteré sobre qué asunto era la amenaza, recurrí a una agencia detectives privados. Les expliqué que Fern Driscoll era una secretaria muy útil que necesitaba volver a encontrar y de la cual solamente sabía que se había dirigido a Los Angeles recientemente. Veinticuatro horas más tarde, ya tenía la dirección de usted, a cambio de treinta y cinco dólares. Me imagino que no habrán tenido mucho trabajo para localizarla. ¿Daría usted sin duda el nombre para algún formulismo?

—Naturalmente, para tener el teléfono.

Kitty se echó a reír.

—Sólo hubiese tenido que dirigirme a Informaciones para obtener su numero. Bueno, después de esto, voy a comprar un pico para hielo, como defensa para usted.

—¿Un pico para hielo? —se extrañó Mildred.

—Sí —contestó Kitty—, es la mejor arma para que cualquier mujer pueda defenderse. Desde que no usamos sombrero, es el instrumento que ha reemplazado al célebre alfiler. No hay ningún hombre que no retroceda instintivamente ante un arma de esta especie. Un policía nos dio la idea, cuando yo iba todavía al instituto y tuvimos que habérnoslas con un galanteador profesional. Se le pone un tapón de corchó en la punta y puede llevarse dentro del bolso.

—No podrá adquirir un pico de hielo, ahora. Es muy tarde. Y aunque lo consiga, me niego a llevarlo.

—En la otra manzana de casas, bajo los arcos, he visto un bazar que me da la impresión que debe cerrar muy tarde, según he comprendido al venir para aquí. Y cuando usted le haya amenazado con un pico para hielo, estoy segura de que su amigo Harrod la dejará en paz.

Capítulo 5

—¡Acabo de hacer un buen negocio! —anunció alegremente Kitty Baylor, cuando regresó al cabo de un cuarto de hora—. Su precio está marcado en treinta y ocho centavos, pero como si compraba tres me los daban por un dólar, me he dejado tentar. Así me llevaré uno también, para protegerme de Harrod. No, no ponga esa expresión de temor… No tendrá necesidad de servirse del pico. Solamente con amenazar con él es bastante para que un hombre deje de importunarnos. Después de esto, Mildred, me marcho. Me esforzaré en descubrir si la pobre Fern había recibido los cuatro mil dólares de papá o de Forrie. Quiero saber con certeza lo ocurrido, ya que, incluso si Fern se mató en un momento de locura pasajera, ello fue el resultado de todo lo que había hecho, bueno o malo. No hable a nadie de mi visita, yo por mi parte, no diré una palabra. Si ocurría alguna novedad antes de mañana, estaré en el «Vista del Camino», para cualquier eventualidad. Allí, todos me conocen. Mire, dejo estos dos pequeños picos sobre la mesita que hay al lado de la puerta. Si Harrod vuelve, sobre todo, no le tenga miedo. Todos los chantajistas son unos cobardes. Adiós y buena suerte.

Al estrechar la mano que la otra le tendía, Mildred le preguntó:

—Usted opina que yo no debiera haber obrado como lo he hecho, ¿no es verdad?

—No lo sé —contestó Kitty, tras una ligera vacilación—. Y como sea, a lo hecho, pecho. Si desea seguir siendo Fern Driscoll, usted misma. Recuerde tan sólo que, con toda seguridad, papá y Forrie, darán con usted, cada uno por su lado. Me gustaría que Forrie lo hiciese. Que tome partido por la que él ha… ¡Hasta la vista, Mildred!

La muchacha salió a la escalera y Mildred sintió un poco de remordimiento por no haberle dicho nada de las cartas. No había

dudado mucho tiempo antes de confiarle sus propios secretos a mis Baylor, pero sin embargo, un sentimiento instintivo le había impedido revelar aquello que todavía podía quedar intacto del recuerdo de la desventurada Fern Driscoll. A medida que transcurría el tiempo, se sentía cada vez más ligada a la joven que le había arrancado el volante de sus manos para hacerlas caer en la nada.

Hacía cinco minutos solamente que miss Baylor se había marchado cuando repiqueteó el timbre del teléfono. Mildred levantó el receptor, convencida de que el comunicante era Harrod.

La voz que le llegó a través del aparato tenía una nota de autoridad.

—¿Miss Driscoll?

—Sí…

—Aquí Harriman Baylor, Fern. ¿Qué cuento es ese tan descabellado, según el cual alguien le entregó dinero, obligándola a marcharse durante algunos meses? Yo no…

—¡Usted debería saberlo mejor que nadie! —respondió Mildred Crest, sintiendo el secreto deseo de vengar en algún modo a la pobre Fern Driscoll.

—Pues bien, no lo sé en absoluto —exclamó Baylor, con impaciencia—. Y si mi hijo se ha enlodado con un suceso de esta clase, deseo informarme al instante. ¿Conoce usted a un tal Carl Harrod?

Mildred tardó un segundo en responder.

—Estuvo aquí hace poco.

—Por lo que he podido comprender, Harrod se propone vender el relato de esta sucia historia a un semanario dudoso —prosiguió Baylor—. Según él, usted está dispuesta a cederle unas cartas muy comprometedoras que Forrester escribió. ¿Es exacto esto?

—No, en absoluto.

—¿Posee usted cartas de esa índole?

El tono de Baylor tenía algo que puso a Mildred a la defensiva.

—Sí, pero no le dije nada a nadie ni tengo la intención de entregárselas a nadie, tampoco.

—Perfectamente. Ignoro cuál es su juego, pero es necesario que los dos mantengamos una interesante conversación. Hasta pronto.

Y la comunicación se cortó. Ni siquiera le había pedido permiso

para visitarla. Mildred comprendió por ello que aquel hombre, era una persona acostumbrada a hacer su santa voluntad y sintió, imitando con ello el aprendiz de brujo, que en su interior se despertaban unas fuerzas que no podía controlar.

¿Harriman Baylor conocía a Fern Driscoll de vista? ¿Se daría cuenta en seguida de la impostura? Y en tal caso ¿pretendería denunciarla?

¿Sabía Kitty que su padre estaba en la ciudad? ¿Qué debía hacer con las cartas?

Kitty había visto claramente el sucio juego de Harrod, el cual no se había dejado engañar ni un solo momento con el cambio de identidades. Pero, pese a todo ello, Mildred no tenía la menor intención de entregarle las cartas. Y mucho menos, todavía, a Harriman Baylor, cuyo hijo había sido la causa indirecta de la muerte de Fern Driscoll.

Bruscamente, Mildred Crest decidió no esperar la llegada de Baylor. En la actualidad sabía demasiadas y al mismo tiempo poquísimas cosas para atreverse a recibirle.

Guardando el paquete de cartas en el interior de su bolso, la joven abandonó a toda prisa el departamento.

Capítulo 6

Perry Mason y Della Street acababan de cenar cuando el camarero se presentó para informar al abogado que habían avisado de la agencia Drake para que él les llamara tan pronto concluyese de comer, y antes de abandonar el restaurante.

—Ve a telefonearles, Della.

La secretaria se dirigió prestamente a las cabinas, regresando muy poco después para anunciar:

—Hay dos noticias que merecen toda tu atención.

—¿Cuáles?

—Fern Driscoll desea te pongas en contacto con ella inmediatamente. Dice que es muy grave y, a juzgar por lo que deduce la secretaria de Drake, parece hallarse en estado de extrema agitación. ¿Te acuerdas del chantajista del cual nos ha hablado la chica? ¿Carl Harrod?

Mason inclinó la cabeza, afirmando.

—Pues también ha telefoneado pidiendo una entrevista contigo sobre un asunto muy importante para uno de tus clientes. Ha dejado un número de teléfono y una dirección: Dixiecrat Aparments.

—¿Ha telefoneado él mismo a la agencia Drake?

—Sí, él mismo.

—Así, pues, debe haberse entrevistado con Fern Driscoll.

Della Street asintió.

—Muy bien —terminó el abogado—, empecemos por miss Driscoll.

Unos instantes más tarde, desde una de las cabinas, Della Street pasaba la comunicación a su jefe, el cual oyó acto seguido a su cliente, que le decía:

—Míster Mason, ha sucedido un montón de cosas. Cuando nos vimos, no le dije toda la verdad, creyendo que no sería necesario

hacerlo, pero… En fin, acaban de producirse algunas complicaciones.

—¿No es posible que esperemos hasta mañana por la mañana? —se informó el abogado.

—No, no, por favor, yo… Mire usted, alguien ha pretendido introducirse en mi departamento, tratando de apoderarse de algo. Al pretender esquivarle, le he golpeado con un pico para romper hielo.

—¿Y le ha herido usted?

—Lo supongo. Lo cierto es que el pico me ha sido arrebatado violentamente de la mano y, después, no he conseguido encontrarlo.

—¿Ha avisado usted a la policía?

—No, y debido a algunas razones, no pienso hacerlo. Compréndame, yo no puedo…

—Escuche, Fern —la interrumpió Mason—. Para una persona deseosa de pasar desapercibida obra usted de una forma muy curiosa. Después de esto, coloque algo como barricada contra su puerta y trate de no atraer sobre usted más molestias ni líos de ninguna clase hasta que yo llegue ahí. Mason colgó al tiempo que le decía a su secretaria:

—Llama en seguida al otro número, Della. Creo que tendremos que trabajar bastantes, horas extras por los cinco centavos que he cobrado.

—Soy de la misma opinión —asintió Della Street, mientras sus ágiles dedos marcaban un número sobre el dial—. ¡Oiga… aquí Della Street, la secretaria de míster Mason! Sí… míster Perry Mason ha recibido una comunicación de un tal míster Harrod… ¡Ah, bien!… Un momento. Le paso a míster Mason.

Tapando con la mano el receptor, Della Street murmuróle al abogado:

—Es una mujer de voz más bien acariciadora. Va a llamar a míster Harrod.

Mason cogió el auricular y dijo:

—¿Oiga…?

Una voz masculina respondió finalmente:

—Diga —pero se interrumpió por un fuerte acceso de tos.

—Oiga… oiga… —se impacientó el abogado—. Deseo hablar

con míster Harrod.

—Soy yo mismo —contestó la voz. Luego añadió—: Tengo que hablarle referente a…

Hubo otra interrupción por culpa de la tos, en tanto que Mason fruncía las cejas, hasta que la voz volvió a reemprender:

—Su cliente me ha golpeado en medio del pecho con un pico para romper el hielo. Sería conveniente que tuviésemos una entrevista relativa a este asunto.

—¿Dónde se produjo el hecho?

—En el departamento de Fern Driscoll.

—¿Ha llamado usted a la policía?

—Seguro que no.

—¿Por qué?

—Porque no se suele hacer en casos como éste.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que se suele hacer, según usted?

—Venga y se lo diré.

—¿No sería conveniente que ante todo tratase usted de curarse la herida?

—Desde el punto de vista médico, no es cosa grave. Pero en el aspecto legal, ya es otra cosa.

—¿Dónde se halla usted?

—Dixiecrat Building. Apartamiento 218.

—Perfectamente. No está muy lejos del lugar donde yo me encuentro ahora. Espéreme, que voy a verle.

Mason colgó de golpe el receptor y dijo a su secretaria:

—¡Bonito enredo! Fern Driscoll descubre un intruso en su departamento y le golpea con un pico para romper hielo. No sabe en qué sitio ha golpeado, pero el pico ha debido penetrar profundamente, desde el momento en que ha quedado clavado en el cuerpo del tipo que ha huido. Y ahora, Carl Harrod me informa que ella le ha clavado el pico en el pecho. Vayamos primero a hablar con Fern Driscoll, y después marcharemos a hacer una visita a casa de ese embaucador chantajista, para tratar de hacerle entrar en razón.

—¿No debería Fern Driscoll ponerse en comunicación con la policía?

—Sí, naturalmente; pero rehusa mezclarse para nada con esos señores. Por suerte, de aquí a la Residencia Rexmore no hay más

que cinco minutos de taxi.

Mildred Crest vigilaba con ansiedad su llegada y toda su actitud expresó un alivio casi histérico cuando les franqueó el paso al interior.

—Bueno —fue lo primero que dijo Mason al entrar—. ¿Qué fue exactamente lo ocurrido?

—Antes que entremos en más explicaciones, es necesario que le cuente toda la verdad de mi historia.

—Vamos, pues, la escucho —la animó a ello, Mason.

—Me marché de Lansing porque… Bueno, conocí a un muchacho, Forrester Baylor, pero su familia no me veía con buenos ojos. El tiene una hermana, una chica encantadora, Katherine… No la conocía, pero ha venido aquí esta misma noche y hemos estado hablando amigablemente. Ha dicho que habla simpatizado mucho conmigo y opinaba que su familia se ha portado conmigo de una manera abominable.

—¿Y el pico para el hielo?

—Ella misma ha sido quien los ha comprado para mí.

—¿Quién… ella misma?

—Kitty… Katherine Baylor.

—¿Los ha comprado? ¿Se trata, pues, de más de uno?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me ha dicho Kitty que los chantajistas eran unos cobardes y que con sólo amenazar con un pico a Harrod, éste me dejaría tranquila…

—… a cambio de convertirse usted en culpable de agresión a mano armada —terminó por ella, secamente, Mason—. ¿Cuántos picos ha comprado?

—Tres.

—¿Dónde están ahora?

—Uno de ellos está sobre la mesita que hay al lado de la puerta.

—Mason fue a examinarlo.

—Tiene una etiqueta en el papel que lo envuelve, «38 centavos. Tres, un dólar. Bazar de los Arcos».

—Es una especie de bazar y sala de diversiones, con varias máquinas tragaperras —explicó Mildred—, situada algo más lejos, en esta misma calle.

—¿Y allí venden esta clase de picos?

—En la parte dedicada a bazar, sí.

—Ahora —le recordó Mason—, debe contarme exactamente lo que ha ocurrido. Todo lo que ha pasado esta noche.

—Bueno, al regresar a casa, he dado vuelta al conmutador, pero sin resultado.

—¿Podría distinguir alguna cosa, cuando menos?

—Solamente muy cerca de la puerta, gracias a la luz que venía del corredor. Entonces, he oído alguien que se movía sigilosamente.

—¿Ha gritado usted?

—No me ha dado tiempo. He tenido la intuición de que alguien se abalanzaba sobre mí e, instintivamente, he cogido uno de los picos en el preciso momento en que me he sentido empujada y caía al suelo. Yo tenía el pico apuntando hacia adelante y…

Mildred empezó a sollozar.

—Vaya, cálmese —la consoló Mason—. Tratemos de resolver este asunto con la mayor claridad posible.

—El maldito pico se ha quedado clavado en el cuerpo de la persona que me ha hecho caer y —terminó— se lo ha llevado consigo.

El abogado permaneció unos instantes meditando, y después se dirigió a su secretaria:

—Della, vete en seguida a ese bazar y compra tres de esos picos para quebrar el hielo. Gana tiempo yendo en el taxi que nos espera abajo.

Al tiempo que Della desaparecía con premura, Mason se giró de nuevo hacia Mildred Crest.

—Su amigo Harrod me ha telefoneado. Ha sido herido en el pecho con un pico para romper el hielo.

Mildred llevó sus puños crispados a la boca, en tanto que sus ojos se agrandaban hasta el límite, por el terror.

—Usted debe tener escondido en este departamento —prosiguió el abogado—, alguna cosa que interesa enormemente a alguien. ¿De qué se trata? ¿Dinero? ¿Cartas?

—Yo… Bueno, se supone que tengo unas cartas que creo que Harrod desea apropiarse.

—¿Por qué dice usted se *supone*?

—En fin, compréndalo… son cartas dirigidas a Fern, y yo…

—En resumidas cuentas, las tiene usted ¿sí o no?

—Me las había llevado dentro de mi bolso.

—¿Y por qué motivo quiere Harrod obtenerlas con tanto afán?

—Creo que desea venderlas a un semanario.

—Jovencita —la amenazó severamente Mason—, me está usted mintiendo. ¿Es usted la verdadera Fern Driscoll?

El pánico de Mildred aumentó hasta lo indecible.

—Contésteme.

—No puedo… ¡Ahora no! ¡Ahora no puedo!

La muchacha se dejó caer sobre una silla, llorando de manera histérica.

—¡Repórtese, por todos los cielos! —exclamó el abogado—. Ahora no tengo tiempo para profundizar más en el asunto. Pero si se presentase la policía para interrogarla, declare resueltamente que sólo hablará en presencia de su abogado. ¿Lo hará usted así?

—Sí, ya que me lo ordena.

—Estupendo. Y ahora, ¿dónde está el tercer pico? Veo que falta uno.

—Fue la misma Kitty quien se lo llevó.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Katherine Baylor. Se aloja en el hotel «Vista del Camino».

—¿Reside allí habitualmente?

—No, es de Lansing. De familia riquísima. Su padre, Harriman Baylor, es un importante hombre de negocios. Su hermano, Forrester, es el responsable de mi situación… de… mi estado.

—¿Así que se trata de eso? ¿De cuántos meses?

—Dos… ¡No, no, míster Mason, por favor, créame usted! ¡Yo no estoy encinta!

Mason la contempló con desesperación al ver que volvía a llorar, después registró el departamento, revisando concienzudamente los cajones que se veían tirados por el suelo.

—No habrá más remedio que contarle todo esto a la policía —declaró al fin.

—No, no… Existen ciertas razones… No tengo tiempo de explicárselo a usted, pero… ¡no debemos hacerlo!

Al reparar en el bolso de mano sobre una silla, Mason lo tomó, abriéndolo.

—¿Son éstas las cartas en cuestión?

Mildred le contempló y agachó la cabeza. Mason se metió el paquete de cartas en su bolsillo y prosiguió el inventario del bolso.

—¿De dónde le ha venido tanto dinero?

Ella levantó hacia él un rostro bañado en lágrimas.

—Si me lo descubren, dirán que yo lo he robado.

—¿A quién pertenece?

—A Fern Driscoll.

—Y, claro está, usted no es Fern Driscoll. Usted es Mildred Crest. ¿No es eso?

—Sí.

Llamaron a la puerta y Mason fue a abrir.

—Mírelos, ya los tengo —dijo Della Street—. Tres picos exactamente iguales, pero la etiqueta ya ha cambiado.

—¿Cómo es esto?

—Porque ahora los venden a 41 centavos.

—¿Y a qué se debe este súbito cambio de precio?

—Lo mismo he preguntado. Entonces, la encargada me ha contado que, en efecto, hasta ahora los había vendido a 38 centavos, y tres por un dólar y que, incluso, una clienta había comprado tres por ese precio, poco antes, esta misma noche. Pero cuando fue al interior a buscar más para ponerlos en las estanterías, se dio cuenta de que tan sólo le quedaban seis. Resulta que los pedidos los hace por gruesas, y al extender el nuevo, se ha dado cuenta de que el precio había aumentado desde la vez anterior. Por lo tanto, rápidamente ha procedido a cambiar las etiquetas de los que le quedaban en el almacén.

Mason dijóle a miss Crest.

—Mildred, es preciso de todo punto que vaya a casa de Carl Harrod. Si viene quien sea, interesándose por el asalto al departamento o refiriéndose a alguien golpeado con un pico, niéguese a responder a ninguna pregunta, alegando que sólo contestará en presencia de su abogado. Le dejo dos de dichos picos para que así tenga tres. Haga desaparecer rápidamente las etiquetas, tirándolas por el desagüe. De esta manera poseerá tres picos idénticos. Si la policía hace investigaciones y descubre que una mujer ha comprado tres en el Bazar de los Arcos, hallarán que los tres los tiene usted.

—Pero ¿no descubrirán también que…?

—Con toda seguridad, sí. Pero para que tal ocurra, será preciso que se abra una encuesta, cosa que no sucederá si nadie presenta una denuncia. Bien, me llevo las cartas.

—Llévese también el dinero.

Mason negó.

—No, guárdelo usted misma. Pero métalo dentro de un sobre el cual escribirá: «Propiedad de Fern Driscoll». No hable de ello con nadie ni conteste a ninguna pregunta.

Cuando ya estaban en el ascensor, Della Street dijóle al abogado:

—¿Qué piensa hacer del pico para hielo que nos sobra?

—Harrod afirma que mi cliente le ha dado un golpe con un pico de estos en pleno pecho. Lo más seguro es que él no haya visto más que una silueta femenina destacándose de la oscuridad, parcamente iluminada por el resplandor del pasillo y, después de haber empujado a la mujer, que le cerraba el paso, ha huido sin darse cuenta de que el pico se había clavado en su pecho. Es posible que no haya sentido ningún dolor, ya que la punta es sumamente afilada. Más tarde, al llegar a su casa, ha descubierto el pico hundido en su carne y como tiene tan pocas ganas de ponerse en contacto con la policía, como mi cliente, ha preferido telefonearme.

—¿Con qué propósito?

—Esto es lo que sabremos cuando nos lo diga. Me imagino que nos propondrá el silencio sobre el golpe, a cambio de las cartas que posee nuestra cliente. Por lo tanto —continuó diciendo el abogado, al tiempo que mantenía abierta la puerta de entrada, para que Della Street pudiese penetrar a su vez en el inmueble—, voy a encargarle de una misión. Desde el instante en que entremos en el departamento de Harrod, me las arreglaré para distraer su atención y la de quienquiera que esté con él, lo que aprovecharás para ocultar este pico en cualquier parte. Conserva los guantes puestos, para no dejar huellas digitales.

—¿Y la etiqueta?

—No la toques.

—¿Por qué? —preguntó Della—. Toda vez que él ha sido atacado con un pico para romper hielo…

—Por eso mismo. Deseo que podamos distinguir el pico que le ha herido, del que nosotros dejaremos en su casa. En el caso de que Harrod no vaya con el cuento a la policía, lo único que habremos

hecho será haberle regalado un pico. Pero en el caso contrario, la policía descubrirá que posee dos picos idénticos y entonces, trabajo le mando a Harrod para que se las entienda con ellos.

La puerta del departamento 218 les fue abierta por una joven.

—¿Míster Harrod? —preguntó Mason.

—¿Es usted míster Mason? Bueno, entre. Carl le está esperando.

Les guió hasta una estancia en la que se hallaba un hombre tendido sobre un diván, completamente envuelto por una manta, y manteniendo los ojos cerrados.

—No hay forma de que entre en calor —explicó la mujer—. Carl, es míster Mason.

Harrod abrió los ojos.

—Me alegro de que haya venido usted, Mason.

—¿Usted es Harrod?

—Sí.

—¿Y esta señora es mistress Harrod?

La mujer, que estaba a punto de invitar a Della a sentarse, al oír aquello se volvió bruscamente hacia los dos hombres y a ello siguió un silencio embarazoso.

—Bueno, ¿qué pasa? Contéstale, Carl —exclamó ella.

Harrod aguardó todavía unos instantes y luego dijo:

—Sí, es mistress Harrod.

—¿Desde cuándo están ustedes casados?

—¿Qué puede tener eso que ver con la cuestión? —preguntó la mujer, agriamente.

—Soy abogado y tengo un asunto con un hombre herido. Necesito saber cuánto tiempo llevan casados ustedes dos.

—¡Esto no le interesa!

De refilón, se dio cuenta Mason de que Della, que se había levantado como buscando otra silla mejor, exclamaba de golpe:

—¡Esta maldita estilográfica! No hace más que gotear. Voy a lavarla al fregadero.

Habiendo observado la puerta que comunicaba con la cocina, desapareció por la misma sin que ninguno de los presentes le prestase la menor atención.

—Querida mía —seguía diciendo Harrod—, míster Mason es un buen abogado y opino que su ayuda puede sernos útil…

—¡Me importa un pimiento! —tronó místress Harrod—. Se trata

de mi vida privada, mi vida privada —repitió—, y no deseo que un picapleitos venga a meter en ella sus sucias narices.

—No pensaba ofenderla —se excusó Mason—. Quería simplemente estar seguro de cuál era la situación.

—Bueno, pues ya lo sabe —replicó la mujer.

—No estoy todavía muy seguro de saberlo.

Della Street regresó al interior de la estancia, se quitó los guantes ostensiblemente, cogió un bloc de notas y se sentó, diciendo:

—Estoy lista, jefe.

—Les presento a miss Street, mi secretaria —dijo Mason a los otros—. Tomará nota de cuanto se diga en esta entrevista. Quedamos, pues, en que usted es Carl Harrod, el mismo que acaba de telefonearme para decirme que ha sido golpeado con un pico de los usados para romper hielo.

—Exactamente —contestó el hombrecillo, tosiendo.

—¿Dónde está el pico? Me gustaría verlo.

—Lo hemos guardado en lugar seguro —declaró la mujer.

—¿Y a santo de qué piensa usted que esta historia pueda interesarme? —preguntó displicentemente el abogado.

Harrod se movió ligeramente, para cambiar sus manos de posición bajo la manta, tras lo cual volvió a recobrar su inmovilidad y dijo:

—¿Usted representa a miss Fern Driscoll, no es así?

—Seguro.

—Bueno, pues ha sido ella quien me ha apuñalado con el maldito pico.

—¿Cómo fue eso?

—Yo deseaba mantener una pequeña conversación con ella, acerca de un accidente de coche en el que está enredada. Conque, me fui a su domicilio…

—¿Dónde está?

—Residencia Rexmore, departamento 309.

—Exacto. Prosiga.

—La puerta se veía entreabierta. He llamado. De pronto, Fern Driscoll acabó de abrir la puerta mientras exclamaba: «¡Ah, es usted!», al verme, y a continuación me ha golpeado en el pecho. En el primer momento, ni he visto el pico ni he sentido el menor dolor.

Solamente una especie de pinchazo muy ligero.

—Y después, ¿qué ha pasado?

—Me ha cerrado la puerta en las mismas narices y ha dado vuelta a la llave. Por lo visto, había alguien más con ella, porque he oído hablar a dos personas. He vuelto a llamar, pero ha sido en vano. Entonces, me he jurado que me las pagaría, revelando cuanto sé sobre el caso. Y ha sido cuando me hallaba ya en la escalera que he visto el pico clavado en mi pecho, Nellie, ¿por qué no me das algo para beber?

La mujer se marchó a la cocina y volvió casi en seguida, con un vaso lleno a medias de agua y una botella de whisky. Tendió ambas cosas a Harrod, pero éste dijo:

—No, prepáramelo tú misma y acércame el vaso a la boca.

Así lo hicieron y una vez hubo bebido, la mujer le enjugó los labios.

—Es extraño —exclamó el herido—, pero desde que he llegado no ceso de sentir un intenso frío.

—¿Ha llamado usted algún médico?

—No, ni lo deseo. Los médicos acostumbran hacer demasiadas preguntas.

—¿Estaba muy hundido el pico?

—Hasta la empuñadura.

—Así, es absolutamente necesario que vea usted a un médico y que avise a la policía —ordenó Mason.

—Creo que esto sería fatal para su cliente —murmuró Harrod.

—De eso ya me cuido yo —respondió Mason, con sequedad.

—Bueno, digamos, pues, que sería malo para mí. No soy un ciudadano modelo. Soy un oportunista y…

—… y un chantajista —acabó Mason por él.

—¡El no iba a decir esto! —se indignó Nellie.

—Trataba solamente de facilitarle las cosas, adelantándome a sus palabras —respondió cortésmente el abogado.

—Ya es bastante mayorcito para poder hablar sin ayuda.

Harrod, entonces, procedió a contarle a Mason todo lo que éste ya sabía por Mildred sobre las relaciones de Fern Driscoll con los Baylor.

—En seguida me di cuenta de que eso podía interesar enormemente a algún semanario, por ejemplo, el *Sabedlo todo*, del

cual soy corresponsal ocasional. Lo malo es que la historia es excesivamente importante. El periódico necesita pruebas completas y veraces para poder publicarla. Existen unas cartas que oculta Fern Driscoll, dirigidas a ella por su prometido Forrester Baylor, que serían la mejor de las pruebas. Al principio, traté de obtenerlas por las buenas…

Fue cuando la puerta le fue abierta por Katherine Baylor y Harrod relató todo el incidente, añadiendo que al volver a insistir fue atacado por Fern Driscoll con el pico del hielo.

—Veamos —preguntó Mason—. En aquel momento, ¿estaba iluminado el vestíbulo del departamento?

Harrod pareció reflexionar.

—No me acuerdo en absoluto. ¿Por qué?

—Porque resulta muy extraño que no haya usted visto el pico, en cuyo caso se habría echado a un lado, evitando la embestida con toda seguridad.

—Tiene usted razón. El vestíbulo estaba a oscuras, estoy bien seguro de ello.

—Y, por lo que me ha dicho, ella ha cerrado la puerta inmediatamente, ¿no es así?

—Así ha sido, sí.

—Por lo tanto, usted no puede afirmar con plena seguridad que haya sido Fern Driscoll la que le ha golpeado con el pico. Por lo que me ha dicho, igual podría haber sido Katherine Baylor.

El rostro de Harrod expresó de súbito una cólera inmensa.

—Escuche, usted no ha venido aquí para interrogarme. Ya ha oído mi historia. Ahora, vaya a ver a su cliente para que sea ella quien le dé a conocer su propia versión de los hechos. Pero no vaya a creerse todo cuanto le cuente y empiece, antes que nada, por lograr que le diga quién es en realidad. Después de lo cual, vuelva usted aquí para indicarme cuál es la proposición de la chica para que yo me calle todo cuanto sé sobre ella.

—Primeramente, voy a enviarle a mi médico, Harrod. Él le reconocerá, a fin de evitar cualquier agravación que pudiera producirse.

—¡Ya le he dicho que no deseo que venga ningún doctor! Empezaría a hacerme preguntas, después iría con el cuento a la policía y, de resultas, quedaríamos todos liados.

—No, toda vez que será *mi* médico el que le visitará. Le reconocerá y, caso de que le pregunte cómo se ha causado la herida, puede explicarle que usted mismo ha tropezado con el pico en una crisis de sonambulismo o bien, que eso ya lo discutirá cuando llegue el momento, con su propio médico. Compréndalo, mi médico tiene que examinarle, con el solo fin de que yo pueda saber la gravedad de la herida y apreciar, por lo tanto, la eventual demanda de daños y perjuicios, por parte de usted. Conque, poco le importa a él saber cómo se ha producido la herida, ya que yo estoy dentro del caso. ¿Me entiende usted?

—¿Y esto no me costará nada?

—Absolutamente nada. Lo que él hará será indicarle lo que tiene usted que hacer para curarse, pero sin decir una sola palabra a la policía, a menos que usted le diga haber sido víctima de una agresión.

Harrod alzó la cabeza, sonriendo.

—Puedo contarle que yo tenía el pico en la mano, cuando mi mujer ha empujado la puerta bruscamente al venir desde la cocina, hundiéndose entonces.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Nellie, al oírle—. Esto es precisamente lo que él quisiera. Cuéntale una historia así al doctor y, al instante, este abogado invocará el testimonio del doctor.

—¡Idiota! —la insultó el enfermo.

—Podrías ser un poco educado —le reprochó la mujer.

Harrod se echó a reír.

—¡Idiota, querida mía! ¡Cierra el pico, imbécil, y deja de recordarme a todas horas lo bruta que eres!

Nellie pareció a punto de contestarle algún exabrupto, pero supo dominarse a tiempo, volviéndose de espaldas a Harrod en el último instante. Este preguntóle a Mason.

—¿Cuánto tiempo necesitará su matasanos para venir?

—Me figuro que el doctor Arlington podría estar aquí dentro de un cuarto de hora, a lo sumo.

—Bien… Nellie, ponme otra manta encima… sigo teniendo mucho frío. Mi querido abogado, mientras tanto, voy a proporcionarle un nuevo motivo de meditación. Su cliente no es Fern Driscoll. Su verdadero nombre es Mildred Crest. Esta robó el bolso de Fern Driscoll, junto con sus papeles de identidad y su

dinero. Cuando sepa que yo le he contado todo esto a usted, no dudo que habrá llegado el momento de que usted y yo tengamos una conversación mucho más sustanciosa que la de ahora. Y una vez dicho esto, ya que usted se emperra en que me visite ese matasanos, está bien… aquí le aguardo.

Capítulo 7

Habiéndose hecho conducir por el taxi hasta el lugar donde el abogado tenía aparcado su propio coche, Perry Mason y Della Street se dirigieron a ver a Harrod, aun cuando Mason estaba seguro de que éste solamente necesitaba los cuidados de un practicante.

Así que el médico hubo desaparecido en el interior del inmueble, Mason le dijo a su compañera:

—Ahora vamos a tardar muy poco en saber exactamente la importancia del asunto que tenemos entre manos. Y, a propósito, ¿has escondido el pico en buen sitio?

—Creo que excelente. Dentro del cajoncito de los cubiertos. Lo tiene en un estante de la cocina.

—¡Buen trabajo! —aprobó el abogado.

—Me ha prestado una buena ayuda al insistir tanto en que te dijesen el tiempo que llevaban de casados. Pero no habrías debido hacer tanto hincapié en ello. Lo recordará cuando encuentre el pico suplementario en el cajón de los cubiertos y más aún, cuando vea que el pico que yo he dejado tiene puesta la etiqueta.

—De acuerdo; sin embargo ella puede pensar, precisamente por esto, que es el pico que ha servido para apuñalar a Harrod —precisó el abogado.

Della Street reflexionó unos momentos y luego exclamó, levantando la vista:

—Creo que empiezo a darme cuenta de la jugada.

Mason encendió un cigarrillo.

—Veremos qué es lo que le cuentan a Arlington.

—¿No habría sido mejor que le acompañaras?

—No, de ningún modo. Yo no quiero ser mi propio testigo. Dejemos que el doctor Arlington discuta con Harrod. Cualquier tribunal aceptará como un artículo de fe la deposición de Arlington.

—En efecto, será un testigo excelente.

Della Street, que estaba al lado del automóvil, se echó hacia atrás, exclamando de pronto:

—Perry, acabo de distinguir la luz roja de un coche de la policía.

—¿Viene hacia aquí?

—Sí.

—Entonces, sube rápidamente y partamos. No es conveniente que nos encuentren.

—No hay tiempo ya.

—¡Sube! —ordenó Mason, deslizándose en el asiento de manera que la joven pudiera colocarse frente al volante—. Obra como si no les hubiéramos visto. Charlemos… A lo mejor no repararán en un coche que… —Se interrumpió al ver que el interior del coche quedaba totalmente iluminado por la luz roja de la policía—. Girémonos y hagámonos los sorprendidos, de otro modo comprenderán que ya conocíamos su llegada de antemano.

Al decir esto, Mason ya se había girado y señalaba con el dedo a través del cristal posterior, como mostrando el coche policial a su compañera.

Un instante más tarde, el sargento Holcomb, de la Brigada Criminal, se hallaba junto a la portezuela derecha del coche, al tiempo que otro policía se colocaba junto a la de la izquierda.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Qué hacen ustedes aquí, amiguitos? —preguntó Holcomb, pasando la cabeza por la abertura de la puerta.

—¡Holcomb!… Qué agradable sorpresa… Pues, sencillamente, nos disponíamos a marcharnos.

—¿De veras? Antes tengo la impresión de que estaban esperando a alguien. Vamos, Mason, seria conveniente que no tuviese usted una secretaria tan seductora. Cuando una chica tiene un perfil digno de miss América…

—Miss Universo —rectificó Mason, sonriendo.

—… digno de miss Universo, efectivamente, se la ve desde lejos. Y ahora, ¿qué le parece si me dijese a quién están ustedes esperando?

Della Street, que vigilaba atentamente el portal de la mansión, apretó su rodilla contra la de Mason.

El doctor Arlington acababa de salir. Había dado un paso hacia el coche de Mason, pero al darse cuenta de la presencia de la

policía, rectificó prontamente, dirigiéndose a su propio coche, situado detrás del de Mason. La maniobra, sin embargo, no dejó de ser observada por Holcomb, quien gritó, sonriente:

—¡Eh!… ¡Doctor!

El médico quedóse inmóvil, y luego miró por encima del hombro.

—¿Sí?

—Es usted médico, ¿no es así? —exclamó el policía, señalando la delatadora maletita.

—En efecto.

—¿Me será permitido preguntarle de dónde viene?

—No veo que pueda tener ningún interés para usted.

—No nos engañemos, doctor. Usted acaba de salir de esa casa —prosiguió Holcomb— y si, por casualidad, ha sido el departamento 218 el que ha visitado, la policía se sentirá vivamente interesada por esa visita. Y si, siempre por casualidad, fuese míster Perry Mason quien le hubiese enviado allí arriba, entonces la cosa sería más interesante; sería apasionante. Y le aseguro, querido doctor, que el modo que ha tenido usted de dirigirse en línea recta hacia el coche de Mason, para luego oblicuar hacia el suyo propio, al darse cuenta de nuestra presencia, ha sido altamente revelador. En fin, ¿quién le ha persuadido para que entrase en esa casa?

Poniendo buena cara al mal tiempo, el doctor contestó sonriendo:

—He subido a reconocer a un herido, pero cuando he llegado arriba, el herido había muerto. La mujer que estaba con él, su esposa a lo que me figuro, me ha contado algo un poco oscuro sobre un golpe dado con un chisme de esos que se emplean para quebrar el hielo. Lo cierto es que yo he podido observar una pequeña herida sobre el pecho y no he querido proseguir al pensar que el asunto entraba de lleno en las actividades de la policía.

—¿La ha llamado usted? —preguntó Holcomb.

—La policía había sido ya avisada antes de mi llegada, gracias a la previsión de la joven —respondió prestamente el doctor, mirando a Mason significativamente—. De no haber sido así, me hubiese apresurado a hacerlo yo mismo.

—Muy interesante —apreció Holcomb—. Y ahora, espero que alguno de ustedes sea lo suficientemente amable para decirme cómo

ha podido míster Mason saber que en esta casa había un herido.

—Un momento, doctor —intervino el propio Mason—. ¿Había alguien más, aparte de la esposa, en el departamento, cuando usted lo ha abandonado?

—No…

—Así, ella se ha quedado a solas con el cadáver… y con los indicios que pueda haber allá arriba.

—Bueno, bueno, Mason —suspiró Holcomb—, usted gana. Aunque me estoy muriendo de ganas de interrogarle, comprendo que mi deber me obliga a ocuparme, ante todo, de ese homicidio.

—¿Homicidio? —exclamó Mason—. ¿No se trata de un accidente?

—Por teléfono nos han hablado —recalcó el policía— de una joven que le ha hundido el pico en el pecho. De todos modos, voy a subir para ver personalmente lo que hay de cierto en este asunto. Le ruego, y a usted también doctor, que no se vayan antes de que yo haya vuelto.

—De acuerdo, pero no se demore demasiado, por favor.

Así que los policías hubieron entrado en el inmueble, el doctor Arlington le dijo, a media voz, a Mason:

—No sabía qué hacer, Perry. Cuando he llegado, el sujeto, según las apariencias, hacía unos diez minutos que había fallecido.

—¿Y la mujer? ¿Al borde del histerismo?

—Emocionada. Pero no creo que se convierta en una viuda inconsolable.

—¿Qué es lo que le ha dicho?

—Solamente que había telefoneado a la policía, declarando que Carl Harrod había sido asesinado.

—¿Asesinado?

—Sí, ésa es la palabra que ha usado. Yo estaba molesto, Perry. Ignoraba lo que usted hubiese preferido que hiciese: descender inmediatamente para ponerle al corriente de la situación o examinar el cadáver para localizar el lugar y el aspecto de la herida. Al fin, he optado por lo segundo, he retirado las mantas y en seguida he podido observar una pequeña herida lívida, que ha sido sin duda la causa de la muerte y que muy bien puede haber sido producida por un pico para hielo.

—¿Solamente una herida? —precisó Mason.

—Una sola y única. Cierto es que no he examinado todo el cuerpo, pero el hombre estaba desnudo hasta la cintura y puedo asegurarle que no tenía otra herida en todo el tórax.

—Está bien —suspiró Mason cansadamente—; estamos metidos en un bonito embrollo. Della, creo que sería mejor que telefonearas a nuestra cliente. No, espera. Holcomb viene hacia acá de nuevo.

—Resulta, pues —exclamó Holcomb cuando estuvo junto a ellos —, que usted ha sostenido una conversación con ese tipo, conversación que Della Street ha taquigrafiado.

—Eso es exacto —asintió Mason.

—El muerto fue apuñalado por uno de sus clientes.

—Eso, por el contrario, no es verdad. Es falso —negó el abogado.

—¿Cómo puede usted saberlo?

—Porque mis clientes no apuñalan a las personas.

—Sin embargo, puede afirmarse que el golpe fue dado por una joven que se encontraba en el departamento 309 de la Residencia Rexmore, departamento que ocupa Fern Driscoll. ¿Es cliente suya miss Katherine Baylor, señor Mason?

—No la he visto en mi vida.

—¿Y Fern Driscoll?

—Fern Driscoll es mi cliente.

—Perfectamente. Voy a verla y deseo hacerlo antes de que tenga usted la posibilidad de telefonearla.

Holcomb consultó su reloj.

—Retenlos aquí durante diez minutos —ordenóle al agente—, después de los cuales podrás dejarles ir.

—¿Y el doctor? —preguntó el otro.

—El doctor, lo mismo.

—Temo, sargento —intervino Mason—, que usted no ignora mis métodos de trabajo, que me obligan a…

—Precisamente, debido a que no ignoro sus métodos de trabajo, tengo un singular interés en impedir que pueda ponerse en comunicación con la joven Driscoll antes de que yo la haya visto y hablado. ¿Entendido, Ray? No les dejes marchar antes de diez minutos.

Y tras estas palabras definitivas, el sargento Holcomb subió apresuradamente al coche policial.

Mason contempló su reloj de pulsera, bostezó, procedió a encender un cigarrillo y luego, dejando caer su cabeza contra el respaldo del asiento, cerró los ojos.

Dejándose guiar por la actitud del abogado, el doctor Arlington subió a su coche y se sentó ante el volante.

Della Street, que vigilaba su relojito, exclamó de pronto:

—¡Han transcurrido ya nueve minutos y medio, jefe!

Mason asintió y ella accionó el embragué.

—¡Eh! —les gritó el policía encargado de vigilarles—. Todavía faltan treinta segundos.

—Estamos calentando el motor —fue la respuesta de Mason.

Pero el policía no pareció satisfecho.

—Me gustaría más recibir una orden del sargento Holcomb. Es posible que llame. Si lo hace, recibiremos por radio su aviso.

—Conozco todo esto, pero él le ha ordenado solamente que nos retuviese diez minutos —replicó Mason—, y precisamente ahora se cumple el plazo previsto. En marcha, Della.

La joven arrancó rápidamente y al momento fue seguida por el coche del doctor.

—¿Dónde vamos? —preguntó Della Street.

—A la agencia Drake, pero antes hazle señas al doctor para que se nos acerque.

Della Street condujo durante unos centenares de metros y luego, como la calle era de las de dirección única, agitó la mano, invitando al doctor a que se les uniera.

—Querido doctor —advirtióle el abogado—, puede usted marcharse a su casa, pero, por favor, no conteste a ninguna pregunta.

El médico inclinó afirmativamente la cabeza, y se alejó con el auto.

—Espero que encontraremos a Paul en la agencia —dijo Della Street—. Tenía un asunto entre manos y esperaba hallarse retenido hasta medianoche.

—Tanto mejor. Pudiendo hablarle personalmente, ganaremos tiempo, y sabe Dios que nos hace falta —exclamó el abogado, al tiempo que el automóvil arrancaba de nuevo.

Capítulo 8

—¡Hola, Perry! ¿Qué tal, Della? ¿Qué os trae por aquí a estas horas? —saludó Paul Drake—. Bueno —añadió, sin ninguna pausa —, ya veo que la respuesta no tenderá a labrar mi felicidad.

—Paul —dijo el abogado, instalándose sobre un ángulo de la mesa escritorio, mientras Della Street se acomodaba en el sillón reservado a los visitantes—, estamos metidos en un asunto del que no comprendo nada en absoluto. Por ello, es necesario que vosotros os pongáis a hacer una serie de investigaciones muy urgentes, en un tiempo mínimo.

—Lo que me temía —gimió Drake, atrayendo hacia sí un bloc de notas—. En fin… habla. Soy todo oídos.

Muy corpulento y con un rostro imperturbable, el detective ya estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo, a las exigencias de Mason, que era su mejor amigo al mismo tiempo que su mejor cliente. Sus respectivas oficinas se hallaban instaladas en el mismo piso, lo que facilitaba enormemente las cosas.

—En el departamento 309 de la Residencia Rexmore —explicó Mason— vive una joven que se hace llamar Fern Driscoll. Quiero tener cuanto antes el mayor número de datos sobre Fern Driscoll. Esta abandonó Lansing, en Michigan, donde trabajaba, sin previo aviso. En cuanto a la joven que se hace llamar Fern Driscoll, trabaja como empleada en la «Consolidated Sales and Distribution Company».

—¿La misma que tiene las oficinas en este piso? —se extrañó Drake, levantando vivamente la cabeza.

—Exactamente.

—Conozco mucho al director. Será fácil.

—Sí, pero como la joven trabaja para ellos hace solamente unos quince días, son sus antecedentes los que me interesan.

—¡Me lo podía haber imaginado! ¿Y luego?…

—Harriman Baylor, de Lansing. Conocido industrial. Una hija de éste, Katherine, y un hijo llamado Forrester. Me interesa conocer todo cuanto pueda descubrirse acerca de esta familia. Fern Driscoll trabajaba para la firma Baylor, en Lansing.

—¿Algo más?

—Carl Harrod. Departamento 218, Dixiecrat Building. Necesito conocer su pasado.

—¿Y su presente? —interrogó Drake.

—Ya no lo tiene.

—¿Desde cuándo? —quiso saber el detective, mirando a Mason con atención.

—Una hora, aproximadamente.

—Bueno, todo esto tendrá ocupados a bastantes agentes y no se hará en dos minutos —comentó Drake, consultando su bloc de notas.

—Muchos hombres y mucho dinero, si es preciso; aceptado. Pero no mucho tiempo, porque no puedo perderlo.

—¿La policía está al corriente de lo de Harrod?

—Sí.

—¿Y saben que estás interesado en él?

—Por desgracia, sí. Me han pillado delante de su casa, mientras esperaba el informe del doctor Arlington.

—¿Informe sobre qué?

—Sobre la naturaleza y gravedad de las heridas. Harrod había sido apuñalado con un pico de romper hielo. La mujer que vivía con el difunto, había avisado ya a la policía cuando nosotros hemos llegado con el doctor. Y por esto el sargento Holcomb nos ha sorprendido frente al inmueble.

—Comprendido. ¿Dónde vais ahora?

—A mi despacho —respondió Mason—. Pon a tus hombres en seguida a la búsqueda de todos estos datos y ve comunicándomelos a medida que los vayan obteniendo. Cada minuto tiene un valor inapreciable. Creo que tenemos una ligera ventaja sobre la policía y deseo conservarla mientras pueda.

»Aquí, los Baylor, paran siempre en el hotel «Vista del Camino». Odian como si se tratase de la peste, cierta clase de publicidad, precisamente de la clase con que les amenazaba Harrod. Katherine

Baylor, la hija, se encuentra actualmente en la ciudad y no sería de extrañar que, de una manera o de otra, estuviese enredada en este lío. Por otra parte, la joven que se hace llamar Fern Driscoll, admite haber sido ella quien ha pegado el golpe con el pico.

—¿Opinas que no es Fern Driscoll, verdaderamente?

—Sé que es Mildred Crest, de Oceanside. ¡Vamos, al trabajo, Paul!

—Dentro de diez minutos tendré a diez hombres ocupándose del asunto y cada uno de ellos podrá emplear a otros por su cuenta, si es preciso. Vete a tu oficina y, tan pronto sepa algo, te daré un telefonazo.

Cuando estuvieron ambos en su ambiente habitual, Mason díjole a Della Street, mientras se quitaba el sombrero:

—Si nuestra cliente no nos ha mentido, tenía perfecto derecho a obrar como lo ha hecho. Es un caso de legítima defensa.

—¿Y si ha mentido?

—Entonces, la cosa se presentará bastante fea; ésta es la verdad.

—A mí me parece que ha mentido bastante —hizo notar Della.

—Sí, y serán esas mentiras, precisamente, las que la fastidiarán, si las cosas se vuelven contra ella. Como Mildred Crest puede ser inculpada de la muerte de Fern Driscoll y esto hará que se dude de su palabra sobre lo ocurrido con Harrod.

Veinte minutos más tarde, el teléfono cuyo número sólo era conocido de ellos dos y de Paul Drake, empezó a sonar. Mason descolgó.

—Dime, Paul…

La voz del detective le llegó a través del receptor.

—Procura obtener cualquier periódico de la mañana. Veréis la fotografía de Harriman Baylor, el célebre industrial y financiero, descendiendo de un avión. Llegó a última hora de la tarde y los periodistas fueron a esperarle al aeropuerto.

—Vaya, vaya… ¿Y dices que una fotografía?

—Una fotografía estupenda. Míster Baylor no ha venido para tratar de ningún negocio, sino solamente en plan de vacaciones y para recuperar su quebrantada salud. Míster Baylor sufre sinovitis.

—¿Sinovitis?

—Sinovitis. Es la inflamación de una especie de saquito que contiene no sé qué líquido, situado en la espalda…

—Estoy bien documentado respecto a las sinovitis, Paul —le interrumpió Mason, riendo—. Puedo añadir que soy capaz de sostener con éxito una controversia sobre este punto con un médico. Es una afección que puede ser crónica y muy dolorosa. Bueno, todavía no tenemos los diarios de la mañana. ¿Qué aspecto presenta míster Baylor en la foto?

—El aspecto de un hombre que posee varios millones de dólares, como en su caso. La fotografía que en estos momentos tengo ante mis ojos le presenta llevando una elegante cartera de documentos en su mano izquierda, en tanto que con la derecha agita el sombrero, a guisa de saludo. A su lado se ven dos sonrientes azafatas y el pie dice que, según su opinión, la costa del Pacífico está a punto de entrar en una era de prosperidad, ya que ahora justamente acaban de descubrirse sus poderosos recursos industriales.

—Conque, desbordando optimismo ¿eh?

—Eso mismo.

—Podría probar de telefonearle en el «Vista del…».

—Sería tiempo perdido. Para comunicar con él por teléfono, se necesitaría, por lo menos a mi entender, una ley del Congreso. Pero sí está en el hotel y, por lo que he podido averiguar en la *suite* acostumbrada.

—Y respecto a su hija, ¿has podido saber algo?

—Katherine Baylor pasa por ser encantadora y muy popular. Se la estima por ella misma y no por los millones de su padre. Se trata, por lo visto, de una joven siempre dispuesta a emprender una cruzada por el bienestar de la triste humanidad, la igualdad de todos ante la justicia, el mejoramiento de las bases de trabajo, etc. ¡Una chica simpática, vamos!

—¿Algún amorío?

—Aparentemente, ninguno. Camarada de bastantes muchachos, aunque es muy difícil saber cuáles son sus inclinaciones. Perry, esto acaba de comenzar y es probable que dentro de poco, sepa bastante más sobre todo. Pero supuse que te interesaría saber que Baylor está respirando nuestro mismo aire.

—Tienes razón. Y opino que míster Baylor debe haber fortificado su puerta tan bien como su teléfono contra los atrevidos, pero me gustaría saber si no ha hecho alguna excepción.

—Soy amigo del detective del hotel «Vista del Camino». Voy a verle y sabré lo que haya sobre tu sugerencia.

—Hazlo, sí, pues me interesa enormemente.

El abogado colgó el receptor sobre el soporte y preguntóle a Della Street, al ver que ponía en marcha la cafetera eléctrica.

—¿Has escuchado por el otro auricular?

—Sí.

—¿Lo has anotado todo? Excelente.

Cinco minutos más tarde, Drake volvía a llamar.

—Mason, te pido, por favor, la mayor discreción. Tengo la información que deseabas, pero no olvides que esto podría costarle el empleo a mi amigo.

—De acuerdo. Te escucho.

—Baylor se ha aislado totalmente en su departamento. Incluso hay un guardián en la puerta. Sin embargo, ha dejado encargado que si un tal Howley intentaba ponerse en contacto con él, deberían pasarle el recado al momento, fuese a la hora que fuese, de día o de noche.

—¿Howley?

—Eso es.

—¿Imaginas quién pueda ser?

—No, no me ha sido posible descubrir absolutamente nada sobre él. Supongo que debe llegar en avión, o algo por el estilo, y que Baylor le espera, pero eso es sólo una suposición mía.

—Pero ¿por qué se rodea Baylor de tantas precauciones? Se diría que prevé que puede llegar a convertirse en una figura interesante.

—Ya lo es. Se trata de un gran financiero, no lo olvides.

—Pero, me imagino que, de ordinario, no tomará tantas precauciones para evitar ser molestado.

—Tampoco sufre una sinovitis, habitualmente y, además, no hay duda de que debe estar preparando un gran golpe. En fin, no lo sé. Todo lo que yo puedo hacer, es irte comunicando los hechos a medida que los vaya conociendo. Tú eres quien debe interpretarlos.

Una vez hubo colgado, esta vez, Mason contempló meditativamente a Della Street, y luego dijo:

—Procura comunicar con nuestra cliente, Della. Es posible que la policía no la haya retirado todavía de la circulación. Y, sea como sea, ya habrán terminado de interrogarla y podremos hablar con

ella por teléfono.

Della Street, al no obtener respuesta en el departamento, llamó al encargado del inmueble. Por él supo que miss Fern Driscoll acababa de salir en compañía de dos señores y que había pedido le fuese guardado el correo.

Al oír esto, el abogado se levantó.

—Quédate aquí, Della, a defender el castillo. Yo me marcho al hotel «Vista del Camino».

—Pero ten prudencia —le recomendó la joven.

Una vez en el «Vista del Camino», Mason descolgó el auricular de uno de los teléfonos interiores y pidió:

—Póngame con míster Harriman Baylor, por favor.

—Lo siento, señor. El teléfono de míster Baylor está, por el momento, cortado. No desea ser molestado bajo ningún pretexto.

—Tratándose de mí, será distinto. Me ha ordenado que le llamase.

—Lo siento, pero las órdenes son formales… Un momento. ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Howley —pronunció Mason, con calma.

Mason oyó un parloteo en voz baja; después telefonista rogóle:

—Un momento, míster Howley, no se retire. Voy a intentar ponerle en comunicación con míster Baylor.

Al cabo de un rato, una aterciopelada voz de barítono, decía:

—¿Diga? Harriman Baylor al aparato…

—Howley —dijo Mason.

La voz de Harriman Baylor expresó una súbita excitación.

—¿Dónde está usted en este momento?

—En el hall.

—Bueno, ya era hora. En su informe, estos imbéciles me habían dicho que usted… Pero, en fin de cuentas ¿cómo sé que es usted Howley?

—En este caso —replicó Mason—, nada me prueba tampoco que usted sea Baylor.

—¿Cuál es su otro nombre, Howley?

—Oiga, Baylor, no puedo estarme durante una hora en este hall, donde puede verme cualquiera, para oírle cantarme la doctrina. Espere a que suba, para hacerme estas preguntas como quiera. Yo no…

—¿Con qué otro nombre le conozco yo? —le interrumpió la voz de Baylor.

Mason vaciló y, de pronto, la comunicación quedó cortada. Saliendo seguidamente de la cabina, el abogado fue a sentarse en uno de los sillones del hall. Casi al instante vio al detective del hotel que empezaba a inspeccionar las cabinas telefónicas, haciendo después un signo a un botones. Unos momentos después, el joven botones empezó a recorrer el hall, gritando:

—Preguntan por míster Howley… Preguntan por míster Howley…

Mason no se movió. Permaneció todavía unos cinco minutos hundido en su sillón y después, se dirigió a un *drugstore* vecino, entró en la cabina telefónica y marcó el número del «Vista del Camino».

—¿Quiere usted, por favor —rogó a la telefonista—, avisar a míster Harriman Baylor que míster Howley pregunta por él?

La telefonista pareció vacilar unos instantes y, al cabo de un momento, una voz preguntó:

—¿Diga?

—¿Míster Baylor? —quiso asegurarse el abogado.

—Sí.

—Howley.

—¿Dónde este usted en este momento, Howley?

—No muy lejos.

—Si quiere usted decirme dónde está, yo…

—¡Escuche! —exclamó entonces Mason con tono indignado—. Usted no es Baylor. ¿Qué significa esto?

—Cálmese, míster Howley… Se trata, simplemente, de que debemos comprobar cada comunicación telefónica. Hace un rato, no más, alguien ha intentado hablar con míster Baylor, usando el nombre de usted. Un momento, por favor, voy a pasar la comunicación a míster Baylor.

Unos segundos después, la voz abaritonada preguntaba:

—¿Diga, Howley?

—Sí.

—¿Cuál es el otro nombre que me dio usted, Howley?

—¿El otro…? ¡Usted ya lo conoce, caramba!

—Sí, lo conozco, pero deseo asegurarme de que es usted el que

dice ser. Así, que, ¿su otro nombre?…

—Carl Harrod —declaró Mason.

—¡Ah! Eso está bien —y al decirlo, la voz expresó un alivio intenso—. Así me gusta más. Me habían dicho que usted no estaba en condiciones… Pero, en fin, esto ya lo discutiremos ahora. ¡Suba! Ocupo la *suite* presidencial, pero he hecho prohibir la entrada. Por lo tanto, tendrá usted que pasar por la habitación 428. Llame con dos golpes, otros dos luego y, por fin, uno solo. ¿Lo ha comprendido bien?

—Perfectamente.

—¿Cuánto tardará usted en llegar?

—Dos minutos.

Una vez hubo dado la señal convenida, se abrió ante Mason la puerta del 428, por obra de un hombre de unos cincuenta años, con las cejas muy pobladas y la mirada penetrante, que demostraba un gran aplomo.

Al ver a Mason, inició un retroceso, intentando cerrar la puerta en su misma cara, pero el abogado se lo impidió por el simple procedimiento de empujar con la espalda por entre el espacio libre de la abertura, tras lo cual entró en la estancia, diciendo:

—Soy Perry Mason, míster Baylor, el abogado de la joven que habita en la Residencia Rexmore, y creo que sería muy conveniente que sostuviéramos una pequeña conversación.

—Lo siento, pero no es posible, míster Mason. No puedo recibir a nadie.

—Excepto a Carl Harrod —le recordó el abogado, añadiendo—. Para su gobierno, debo decirle que Carl Harrod ha fallecido.

—Yo… yo…

—De los minutos que van a transcurrir, dependerán muchas cosas, míster Baylor. Lo que yo quiero ahora es poner mis cartas sobre la mesa.

—Pues yo no deseo hablar con usted. Ya me han puesto en guardia contra sus manejos.

—Ignoro el tiempo que nos queda antes de la llegada de la policía. Pero es muy importante que le diga esto, míster Baylor: sé que Carl Harrod le hacía objeto de chantaje. Ahora bien, Carl Harrod acaba de morir, apuñalado con un pico de los que usan para el hielo. Antes de morir me dijo que su agresora había sido Fern

Driscoll, pero, debidamente interrogado por mí mismo, reconoció que quien le había herido pudo haber sido muy bien la hija de usted, Katherine. No ignoro —prosiguió Mason— que es usted un personaje muy importante y poderoso, pero permita que le diga que, pese a todo esto, la muerte de Carl Harrod puede ocasionarle enormes molestias. No conozco todas las ramificaciones que pueden derivarse de las andanzas de Fern Driscoll, pero opino que sería mejor para ambos que sostuviéramos una charla antes de que los periódicos lo publiquen todo en títulos de cuatro columnas.

—¡Los periódicos! —exclamó Baylor, aterrorizado.

—Sí, los periódicos —repitió Mason—. Y no crea que lo que digo son palabras vanas.

Baylor vaciló un poco todavía, y, finalmente, tendió su mano izquierda a Mason.

—De acuerdo, usted gana. Perdone que le dé la mano izquierda, pero mi sinovitis va de mal en peor… ¡Venga usted!

Por una puerta de comunicación, pasaron de la banal habitación 428 al salón de una lujosa *suite*.

—Esta es mi hija Katherine —presentó Baylor—, Katherine, hija mía, este señor es Perry Mason, el abogado que representa a Fern Driscoll.

Miss Baylor se levantó con rapidez, pareciendo muy emocionada.

—Encantada de conocerle, míster Mason.

—Y yo a usted, miss Baylor —díjole el abogado, antes de añadir quedamente—. Mi cliente me ha hablado de usted.

—¡Ah! —fue la exclamación de la joven.

—Tome asiento, Mason —invitó Baylor—. Bueno, ¿qué es lo que acaba de contarme? ¿Harrod ha muerto?

—Sí, ha sido apuñalado con un pico para hielo. Al principio me declaró que quien le había golpeado había sido Fern Driscoll, pero luego reconoció que también pudo haber sido su hija Katherine.

—¡Cómo! —exclamó ésta vivamente—. ¡Esto es absurdo! Yo sólo le he dado una solemne bofetada.

—Si dejas hablar a míster Mason —reprochóle su padre—, Kitty, tal vez podamos saber cuál es su posición en este asunto y lo que desea exactamente.

—Lo que deseo son hechos —contestó Mason—. Quiero saber

cuáles eran sus relaciones con Harrod y por qué ha venido usted a esta ciudad, haciendo lo posible para que nadie se le acerque, excepto Carl Harrod, con el seudónimo de Howley.

—Y yo, a mi vez, deseo saber cómo está usted enterado de todo esto —objetó Mason.

Mason sonrió:

—Esta es una de las cosas que no puedo revelarle.

—¿Que no puede o que no *quiere* decirme?

—Pongamos que no quiero.

—No es ésta una manera agradable de empezar a poner las cartas sobre la mesa.

—En todo caso, es mi sistema.

El rostro de Baylor se tiñó de púrpura.

—¡Nunca he aceptado que nadie me domine, míster Mason!

—Es probable que no, míster Baylor. Pero es que entre nosotros hay una diferencia esencial.

—¿Y es…?

—Que a mí me da lo mismo ver o no mi nombre en los titulares de los periódicos. Nunca he buscado la publicidad; me la hacen sin pedirla.

Baylor perdió parte de su altanería.

—¿Qué desea usted en realidad, Mason?

—Para empezar, deseo saber todo sobre Fern Driscoll.

—No veo ningún inconveniente en comunicarle todo lo que sé yo mismo, Miss Driscoll era la secretaria de mi hijo. Es posible que entre ellos haya surgido un idilio. Incluso es posible que miss Driscoll haya creído posible llegar a casarse con él, a pesar de la diferencia de posición.

—Lo que quiere decir que a usted esta unión le parecía improbable.

—Yo la consideraba totalmente imposible.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Creo inútil entrar en esta clase de detalles por ahora.

El teléfono empezó a sonar de un modo muy particular: un timbrazo prolongado, dos cortos, otros largo…

Katherine inició un paso en dirección del aparato, pero su padre se lo impidió con la cabeza y fue él mismo quien lo descolgó.

—Diga… sí… ¿qué ocurre ahora?

Escuchó durante unos instantes y luego accedió:

—Claro que quiero hablar con él… Pásemelo en seguida… ¡Aquí Harriman Baylor, sargento!… Sí… Mi hija se halla conmigo… Claro está que deseamos facilitarle a usted las cosas, sargento, pero me parece que una acusación de ese estilo es la cosa más ridícula que he oído en toda mi vida… Y, ante todo, ¿está usted bien seguro de que ese sujeto ha muerto?

Baylor volvió a escuchar unos momentos lo que el otro le decía desde el extremo del hilo y luego replicó:

—Estoy muy ocupado en estos instantes. Si usted pudiese venir dentro de… digamos una media hora, sería mucho mejor para mí, sargento… Seguro que sí, lo comprendo… Entonces, veinte minutos… Lo siento mucho, sargento, pero un cuarto de hora es el tiempo que necesito como mínimo, y me importa un comino que me haga usted citar delante de cien mil jurados, si tal cosa le apetece… Está bien… hasta la vista.

Baylor colgó violentamente, luego consultó su reloj y le dijo a Mason:

—No tenemos tiempo de andar con reticencias. Bien, mi hijo tenía un compromiso con Fern Driscoll. Es posible que ésta fuese una chica muy estimable. No lo sé. Pero lo que sí sé es que mi hijo tonteaba también con una muchacha de la sociedad, que posee todo lo necesario para hacerle feliz y que será muy bien recibida dentro de nuestro círculo mundano, lo que no podría haberse producido con miss Driscoll. Aclarado este punto, creo que ha habido rumores de que miss Driscoll se hallaba en una situación, digamos interesante y que yo le facilité una importante cantidad para que se marchase de nuestra ciudad. ¡Lo cual es absolutamente falso y desprovisto de todo fundamento!

—¿Y su hijo, qué? —apuntó Mason.

—Forrester me ha dado su palabra en cuanto a él concierne —fue la digna respuesta de Baylor.

—Bueno —intervino Kitty—, yo quisiera saber…

—Por favor, Katherine, no te metas ahora en esto. La situación ya es bastante difícil…

—Es que lo que intento decir puede resultar de suma importancia…

—¡Cállate! —ordenó el financiero.

La joven guardó silencio, y su padre prosiguió:

—Harrod vino a complicar las cosas. A lo que parece, Fern Driscoll se halló envuelta en un accidente de automóvil, a resultas del cual, Harrod tuvo que lanzarse a una investigación por cuenta de una compañía de seguros. Sea como fuere, lo cierto es que pudo reunir una serie de datos aislados, con los que hilvanó una historia, completamente falsa, que un semanario de los que se dedican a airear vidas turbias, según me dijo, estaba dispuesto a comprarle por diez mil dólares.

—¿Usted se entrevistó con Harrod?

Baylor tardó un poco en responder, como si sopesara cada palabra.

—Reconozco que, efectivamente, me entrevisté con él, Harrod pareció creer que yo estaría dispuesto, para impedir la publicación de la historia, a entregarle una suma igual, cuando menos, a la que le ofrecía el semanario. Sin embargo, como debió temerse alguna cosa, recordando que existe una ley que castiga severamente el chantaje, no logré que me dijese con exactitud lo que tenía entre ceja y ceja. Y, dicho sea entre nosotros, Mason, yo no soy hombre que me avenga con facilidad a ser víctima de un chantaje. Si le cuento todo esto —continuó—, es porque al parecer, según Harrod, Fern Driscoll guarda algunas cartas de mi hijo, en las que éste reconoce imprudentemente, y no cito las palabras exactas por desconocerlas, que ha obrado con cierta falta de precaución. Dada la posición de mi familia, no deja de ser verdad que cualquier semanario de esta clase, pagaría bien los derechos de publicación de una noticia de ese género y que esto nos colocaría en una situación muy violenta en nuestro mundo.

Mason asintió con el gesto y Baylor, tras haber consultado otra vez su reloj, empezó a hablar con rapidez.

—Nos queda poco tiempo, Mason. Un tal sargento Holcomb llegará dentro de unos momentos para interrogar a mi hija acerca del caso Harrod y desearía que no le encontrase a usted. Supongo que usted le conocerá ¿no?

—Le conozco, en efecto.

—Muy bien, no le diré que ha venido. En resumen, pues, creo que miss Driscoll tendrá necesidad de un abogado que la asista. Bien, estoy dispuesto a pagar los honorarios para asegurar que

usted la defienda, con la sola condición de que me sean entregadas las cartas que de mi hijo posee miss Driscoll.

—Yo no soy un chantajista, míster Baylor —objetó Mason.

—Lejos de mí tal idea. Conozco muy bien su reputación. Ni pienso tampoco que miss Driscoll intente hacer mal uso de las cartas. Pero, entiéndame, míster Baylor, Si la policía registra el departamento de miss Driscoll, descubrirá las malditas misivas. Y entonces, incluso sin ser publicadas, el solo hecho de haber podido probar que existen será bastante para que el semanario pueda apoyar la historia. Aparte de eso, es casi seguro que usted tendrá mucho trabajo para defender a miss Driscoll y ella no está en situación de pagarle sus honorarios. He aquí, pues, por qué le hago esta proposición. ¿Comprende ahora?

Mason afirmó en silencio.

—¡Pero, papá —volvió a inmiscuirse Kitty Baylor—, no es Fern Driscoll!

Su padre le recriminó colérico.

—¡Te ordené que no te metieras en esto!

Mason contempló al industrial con aire pensativo y éste dijo entonces:

—Bueno, supongamos que su cliente no sea, a fin de cuentas Fern Driscoll. La situación todavía será más delicada. Si resulta que Fern Driscoll es la mujer que murió en el accidente, la cual, según ha revelado la autopsia, estaba encinta de dos meses, y, además, que abandonó Lansing precipitadamente, rompiendo con todos, y llevándose unas cartas escritas por mi hijo… ¡Diablos, Mason!, no necesito describírselo a usted. He aquí un motivo más para que yo desee conseguir esas cartas.

—Y el motivo de no haber querido recibir a nadie, excepto a Harrod, fue porque éste le había prometido que le restituiría las cartas a cambio de una buena suma de dinero, ¿no es así?

—No estoy dispuesto a someterme a un interrogatorio —gruñó Baylor—. Lo que ahora quiero es que usted desaparezca antes de que llegue la policía. Ya le he dicho cuanto tenía que decir. Nada más.

Y atravesando la estancia en dos zancadas, abrió la puerta.

—Me parece que ya he comprendido cuál es su posición, míster Baylor —comentó Mason.

—¿Tomará mi oferta en consideración? —quiso saber finalmente Baylor.

—Tomaré en consideración los intereses de mi cliente —fue la respuesta del abogado—. Hasta la vista, míster Baylor.

Capítulo 9

—Comprenderás, Della —explicó más tarde Mason a su secretaria—, que una vez me hubo preguntado Baylor cuál era mi otro nombre, he reflexionado. Me dije que Baylor debía hallarse aquí a causa de la situación originada por Fern Driscoll y que, si él tenía concertada una cita con alguien a propósito de este asunto, todas las probabilidades estaban a favor de que tal persona fuese Harrod. Y, al fin y al cabo, nada perdía con probarlo y sí tenía, en cambio, mucho que ganar. Esta es la razón del porqué, cuando por segunda vez me preguntó cuál era mi otro nombre, le contesté «Harrod», sésamo que me abrió la puerta.

—¿Qué significa todo esto?

—Eso me estoy preguntando también yo, Baylor aparenta ser un hombre que lucha hasta el último momento, que no se inclina ante un chantaje y que no se deja acobardar. Sin embargo, le faltó tiempo para coger el avión desde Michigan y, a pesar de su ínfulas de altanería, hemos descubierto que tenía una cita con un chantajista.

El abogado empezó a pasearse de un lado a otro, con aire pensativo, luego añadió:

—Si esto tiene algo que ver con la historia de Fern Driscoll, significaría que Harrod descubrió alguna cosa nueva. En efecto, allí, en Michigan, Harrod había ya tenido una entrevista con Baylor, proponiéndole no publicar la noticia, a cambio de una suma de dinero igual a la que le pagaba el semanario por todo lo contrario. En aquella ocasión, Baylor, le contestó enviándole al diablo. Por tanto, cabe preguntarse si el hecho nuevo no será que Katherine Baylor se halla comprometida en la actualidad en todo este embrollo, de un modo o de otro.

—Pero ¿cómo? —preguntó Della.

—¡Misterio! —exclamó el abogado—. Además, ahora ya sabemos positivamente que Fern Driscoll resultó muerta en el accidente de coche, que tampoco queda muy claro, y que su identidad fue mi cliente quien se la apropió. Por otro lado, la conducta de Fern Driscoll parece haber sido algo desconcertante.

—¿Por qué?

—Fern Driscoll era una muchacha muy capaz, secretaria del hijo de Baylor en una empresa de primer orden, lo que implicaba responsabilidades y, en ocasiones, la necesidad de tomar decisiones capitales por su cuenta, a fin de suplir las ausencias de su jefe. Y he aquí que, de pronto, parece haber perdido el control y empieza a hacer cosas que, la verdad, no casan con su modo de ser, míreselas como se las mire.

—Una mujer que no está casada y descubre que va a ser madre, puede muy bien perder la cabeza —hizo constar Della Street—. Pongámonos en su lugar.

—Es lo que intento hacer, pero ni siquiera esto justifica su conducta. Llama a Paul, Della. Dile que he regresado, pero que vuelvo a marcharme. Si tiene algo nuevo que decirnos, ahora puede hacerlo.

Unos instantes después, la secretaria decía:

—Paul acaba de comunicarme que tiene novedades de la mayor importancia y que se dirige aquí para contárnoslas.

Casi en seguida el detective llamaba a la puerta del pasillo, de acuerdo con un código secreto ya habitual entre ellos, y Mason se apresuraba a franquearle la entrada.

—Querido Perry —empezó Drake—, tengo la impresión de que tu cliente se halla metida en un bonito lío.

—Te estamos escuchando —le advirtió Mason.

—Según la viuda de Harrod, éste hizo otra declaración después de vuestra marcha, cuando sintió que se acercaba su fin.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Que tu cliente es, en realidad, una impostora y que se llama Mildred Crest. En Oceanside, su amiguito se largó después de haber desfalcado una cantidad más que regular, en vista de lo cual, Mildred desapareció en su coche, llevándose consigo a Fern Driscoll que practicaba el auto-stop. Que ocurrió un accidente, fortuito o provocado por la propia Mildred, en el que Fern Driscoll había

encontrado la muerte, siendo entonces cuando, aprovechando la feliz circunstancia, Mildred se adueñó del nombre de la otra.

—Todo esto ya lo sabíamos, más o menos, Paul. Ahora me dirás que Fern Driscoll estaba comprometida con el hijo de Baylor, el cual le había dirigido unas cartas inflamables. Que después del accidente, estas cartas fueron a parar a manos de mi cliente y que Harrod las deseaba para sí, necesitándolas para vendérselas a un semanario como prueba para poder publicar la sucia historia. ¿No es eso?

—Sí —confirmó Drake—. Y qué realizó diversas tentativas en tal sentido. Una de ellas le valió un bofetón de Katherine Baylor, que estaba en casa de tu cliente, y la última le costó un golpe de pico para hielo en pleno pecho. A pesar de esto, parece que Harrod estaba muy contento al llegar a su casa. Lo primero que hizo fue sostener una conversación por teléfono con míster Baylor, después de la cual te llamó a ti. Y ahora viene el detalle más curioso —prosiguió Drake—. Al llegar a su casa, Harrod le dijo a su mujer que el golpe de pico le había sido asestado por Katherine Baylor, pero una vez hubo hablado telefónicamente con míster Baylor, le confió a Nellie que la agresora había sido Mildred Crest y que iba a fastidiarte tanto como pudiese. Para lo cual, fingiría estar gravemente herido, envolviéndose en mantas, como lo hizo. Estaba muy conversador y animado cuando, poco antes de vuestra llegada, empezó a sentirse peor. Delante de vosotros, empezó a gemir diciendo que tenía mucho frío, y su mujer sospechó que estaba representando una comedia en vuestro honor. Pero una vez os marchasteis, se dio cuenta de que estaba verdaderamente enfermo. Entonces, le sugirió que se tomase un baño caliente. Harrod se levantó para ir hasta el cuarto de baño, pero al momento lanzó una exclamación de dolor y volvió a caer sobre el diván. Cinco minutos más tarde había fallecido.

Mason inclinó la cabeza y el detective prosiguió:

—La policía ha registrado el departamento de tu cliente y ha descubierto cuatro mil dólares en billetes nuevos de cien. Los pesquisas creen que dicho dinero se lo debió dar Harriman, o Forrester Baylor, a Fern Driscoll para que abandonara Lansing. Como sea, este dinero no tiene nada que ver con Mildred Crest como propiedad suya. Por tanto, la teoría de la policía es la

siguiente: Mildred Crest asesinó a Fern Driscoll para tomar su personalidad, o bien, a resultas del accidente, robó sus papeles de identidad al mismo tiempo que el dinero que había en su bolso. Cuando Carl Harrod, con motivo de sus propias investigaciones, comprendió lo que había ocurrido, Mildred decidió reducirlo al silencio usando el pico para hielo. Lo que nos da un estupendo asesinato en primer grado.

—¿Han arrestado ya a mi cliente? —preguntó Mason.

—Sí. Creo que ya la han identificado formalmente como Mildred Crest, gracias a las impresiones digitales halladas estampadas en su carnet de conducción.

—En este caso —dijo Mason—, no podemos hacer nada por ahora. Así que lo mejor será que vayamos a dormir. Paul, cuida de que tus hombres sigan investigando y que estén bien al corriente de la situación. Mañana por la mañana hablaré largamente con mi cliente, a fin de saber con certeza lo que ha declarado a la policía.

—¿Crees que te dejarán hablar con ella? —repuso Paul.

—No tendrán más remedio. Desde el momento en que esté acusada de asesinato, tiene derecho a ser asistida por su abogado.

—¿Y si todavía no la han inculpado? ¿Si se contentan con mantenerla en prisión preventiva, solamente? —volvió a insistir Drake.

—Entonces, ello significaría que el fiscal no está muy seguro de sus conclusiones.

—Me extrañaría un poco, habiendo de por medio los millones de Baylor dispuestos a entrar en acción para salvaguardar a su hija —comentó Della con ironía.

—A las diez de la mañana sabremos a qué atenernos —concluyó Mason—. Vete a casa a dormir un poco, Paul.

Capítulo 10

Foley Calvert, uno de los mejores ayudantes de Hamilton Burger, el fiscal, se levantó para dirigirse al juez Marvin C. Bolton.

—Con la venia —empezó—: Mildred Crest, alias Fern Driscoll, se halla acusada de asesinato en primer grado y ésta es la audiencia preliminar de su proceso. Deseo hacer una breve exposición para explicar la actitud de la acusación y la causa de ciertas medidas que ésta se verá precisada a adoptar.

—Sea —decretó el juez Bolton—. Puede usted hacer dicha exposición y luego, dejaremos que la defensa tome la palabra, si lo desea.

—Gracias, Señoría —agradeció Calvert—. El ministerio público estima que Mildred Crest, viéndose amenazada de ser encarcelada en Oceanside, decidió huir, abandonando su personalidad. Con tal objeto, empezó a buscar a una joven que fuese, sensiblemente, de su misma edad y apariencia. Después de haber provocado la muerte de dicha joven, la sustituiría, con lo que conseguiría hacer creer que Mildred había perecido en un accidente de auto.

—Un momento —intervino el juez Bolton—. ¿No intentará usted, con tantas suposiciones, referirse a un crimen que no tiene nada que ver con la causa presente?

—No, Señoría —le aseguró Calvert—, ya que fue debido a las investigaciones que Carl Harrod se vio obligado a hacer por cuenta de una compañía de seguros, a raíz del accidente relatado, que aquél descubrió que la acusada se ocultaba. Esta última, entonces, decidió eliminarle, para que su impostura no fuese propalada. Deseaba únicamente poner de manifiesto ante este Tribunal cuál era el móvil que la acusación apoyará más adelante con hechos comprobados.

—Así, pues, ¿la demandada no está acusada del asesinato de

Fern Driscoll? —preguntó el juez Bolton.

—No, Señoría. Naturalmente, que puede serlo después, toda vez que se halla ya acusada por el robo de cuatro mil dólares que Fern Driscoll llevaba en su bolso.

—¿Cuatro mil dólares?

—Sí, Señoría.

—No había dicho usted nada de esto en su anterior declaración.

—Tal vez lo haya omitido involuntariamente, por lo que ruego a Vuestra Señoría que me excuse. El Ministerio Público está convencido de que la acusada ha cogido los cuatro mil dólares del bolso de Fern Driscoll, después de la muerte de esta última.

El juez Bolton miró a Mildred Crest con una evidente falta de simpatía.

—¿Se propone usted demostrar todo esto durante esta audiencia? —cuestionó el juez a Calvert.

—Sí, Señoría.

—¿Desea la defensa hacer alguna declaración? —se interesó el juez.

—Ninguna por el momento, Señoría —denegó Mason.

—Entonces, que pase el primer testigo —ordenó el juez.

Después de las declaraciones de testigos de poca importancia: el jefe de policía de Oceanside, el anterior jefe de Mildred Crest, el director del Banco en el que ésta había tenido su cuenta corriente, etc., se llamó a un miembro de la policía motorizada de carreteras, el cual dio todos los detalles concernientes al accidente y las conclusiones de los investigadores según las cuales, una persona había huido del precipicio después del vuelco.

—Paso el testigo a la defensa —ofreció Calvert.

—¿El coche se incendió? —empezó Mason, poniéndose de pie.

—Alguien lo incendió —precisó el testigo—. El incendio no se produjo hasta varios minutos después de ocurrido el accidente, ya que el contacto estaba cerrado y los faros apagados. El fuego no pudo, pues, iniciarse por sí solo. Fue preciso, por tanto, el concurso de una cerilla.

—¿Es que acaso, el choque del acero contra las rocas, no pudo producir algunos chispazos? —apuntó Mason.

—Eh… sí… seguramente… no es del todo imposible. Pero sabemos que el fuego fue provocado por una cerilla que alguien

frotó, si no fueron dos, ya que una de ellas ha sido hallada en el lugar del suceso.

—¿Ignora usted desde cuándo estaba allí?

—Naturalmente, pero…

—¿Pudo haber sido dejada la víspera?

—¿A santo de qué bajaría nadie a aquel precipicio a frotar una cerilla? —replicó el testigo.

—Soy yo quien pregunta y no usted —reprochóle Mason—. Es decir, que según se desprende, la cerilla, a fin de cuentas podía estar allí desde la víspera.

A duras penas, el testigo tuvo que convenir en ello, tras lo cual empezó a explicar de qué manera se había logrado dominar el incendio gracias a la intervención de un automovilista provisto de un extintor. Relató de qué forma la encuesta había establecido que la maleta que ostentaba las iniciales F, D. descubierta entre los retorcidos hierros del coche, había sido vendida a Fern Driscoll por un comerciante de Lansing, en Michigan.

Después del policía, pasó a prestar declaración el médico forense que había practicado la autopsia al cadáver que, entonces, se creía fuese el de Mildred Crest. Declaró haber hallado una herida en la parte posterior del cráneo, susceptible de haber sido producida por un instrumento contundente.

—¿Antes del accidente? —se interesó Calvert.

—Sí.

—¿Inmediatamente antes del accidente? —insistió.

—Si. Según mis conclusiones, la herida del cráneo, es anterior a las del rostro, que dejaran a la víctima prácticamente inidentificable, por lo que opino que la muerte fue causada antes de las quemaduras.

—Paso el testigo a la defensa —ofreció Calvert.

Mason estudió al testigo durante algunos segundos; después preguntó:

—¿Supo usted más tarde que el cadáver era el de Fern Driscoll y no el de Mildred Crest?

—Sí, efectivamente.

—Acaba usted de decirnos que la herida descubierta por usted en la parte posterior del cráneo pudo haber sido causada por un instrumento contundente. Por otra parte, las fotografías del

accidente, establecen que la cabeza y los hombros de la víctima emergían por la puerta derecha abierta.

—Sí.

—Lo cual quiere decir que la víctima había intentado abrir la portezuela y saltar al exterior.

—No del todo. El cuerpo pudo haber sido colocado en tal postura.

—Si lo entiendo bien, según usted, resultaría que la acusada habría abierto la portezuela de la derecha, y después sosteniendo con una sola mano la cabeza y los hombros de Fern Driscoll fuera del coche, habría dirigido, con la otra mano, el coche hacia el abismo.

—Sí. Lo cual no es del todo imposible.

—Pero esto habría obligado a la conductora a permanecer en el interior del coche mientras éste se precipitaba abajo.

—Sí.

—Entonces, ¿qué posibilidades tenía ella de salir indemne de su acción?

El testigo vaciló.

—Ninguna, desde luego… Incluso parece milagroso que pudiera escapar con vida.

—Por lo mismo, ¿qué móvil habría empujado a la acusada a matar a Fern Driscoll, mantener su cadáver a medias fuera del coche y precipitar a éste contra el vacío si, según todas las probabilidades, ella también debía morir?

—Debo hacer constar al Tribunal —objetó Calvert— que esto es mera argumentación.

El juez Bolton sonrió.

—Cierto, pero el testigo, en su calidad de experto, ha manifestado sus conclusiones y la defensa tiene perfecto derecho de refutarlas. Conteste la pregunta, doctor.

El testigo hizo una mueca y cambió de postura.

—No puedo saber con certeza lo que ha pasado por el cerebro de la acusada. Pudo, incluso, desear suicidarse.

—En tal caso, ¿de qué le iba a servir asesinar a Fern Driscoll?

—Esto me parece evidente —reconoció el testigo, de mala gana.

—Y si suponemos que la víctima, sobrecogida de pánico al ocurrir la caída, intentó salvarse, abriendo la portezuela y

procurando salir del coche, ¿la posición de su cuerpo no sería casi la misma que nos muestra esta fotografía?

—Bien… sí… no hay duda, sí.

—Y si la víctima ha obrado así, ¿no pudo el montante de la portezuela producirle una fractura análoga a la que usted constató, atribuyéndola a un instrumento contundente?

—Bueno… es posible.

—¿Sí o no? —precisó Mason.

—Sí —confirmó el testigo, acorralado.

—Gracias —dijo Mason, con una sonrisa de cortesía—. Esto es todo.

Calvert llamó acto seguido al director de la «Consolidated Sales and Distribution Company». Este declaró que la acusada se había presentado en su empresa en solicitud de empleo con el nombre de Fern Driscoll, presentándole la tarjeta de matrícula de la última en el Seguro Social. El encargado de la Residencia Rexmore depuso también en idéntico sentido. Después le tocó la vez a George Kinney, cajero de los «Establecimientos Baylor», de Lansing, el cual fue llamado a declarar.

—¿Cuándo dejó miss Driscoll su empleo?

—El día nueve del mes pasado.

—En aquella ocasión, ¿le entregó usted dinero?

—El importe de su salario más las indemnizaciones.

—¿Le preguntó usted cuál era la causa de que abandonara el puesto con tanta precipitación?

—¡Protesto! —se opuso Mason—. Esto no tiene nada que ver con mi defendida.

—Se admite la protesta —concedió el juez Bolton.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Juzgó que estaba como de ordinario?

—¡Protesto! —insistió Mason—. Tampoco esto concierne a la acusada.

—De todos modos —opinó el juez Bolton—, de acuerdo con la teoría presentada por la acusación, juzgo interesante oír la respuesta de este testigo sobre este punto. ¡Conteste!

—Estaba muy pálida y parecía trastornada —explicó Kinney—. Era evidente que había estado llorando, presentando unos ojos hinchados y enrojecidos.

—Es suficiente por lo que a mí concierne —estableció Calvert.

—¿Conocía usted bien a miss Driscoll? —preguntó a continuación Mason.

—Sí.

—¿Sabe si poseía un automóvil?

—Sí, un viejo «Ford», que había adquirido de segunda mano.

—¿Dicho coche llevaba matrícula de Michigan? ¿Tenía placas de Michigan?

—Toda vez que miss Driscoll había comprado el coche en Michigan, que ella vivía en Michigan y que se servía del vehículo en Michigan —respondió el testigo, con ligero sarcasmo—, supongo que ostentaba matrícula de Michigan.

—Gracias —dijo Mason—. Esto es todo.

—Desearía hacer una pregunta al testigo —declaró Calvert, y ante el asentimiento del juez, preguntóle a Kinney—: Poco tiempo antes de que miss Kinney abandonara su empleo, ¿le hizo retirar a usted del Banco alguna cantidad importante de dinero, pidiéndole que se lo entregara a miss Driscoll?

—¡Protesto! —opuso Mason—. Esto no concierne a la acusada.

—Con la venia del Tribunal —insistió Calvert—, desearía demostrar que en el momento de abandonar Michigan, mis Driscoll llevaba una fuerte suma en su bolso. Ha quedado ya suficientemente aclarado que, puesto que los cuatro mil dólares hallados en poder de la acusada no representaban ni su salario ni el saldo de su cuenta corriente, no podían legítimamente pertenecerle. Por el contrario, podemos inferir que Fern Driscoll recibió una importante cantidad de manos de Forrester Baylor.

—¿Inferir? —subrayó el juez.

—Sí, porque probarlo será imposible, Señoría.

El juez Bolton meneó la cabeza.

—En tal caso, la protesta debe ser aceptada.

—Entonces —terminó Calvert—, no tengo ninguna otra pregunta que hacerle al testigo.

—Ninguna contrapregunta —indicó Mason.

El siguiente testigo fue el sargento Holcomb. Relató cómo, hallándose de servicio el día dos del mes en curso, había sido llamado desde el departamento que ocupaba un tal Carl Harrod. La persona que le había telefoneado dijo llamarse Nellie Harrod y ser su esposa. Cuando Holcomb había llegado a casa de Carl Harrod,

éste ya era cadáver.

—¿Practicó usted algún registro en el departamento ocupado por la acusada, conocida como Fern Driscoll?

—Sí.

—¿Halló usted algún dinero?

—Sí, señor. Cuatrocientos veintiséis dólares, de una parte, en diversos billetes, y, por otra, cuatro mil dólares en billetes de cien, completamente nuevos.

—Probablemente tendré necesidad de volver a llamar al sargento Holcomb más adelante —dijo Calvert—, pero por ahora no tengo nada más que preguntarle. Paso el testigo a la defensa.

—Nada a preguntar por mi parte —declaró Mason; con lo que el sargento Holcomb abandonó el estrado de los testigos.

—Con la venia del Tribunal —pidió Calvert—, hay un testigo que desearía fuese oído antes de la suspensión del mediodía. Su declaración será muy breve.

—Permiso concedido —accedió el juez Bolton, tras haber consultado el reloj de pared.

—Miss Irma Karnes —llamó Calvert.

Una joven, más bien de aspecto vigoroso, nariz prominente, labios delgados y provista con gruesas gafas de miope, ocupó el asiento que había dejado vacío el sargento Holcomb.

—¿Se llama usted Irma Karnes y reside en nuestra ciudad?

—Sí.

—¿Cuál era su ocupación el día dos del mes actual?

—Era, como lo soy todavía en la actualidad, encargada del «Bazar de los Arcos».

—¿Podría usted indicarnos, aproximadamente, la distancia que separa el «Bazar de los Arcos» del domicilio de la acusada?

—Tres o cuatrocientos metros.

—¿Este Bazar permanece abierto durante la noche?

—Bueno, solamente hasta las once u once y media.

—Entre otros muchos artículos, ¿venden ustedes picos para el hielo?

—Sí.

—¿Recuerda usted haber vendido alguno en la noche del día dos de los corrientes?

—Sí.

—¿Puede explicarnos en qué circunstancias?

—Vino una joven a comprar tres picos. Resultó que eran los únicos que había en el estante. Cuando se hubo marchado la cliente, me apresuré a ir a nuestro almacén y una vez allí, pude comprobar que solamente nos quedaba una media docena de dichos picos.

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó Calvert.

—¿Tiene todo esto algo que ver con el asunto que nos ocupa? —quiso saber el juez Bolton.

—Mucho, Señoría.

—Entonces, prosiga, puesto que la defensa no formula ninguna objeción.

—Cogí los picos sobrantes para ponerlos en la estantería y busqué la referencia de la tarifa a fin de poder hacer pedido de otros nuevos. Entonces me di cuenta de que su precio había aumentado.

—¿Y qué hizo usted al verlo?

—Hasta entonces, dichos picos se habían vendido a treinta y ocho centavos la pieza y tres por un dólar. Pero, a fin de mantener nuestro margen de beneficios, tenía que venderlos a partir de ese momento a cuarenta y un centavos unidad. Así, pues, cambié las etiquetas de los picos antes de ponerlos en el estante.

—¿Vendió alguno más aquella misma noche?

—Sí.

—¿Quién los compró?

La testigo apuntó con el dedo en dirección a Mildred Crest.

—Fue la acusada quien vino a comprar tres.

—¿Al nuevo precio?

—Al nuevo precio.

—¿Y el nuevo precio estaba indicado sobre cada pico por medio de una etiqueta fijada con papel engomado?

—Sí.

—Esto es todo. Cedo el testigo a la defensa.

—Un instante —intervino el juez Bolton—. Es ya mediodía. Declaro, por lo tanto, suspendida la audiencia hasta las dos de la tarde.

Capítulo 11

Perry Mason, Della Street y Paul Drake se hallaban instalados en el saloncito particular del restaurante que frecuentaban habitualmente. Mason, que casi no había tocado los platos que les habían sido servidos, declaró:

—El hecho de que hayan identificado a la acusada como a la persona que compró los tres picos al nuevo precio, demuestra que no poseen todavía el arma del crimen.

—La verdad, es, jefe —hizo constar Della Street—, que Mildred Crest y yo nos parecemos bastante.

—Sí, es cierto, y una vez más, un error judicial puede derivarse de un error de identificación.

—¿Pero cómo demonios sabes que no poseen la verdadera arma del crimen? —preguntó Paul Drake.

—Cuando me di cuenta de que intentaba cometer un chantaje, coloqué un pico para el hielo en el departamento de Harrod, con el sano fin de embrollar un poco más las cosas. Bien entendido, claro, que en aquel momento ignoraba que su herida era mortal.

—Y, en definitiva, ha sido su esposa la que confundió los picos.

—No fue ella —aclaró Mason—, sino la policía la que ha caído en la trampa.

—¿Y cómo?

—Ellos descubrieron que una joven, de la que saben o ignoran que se llama Katherine Baylor, había comprado tres picos; que, más tarde, aquella misma noche, otra joven compró tres más; y que ambas compras podían ser distinguidas gracias a las etiquetas respectivas.

—Ya —fue el comentario de Della.

—Hablaron con la encargada del bazar donde fueron vendidos los picos, la cual se acordaba de ambas transacciones. Como

consecuencia, los investigadores creyeron que podrían demostrar que la segunda compra había sido efectuada por Mildred Crest, con lo que el asunto quedaría prácticamente terminado.

—Por lo que han forzado, o poco menos, a Irma Karnes para que reconociera a Mildred —concluyó Drake.

—Forzado es una palabra un poco fuerte. Las cosas han debido de ocurrir del siguiente modo: En lugar de hacer desfilar a Mildred Crest en medio de otras varias jóvenes, ellos le dijeron a Irma: «Hemos arrestado a la joven que le compró los tres picos. ¿Quiere ver si es capaz de reconocerla?». Como que esto tenía el aspecto de un mero formulismo, cuando le han enseñado a Mildred poco después, Irma Karnes estaba prácticamente convencida de que iba a reconocer a *su* cliente.

—¡Vaya cara va a poner cuando me vea! —exclamó Della Street.

—Sí, se trata de un error de identificación, como tantos cientos y miles que se han producido ya. Pero esta vez, existe una diferencia: que nosotros sabemos quién *de verdad* compró los picos, mientras que la policía lo ignora. ¡Cuando yo enfrente la testigo con Della, será cuando se armará la trapatiesta!

—Y ¿suponiendo que la testigo no se acuerde de Della? —objetó Drake.

—Entonces —reconoció Mason—, mi cliente se hallará metida en un buen lío. Claro está que Della tendría siempre el recurso de ocupar la silla de los testigos y declarar bajo juramento que fue ella quien compró los picos. Pero como es mi propia secretaria, su testimonio no sería de mucho peso. El juez Bolton me conoce lo suficiente para saber que yo no haría declarar a Della bajo juramento de no estar convencido de la veracidad de su declaración. Pero ¿qué ocurriría después con el jurado? De todos modos, no adelantemos los acontecimientos. Es casi seguro que cuando Irma Karnes vea a Della, la reconocerá, modificando su deposición.

—Y ¿qué ocurrirá entonces? —volvió a preguntar Drake.

—Entonces —explicó Mason—, aunque el juez Bolton envíe a mi cliente ante un jurado, yo tendré la retractación como una baza de triunfo.

—¿Y no sería mucho mejor, pues, retrasar dicha retractación hasta enfrentar a la testigo con el jurado, ya que, al fin y al cabo, el

juez va a procesar a tu cliente con toda seguridad?

—Sí, sería mejor, y por diversas razones, pero no puede hacerse.

—¿Por qué no?

—Porque para ello ha de transcurrir bastante tiempo y durante el mismo se pierden probabilidades de lograr que la deponente se retracte. Cuando el juicio se vea ante el jurado, podemos apostar que Irma estará más firmemente convencida de haber reconocido a Mildred, por lo que declarará no haber visto a Della en su vida. Es preciso —terminó—, que yo obre con presteza. Lo que es estupendo, es que ellos posean el arma *falsa* del crimen. Gracias a esto, entreveo infinidad de buenas perspectivas.

—¡Diablos! —exclamó Drake—. ¡No me lo quiero perder! Te aseguro que ni un regimiento de bayonetas sería bastante para hacerme abandonar la sala esta tarde.

—Y yo, ¿qué debo hacer? —se interesó Della Street.

—Procurar que no se te vea —le aconsejó Mason—. Es casi seguro que Irma Karnes te ha visto esta mañana, por lo que no quiero que tenga más oportunidades de hacerlo antes de que pueda enfrentarte a ella. Lo que tienes que hacer es quedarte aguardando en una de las salas reservadas a los testigos y esperar hasta que te llamen.

—¿Pero no se indignará el Tribunal por el procedimiento que usamos para depositar el pico en casa de Harrod?

—¿Indignarse, por qué? —se extrañó Mason—. Nosotros lo que hicimos fue llevar este pico para preguntarle a Harrod si era idéntico al que habían usado para apuñalarle. Fue por simple distracción que luego quedó olvidado en el piso.

—Pero esto yo no puedo afirmarlo bajo juramento —objetó Della.

—¡Por favor! Nunca me ha pasado por la imaginación hacerte declarar bajo testimonio falso —exclamó Mason—. Tu deposición bajo juramento se referirá únicamente a la compra de tres picos para el hielo, de los cuales te llevaste uno a casa de Harrod, donde, siguiendo mis instrucciones, lo dejaste.

—¿Y *tú* vas a declarar, también? —preguntó Della asustada.

Mason sacudió la cabeza.

—Diré al Tribunal que es cosa del Ministerio Público probar la verdad de tus afirmaciones. Todo el mundo sabrá que yo tendí una

trampa a Carl Harrod, trampa en la que cayó la propia policía. Mi justificación será que, en el momento en que preparé la trampa, me estaba ocupando de una demanda por daños y perjuicios, sin pensar ensuciarme las manos con un asunto criminal. Lo importante es que entonces se verá que la acusación se apoya, por completo, en un arma falsa del crimen y en un error de identificación. Lo cual no dejará de desconcertar tanto a la policía como a Calvert.

—Tal como lo explicas, parece una cosa fácil y viable —reconoció Della—. Pero creo que, en calidad, estás caminando sobre la cuerda floja en lo alto de un precipicio.

Mason convino en ello por un movimiento de cabeza, diciendo:

—Esto les enseñará lo mucho que vale una identificación. Sin contar, Della, con que si las circunstancias hubiesen sido distintas, te hubieses podido haber visto complicada en un asesinato.

—¿Y quién te asegura que no sea éste el caso? —preguntó Paul Drake.

—¡Salgamos, Della, antes de que Paul te convenza de que tú has matado a Harrod!

—Jefe, me gustaría mucho asistir a la audiencia. ¿No podría colocarme en la última fila?

—No, no, te lo prohíbo. Esto podría apagar la mecha. Es preciso que juguemos esta baza tal como debe hacerse. Y, entre tanto, me gustaría mucho saber lo que ha sido del coche de Fern Driscoll, Paul.

—¿Por qué?

—Porque puedo hallar en él ciertos indicios. Vamos, pon a tus sabuesos sobre la pista.

—¡Uf! —se quejó Drake—. Contigo no puede uno ni respirar.

Capítulo 12

—El interrogatorio de la testigo Irma Karnes había terminado —empezó diciendo el juez al reanudarse la sesión—. Le corresponde ahora a la defensa el contrainterrogatorio. Que vuelva al estrado de los testigos Irma Karnes.

Irma Karnes obedeció, muy erguida, y, tras sus cristales de miope, miró a Perry Mason y abrió y cerró sus párpados muchas veces.

—Supongo —comenzó Mason con afabilidad y sin darle importancia— que lleva siempre estas gafas, miss Karnes.

—No, señor.

—¿No? —se sorprendió Mason—. ¿Cuándo es que no las lleva?

—Cuando duermo.

La concurrencia rió al oír esto, pero Irma permaneció impasible, porque no se habría podido decir si había pretendido divertirse o era una de esas personas minuciosas en los pormenores, aunque éstos sean insignificantes e inútiles.

—¿Conocía usted a la primera joven que le compró tres picos para hielo la noche del crimen?

—Ahora sí la conozco, pero cuando hizo la compra no la conocía.

—¿De quién se trata?

—De miss Katherine Baylor.

—¿Cuándo ha sabido usted su identidad?

—Un momento —interrumpió Calvert—. Elevo mi protesta, Señoría. Todo esto no concierne a la acusada, por lo que no ha lugar en el contrainterrogatorio.

El juez Bolton meneó la cabeza.

—La testigo prestó declaración sobre la primera compra, y su deposición sobre ese punto fue bastante larga, por lo que la defensa

ahora tiene derecho a contrainterrogarla sobre ello. Conteste a la pregunta.

—Pues… no sé… hace poco tiempo.

—¿Quién le dijo que se trataba de Katherine Baylor?

—La policía.

—¿Fue la policía quien le dijo que la persona que efectuó la primera compra de picos era Katherine Baylor?

—Sí.

—¿Así, usted lo sabe sólo porque la policía se lo dijo?

—No, señor. Esto es inexacto.

—Entonces dígame lo que es exacto.

—Ellos me dijeron quién era mi primera cliente, pero insistieron en que la viese a fin de poder estar bien segura.

—Dicho de otro modo, primero se la identificaron y después se la dejaron ver para el reconocimiento.

—Sí.

—De manera que, antes de haberla visto, usted ya sabía que iba a identificar a miss Baylor.

—Señoría —protestó Calvert—, ¡esto es hacer una montaña de un grano de arena! Si la defensa lo quiere así, estoy dispuesto a facilitarle las cosas, declarando que Katherine Baylor no sólo no lo ha negado, sino que reconoce haber sido ella la que efectuó dicha primera compra.

—Con la venia del Tribunal —se excusó Mason—, creo que tengo el derecho de llevar el contrainterrogatorio como me parezca bien.

El juez Bolton asintió.

—Creo adivinar lo que pretende la defensa. Continúe, míster Mason.

—La policía le dijo que iba usted a ver a miss Baylor, ¿es o no así?

—Así es.

—¿Y estos señores precisaron que era ella quien había efectuado la primera compra de los tres picos?

—Sí.

—Por lo tanto, cuando usted la vio, ya sabía que la policía esperaba que usted la reconociese.

—¡Protesto! —se opuso Calvert—. La testigo no puede saber lo

que pensaba la policía, a menos de practicar la lectura del pensamiento.

—Se admite la protesta —decretó el juez.

—¿Le dijeron los policías que esperaban que usted reconociese a miss Baylor como la cliente en cuestión?

—No me lo dijeron explícitamente.

—¿Pero se lo dieron a entender?

—Esto sí.

—Y ahora, vamos a ver, ¿cuándo supo usted que había sido Mildred Crest quien había comprado los picos la segunda vez?

—Poco después de haber sido arrestada.

—¿Dos o tres días después?

—Oh, no, antes…

—¿Procedió la policía de igual forma que para la identificación de miss Baylor? ¿Le dijeron que Mildred Crest era la persona que había comprado la segunda vez?

—Yo sabía que la policía estaba convencida de ello y cuando la vi la reconocí al momento.

—¿La vio usted de frente?

—La vi perfectamente.

—¿Habló usted con ella?

—No.

—¿Oyó su voz?

—Sí.

—¿Dónde tuvo lugar la identificación?

—En un local de la policía. En uno de los extremos de la habitación hay un gran espejo que tal parece para quienes se hallan en la estancia contigua pero que en realidad es como una ventana por la que se puede mirar a través de ella.

—¿Y fue gracias a este espejo translúcido como usted pudo observar a la acusada sin que ella se apercibiera?

—Sí.

—¿Había policías con usted en aquel momento?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Tres.

—¿Hicieron comentarios?

—Hablaban.

—¿Con usted también?

—Sí, y entre ellos.

—¿Qué decían? ¿Acaso, que la acusada Mildred Crest era la joven que había comprado el segundo lote de picos?

—Sí, esto, y otras cosas.

—Por ejemplo, que se sospechaba que Mildred Crest había asesinado a Fern Driscoll, ¿no?

—Sí, y que además había robado el dinero que ésta tenía en su bolso. Y que luego, al enterarse Carl Harrod de todo esto y pudiendo denunciarla, ella le había herido con un pico de los que me había comprado.

—¿Y fue después de haber oído todo esto cuando se procedió a la identificación?

—Tan pronto como vi a la acusada la reconocí como la joven que me había hecho la segunda compra.

—¿La reconoció usted *inmediatamente*?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en aquella habitación?

—Alrededor de unos diez minutos.

—¿Y durante todo este tiempo pudo usted observar a la acusada a su placer?

—Sí. Casi en seguida llevaron a miss Crest a la otra estancia.

—Y entonces, los policías que estaban con usted, le pidieron que la observase con atención, ¿verdad?

—Sí.

—Pero, si usted reconoció inmediatamente a la acusada, ¿por qué necesitó diez minutos para contemplarla?

—Deseaban que yo estuviese bien segura.

—¿Es que no lo estaba?

—¡Oh, si!

—Así, cuando salió usted de la pieza, quedó bien convencida de haberla reconocido.

—Sí.

—¿Y antes?

—Creí estarlo, desde luego.

—Pero, a pesar de ello, permaneció diez minutos mirando a la acusada.

—Sí.

—¿Estudió usted sus rasgos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pues, porque… porque los policías me dijeron… ¿puedo repetir lo que me dijeron?

Calvert sonrió.

—¡Vamos, adelante! —dijo.

—Me habían dicho que la defensa estaría a cargo de míster Mason, que era un abogado muy amigo de las trampas, capaz de presentar a otra joven para hacerme vacilar. Entonces, aquellos señores me rogaron que examinara bien a la detenida con el fin de que luego no tuviese que sufrir ninguna equivocación.

—Hablemos ahora de sus obligaciones en el Bazar.

—Bueno, se trata de un auto-servicio. Los clientes cogen ellos mismos lo que desean de los estantes y luego se dirigen a la caja. Yo sólo tengo que registrar la compra, devolver el cambio, cuando es preciso, y poner los artículos en un saquito de celofán de los cuales tengo un surtido muy completo junto a la caja registradora.

—Y usted tendrá también que vigilar lo que ocurre en el Bazar, ¿no es así?

—Claro.

—¿Hay muchos clientes corrientemente?

—Bastantes, sí.

—Y usted, claro está, tendrá que vigilar que nadie se marche sin pagar.

—Es bien cierto, ya que algunos tienen la mano muy lista en el barrio.

—Usted usa cristales de mucho aumento, ¿no?

—Sin mis gafas, sería miope como un topo. Con ellas, veo muy bien.

—Lo que entra en su directa línea visual, sí, pero su visión lateral debe resultar un tanto defectuosa.

—Le aseguro que veo muy bien cuanto ocurre a mi alrededor. Es mi obligación.

—Así, usted registra en la caja los importes y al mismo tiempo devuelve los cambios.

—Sí.

—¿Qué ocurre cuando hay un error de caja?

—Nunca hay ninguno estando yo de servido.

—¿Cómo consigue usted tan estupendos resultados, miss Karnes?

—Por efecto de la concentración.

—¿Quiere usted significar que cuando usted devuelve algún cambio, piensa en dicho cambio y en nada más, verdad?

—Exactamente.

—¿Y ocurre lo mismo cuando registra un pago?

—Lo mismo.

—Y estoy seguro de que usted reparte debidamente los billetes de los pagos, clasificándolos en sus respectivos cajoncitos…

—Es lo que hago.

—Pero, mientras hace todas estas cosas, usted no podrá estar atenta a lo que ocurra en la tienda, creo yo.

—Eso es verdad, pero estando entrenada, se pierden tan breves segundos, que casi no tiene importancia.

—Ya veo… Cuando usted le sonríe a un cliente, sigue vigilando por encima del hombro de aquél cuanto ocurre en el Bazar.

—¡Así es!

—¿Recuerda usted la compra efectuada por la persona que usted afirma ser la acusada?

—Con todo detalle.

—¿Recuerda usted si le dio el dinero exacto, o si por el contrario…?

—Me entregó un billete de cinco dólares. Le entregué el cambio e incluso recuerdo haberle hablado de la subida de los picos.

—Entonces, los picos ¿estaban ya marcados a cuarenta y un centavos?

—Sí, señor.

—Así que para tres picos, el precio debía de ser de un dólar con veintitrés centavos.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo permaneció la cliente delante de usted para efectuar el pago?

—Sólo algunos segundos.

—La cliente le entregó los tres picos, usted hizo el registro del pago, le devolvió el cambio, metió los picos dentro de un saquito y lo entregó todo a la cliente, haciéndole notar que aquellos

instrumentos acababan de ser aumentados en una pequeña fracción y que si hubiese entrado a comprarlos unos minutos antes, los habría pagado más baratos, ¿fue así?

—Sí, señor. Exactamente, tal como usted lo ha dicho.

—Y para todo esto, necesitó usted unos diez segundos, ¿cierto?

La testigo entrecerró los ojos, inclinando la cabeza hacia adelante antes de contestar.

—Sí… Diez segundos. Seguro que no fueron más.

—Durante esos diez segundos, teniendo en cuenta que la compra valía un dólar y veintitrés centavos, usted tuvo que devolver a la cliente el cambio de cinco dólares, ¿no?

—Sí.

—Cuidando, claro está, de no equivocarse.

—Sí.

—Y al tiempo que sonreía a la cliente, vigilaba todo el Bazar.

—Supongo que sí, es algo instintivo.

—Lo cual nos deja un margen de dos o tres segundos solamente, durante los cuales pudo usted contemplar a la cliente.

—De todas formas, la vi lo suficiente para haber podido reconocerla.

—¿En los dos o tres… o digamos, incluso, cinco segundos?

—Sí.

—Y, sin embargo —concluyó Mason, elevando el tono de voz—, cuando tuvo usted que identificar a la acusada en la comisaría de policía, necesitó concentrarse durante diez minutos para llegar a estar bien segura de no confundirla con ninguna otra persona que yo pudiese presentarle, ¿no es eso?

—¡Oh! No tenía necesidad de contemplarla tanto para…

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—Porque deseaba estar *absolutamente* segura.

—Con lo que podemos decir que fueron precisos diez minutos para que usted pudiera llegar a estar *absolutamente* cierta de no equivocarse.

—Si es usted tan meticuloso, sí.

—Diez minutos de atenta observación, por una parte y cinco segundos de miradas distraídas, por la otra.

—Naturalmente que en el momento de la transacción, yo no he…

—¡Seguro! Entonces, usted no tenía ninguna razón para estudiar la fisonomía de la cliente. Mientras que en la comisaría, usted sabía que iba a identificar a la acusada y que debía estudiarla bien a fin de evitar ser engañada por alguien como yo. ¿No es esto?

—Sí.

—Gracias —exclamó Mason, con una amable sonrisa—. Eso es todo.

Calvert estuvo a punto de adelantarse, como preguntándose si no debía intentar algo para salvar lo que pudiese de aquel testimonio, pero al fin, se volvió hacia el ujier y le dijo:

—Llame a Katherine Baylor.

Mis Baylor tomó asiento en el lugar de los testigos, prestó juramento y respondió a las formalidades habituales de la ley, después de lo cual se volvió hacia Calvert, quien empezó:

—¿Conocía usted a la acusada, Mildred Crest?

—Sí.

—¿Cuándo la vio por primera vez?

—El día dos de este mismo mes.

—¿Dónde?

—En su departamento.

—¿Con qué nombre tenía alquilado el departamento?

—Ella me confesó en seguida que…

—Limítese a contestar a mis preguntas, por favor. ¿Con qué nombre tenía alquilado el departamento?

—Con el de Fern Driscoll.

—La noche de ese día, ¿compró usted unos picos para hielo en el «Bazar de los Arcos»?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Tres.

—¿Cuánto pagó usted?

—Un dólar por los tres.

—¿Recuerda lo que había escrito en las etiquetas?

—Sí, «38 centavos, tres por un dólar».

—¿Qué hizo usted con los picos?

—Me los llevé al departamento.

—¿Al departamento que ocupaba la acusada con el nombre de Fern Driscoll?

—Sí.

—¿Y qué hizo, entonces?

—Puse uno de ellos en mi bolso y dejé los otros dos sobre una mesita, cerca de la puerta de entrada.

—¿Después de haberle explicado a Mildred Crest que un pico como aquellos constituía una excelente arma defensiva para cualquier mujer?

—Sí.

—Ahora, miss Baylor, debo recordarle que está declarando bajo juramento, por lo cual le ruego que reflexione bien antes de contestar. ¿Mantuvo usted alguna conversación con la acusada, durante la cual ésta le expresara su deseo de poseer uno de aquellos picos para servirse del mismo contra Carl Harrod?

—No.

—¿No le dijo nada por el estilo?

—No.

—¿Fue usted, quizá, la que sugirió la idea de usarlo para intimidar a Carl Harrod?

La testigo vaciló.

—Le dije que si Carl Harrod intentaba hacerle chantaje, podía intentar intimidarle usando uno de los picos…, pero sólo para defenderse, claro…

—Gracias. Esto es todo. La testigo está a disposición de la defensa.

—¿Tuvo ocasión de ver a Carl Harrod, en vida? —preguntóle Mason.

—Sí.

—¿En qué circunstancias?

—Estuvo en casa de la acusada cuando yo estaba allí.

—¿Fue usted quien le abrió la puerta?

—Sí.

—¿Le reconoció usted?

—El me dijo su nombre.

—¿Y qué hizo usted?

—Le expresé mis sentimientos hacia él y los demás chantajistas, hecho lo cual le abofeteé.

—¿Le golpeó usted en aquel momento con un pico para hielo?

—¡De ningún modo!

—Usted nos ha dicho que había guardado uno de los picos en su bolso, ¿no es así?

—Sí.

—¿Por qué?

—Míster Mason, yo había pegado a Harrod. Este era un vulgar chantajista y…

—¡Un momento! ¡Un momento! —exclamó Calvert—. Ruego al Tribunal que ordene a la testigo responder simplemente a las preguntas que se le hagan, sin comentarios gratuitos.

—El Tribunal sabe muy bien —aclaró el juez Bolton— a qué atenerse sobre este punto, y usted también, señor representante del ministerio público. De todos modos, la ley es la ley, y el testigo deberá, en consecuencia, ceñirse a las preguntas que se le hagan, absteniéndose de cualquier comentario sobre la moralidad del difunto.

—¿Fue a causa del temor que sentía concerniente a la actitud futura de Carl Harrod, por lo que puso el pico en su bolso?

—Sí.

—¿Dónde está ahora ese pico?

—Lo… lo ignoro. Lo tiré.

—¿Por qué?

—Por que alguien me aconsejó que lo hiciera.

—¿Su padre?

—Sí. Yo le había contado que había abofeteado a Carl Harrod y luego supimos que había sido apuñalado con un pico como aquél.

—¿En qué momento le aconsejó su padre que se desembarazase del pico?

—La noche en que murió Harrod.

—Aquella noche yo estuve con su padre. ¿Lo recuerda usted?

—Sí.

—Mientras yo estuve allí, ¿telefoneó el sargento Holcomb?

—Sí, señor.

—Con relación al momento de mi visita, ¿cuándo se desembarazó usted del pico?

—Inmediatamente después de su marcha y antes de que llegara el sargento Holcomb.

—¿Qué hizo usted para desembarazarse?

—Lo tiré en un cubo para basura.

—¿Habló usted de esto con el sargento Holcomb o con alguien más?

—No. No he querido hablar con nadie de este asunto. Dije que contaría cuanto sabía, pero solamente en el estrado de los testigos.

—¿Ni siquiera reconoció usted haber adquirido los tres picos? —subrayó Mason.

—Fue mi padre quien lo admitió, después de haber sabido por el sargento Holcomb que Carl Harrod le contó a su esposa que yo le había abofeteado y que…

—¡Protesto! —exclamó Calvert—. La testigo no puede contar esta conversación que constituye un «dicen que…».

—¡Al contrario, Señoría! —se engalló Mason—. Tengo derecho a establecer si la testigo tiene un prejuicio favorable o desfavorable para la demandada y esta conversación me ayudará a ello.

—¡No se admite la protesta! —decretó el juez Bolton—. Continúe su declaración, miss Baylor.

—Bien, el sargento Holcomb nos explicó que mistress Harrod, o la mujer que figuraba como tal, le había contado a la policía lo de mi bofetón a Carl Harrod. Además, que cuando míster Mason fue a casa de Harrod para obtener de él algunas declaraciones, insinuó que podía haber sido yo quien le hubiese apuñalado. Después de oír esto mi padre reveló al sargento Holcomb las circunstancias en que había yo comprado los tres picos. Por mi parte, no pronuncié palabra. Me limité a estar presente.

—¿Y el sargento Holcomb no le hizo preguntas después de esta revelación?

—No.

—¿Pero sí habló con su padre?

—Sí.

Mason sonrió.

—¿Es que el sargento Holcomb le dijo a su padre que era preferible esperar a interrogarla a usted hasta que él estuviese mejor informado de todos los hechos, de manera que usted resultase menos vulnerable cuando yo procediese a su contrainterrogatorio?

—Algo por el estilo.

—¿Su padre le dijo al sargento Holcomb que había usted adquirido tres picos y los había entregado a la acusada?

—Sí.

—¿Preguntó el sargento Holcomb, a usted o a su padre, lo que había sido del pico que faltaba?

—No, puesto que no sabía que faltaba uno de los picos. El había hallado tres en el departamento de la acusada, cosa que yo no podía comprender. Sin embargo, no dije nada, ni tampoco a mi padre.

—Quedamos, pues, en que usted le entregó dos picos solamente, a la acusada, a fin de que pudiese defenderse.

—Sí.

—¿Ve usted alguna razón para que la acusada, que ya poseía dos picos, se dirigiese al «Bazar de los Arcos» para comprar otros tres?

—No, ninguna. Discutí esto con mi padre y nuestra opinión es que…

—¡Un momento! —intervino Calvert—. Elevo mi protesta contra el hecho de que la testigo nos explique lo que pudo decirle a su padre o éste a ella.

—Se admite la protesta —aceptó el juez Bolton—. De hecho, todo cuanto pregunta la defensa es pura, argumentación. La testigo no tiene necesidad de contestar.

—Es evidente, Señoría —hizo constar Calvert—, que la acusada deseaba que el crimen fuese imputado a miss Katherine Baylor. Sabiendo que ésta se había llevado uno de los tres picos, la acusada compró otros tres, a fin de que pudiésemos pensar que los que le había entregado miss Baylor seguían en su poder, y que no era ninguno de ellos el que se había hundido en el pecho del difunto. Y de no haber sido por el cambio de etiquetas, nos habríamos podido pillar los dedos en esa trampa.

—Esto podrá ser discutido cuando se hayan establecido todas las pruebas —dijo el juez Bolton—. Por el momento, me opongo a que la testigo sea interrogada sobre los posibles móviles de la acusada. Sin embargo, hallo altamente significativo que la testigo haya dispuesto de su pico para hielo, como acaba de manifestar.

Calvert se encogió de hombros.

—Señoría, la testigo obró así siguiendo los dictados de su padre, y éste, que no ignoraba que míster Perry Mason… En fin, conociendo la reputación de nuestro eminente colega, sabía que éste no dudaría en complicar las cosas si se presentaba la oportunidad.

—A pesar de todo, la situación ya no puede estar más

embrollada —remarcó Mason.

—Pero no para la acusación —gritó Calvert—. Por el contrario, creemos que es completamente diáfana.

—¡Ya basta! —intervino el juez con un gesto de reprobación—. Míster Mason, ¿tiene más preguntas que hacer a la testigo?

—No, Señoría.

—Entonces, que se llame al siguiente.

—Será Nellie Elliston —anunció Calvert.

La mujer que Mason había visto en el departamento de Carl Harrod, avanzó. Lucía un vestido compuesto de falda y blusa, a todas luces nuevo, iba elegantemente calzada y había debido pasar varias horas en la peluquería. Tras las formalidades de rigor, Calvert le preguntó:

—¿Se llama usted Nellie Elliston?

—Sí.

—¿Ha utilizado usted algún otro nombre?

—Sí.

—¿Cuál?

—El de mistress Harrod.

—¿Estaba usted casada con Carl Harrod?

—No.

—¿Pero vivía maritalmente con él?

—Sí.

—¿Cuánto hacía que conocía a Harrod?

—Alrededor de dos años.

—¿Dónde se conocieron ustedes?

—En un bar.

—¿Y al cabo de cuánto tiempo empezaron a vivir juntos?

—Una semana después.

—¿Se hacía usted llamar mistress Harrod con el único fin de cubrir las apariencias?

—Sí.

—El dos de este mes, ¿vivía usted con Harrod, sin ser su esposa?

—Teníamos que casarnos, pero antes había que resolver ciertas dificultades y complicaciones legales, por lo que no tuvimos inconveniente en vivir juntos hasta su resolución.

—Le agradezco mucho su franqueza, miss Elliston —dijo Calvert, con un gesto aprobador—. Nos ha dicho toda la verdad de

su vida íntima, por penoso que ello fuese. Estoy seguro de que el Tribunal lo apreciará debidamente. Ahora, quisiera rogarle que nos cuente lo que ocurrió la noche de aquel día dos.

—Carl había salido. Regresó sobre las…, no lo sé con certeza… las ocho y media o las nueve. Tenía sangre en la nariz. Fue en busca de un pañuelo limpio y se cambió de camisa. Le pregunté qué había ocurrido y me respondió que una joven le había abofeteado por sorpresa. Entonces, quise saber lo que él había hecho y me contestó: «Nada. Ha cerrado la puerta del departamento antes de que yo haya logrado recobrarme».

—Muy bien. ¿Y luego?

—Luego, él volvió a salir para regresar al cabo de una hora u hora y media. Tosía y escupía un poco de sangre. Al instante, pensé que…

—¡No, no! —se opuso Calvert sonriendo—. No nos diga lo que pensó, miss Elliston. Sólo nos interesan los hechos.

—Sí. Así, pues, Carl entró y me dijo…

—Un momento, por favor. ¿Le dijo, entonces, que se creía mortalmente herido?

—No, no pensaba de ninguna manera que su herida pudiera acarrearle la muerte. No soñaba más que en los daños y perjuicios que iba a reclamar. Estaba muy contento explicándome que con aquel dinero llegaríamos al fin de nuestras dificultades legales, por lo que podríamos casarnos ya y hacer un bonito viaje de bodas.

—Gracias, miss Elliston, pero sería mejor que no nos repitiese lo que Harrod haya podido decir en aquellos momentos. Limítese a contarnos lo que paso, sin más.

—Pues bien, telefoneó a la agencia Drake pidiendo que le pusieran en contacto con míster Perry Mason. Cuando, por fin, míster Mason estuvo al otro extremo del hilo, Harrod le dijo…

—No, por favor, dudo mucho que tenga usted que repetirnos sus palabras. Usted, evidentemente, no puede asegurar que fuese míster Mason quien estaba al otro extremo del hilo. Usted solamente oía a Harrod.

—Sí.

—Entonces, no puede atestiguar sobre este punto. ¿Qué ocurrió luego?

—Llegó míster Mason, acompañado de su secretaria, miss Della

Street. Carl le dijo a Mason que acababa de ser apuñalado.

—Un momento. En aquel instante, ¿creía Harrod que se estaba muriendo?

—No, señor, en absoluto. No pretendía más que obtener una crecida suma por daños y perjuicios.

—En tal caso, es inútil que nos repita sus palabras. Dígame simplemente, lo ocurrido. ¿Míster Mason y miss Street se marcharon?

—Sí. Carl había hecho un poco de comedia para poder impresionarles, diciendo que no podía calentarse de ninguna manera. Por lo menos, yo pensé que estaba fingiendo.

—¡Deje en paz sus pensamientos, se lo ruego! —la interrumpió Calvert—. ¡Los hechos, sólo los hechos!

—Bueno, después de haberse marchado míster Mason, Carl me dijo que sentía frío y le sugerí que tomase un baño de agua caliente. Marché a preparárselo y regresé para advertirle que ya podía pasar al cuarto de baño. Intentó levantarse del diván donde estaba tendido, pero, de súbito, se sintió peor y volvió a caer sobre el asiento. Su rostro se puso ceniciento y oí cómo decía, con una especie de sorpresa aterrorizada: «¡Nellie, Nellie, me muero!».

—En aquel momento, ¿le dijo alguna cosa de lo que había pasado cuando le hirieron?

—Sí.

—Tales palabras, en mi opinión, pueden ser consideradas como pronunciadas *in articulo mortis*. Creo, por tanto, que deben constar aquí.

El juez Bolton miró a Mason.

—¿Alguna objeción por parte de la defensa?

—Ninguna, Señoría. Pero quisiera interrogar a la testigo, a fin de adquirir la completa certidumbre de que se trata, efectivamente, de una declaración *in artículo mortis*.

—Hágalo —invitó el juez inclinando la cabeza.

—¿Carl Harrod le dijo que iba a morir? —preguntó Mason.

—En aquel instante, sí.

—¿Y cuánto tiempo vivió todavía?

—Sólo unos minutos. Con toda seguridad, no más de diez.

—¿Así su estado debió de agravarse mucho desde el momento en que yo me marché?

—Sí. El empeoramiento comenzó cuando quiso levantarse. Se incorporó de su asiento, pero volvió a caer hacia atrás, con aquel aire de susto y sorpresa.

—¿Qué fue lo que le dijo, con toda exactitud?

—Me dijo: «Nellie, esta condenada herida está… Algo me sucede… La hoja ha debido tocarme el corazón, supongo. Yo… me muero».

—¿Sí?

—Crispó una de sus manos sobre el pecho, y gimió: «¡Nellie, no quiero morirme!».

—¿Y luego?

—Luego me hizo su declaración.

Mason se volvió a Calvert para decirle:

—Sí, parece tratarse de lo que la ley considera una declaración hecha *in artículo mortis*. No opongo, por tanto, ninguna objeción. La testigo puede repetir lo que le dijo Harrod en aquel momento.

—Sí, miss Elliston —afirmó Calvert—, repítanos lo que le dijo Harrod en aquella ocasión. Y procure esforzarse para repetirnos sus propias palabras.

—Me contó que había vuelto a casa de la acusada. Quería decirle que no le había engañado con todas sus maniobras, pero que no la denunciaría si le entregaba las cartas que tenía en su poder. Me dijo, también, que no se llamaba Fern Driscoll, aunque se amparaba en ese nombre, sino que en realidad se llamaba Mildred Crest. Carl me confió que ella había asesinado a Fern Driscoll, y que se creía estar en situación de probarlo.

—¿Le describió la escena durante la cual fue apuñalado?

—Sí. La acusada acudió a abrirle la puerta, le dejó entrar en el piso, y entonces él le hizo su oferta.

—¡Continúe! —la animó Calvert.

—Carl me dijo que ella se le había reído en sus mismas narices, tratándole de chantajista. Luego le dijo que, con toda seguridad, él debía de tener antecedentes policíacos y que, si no la dejaba en paz, iría a contarle a la policía que le había sorprendido tratando de asaltar su departamento. Dicho lo cual había abierto la puerta del mismo y, como Carl en aquel momento pasaba ante ella tratando de marcharse, la acusada le había golpeado en pleno pecho, después de lo que había cerrado la puerta a espaldas de Harrod y dado dos

vueltas a la llave. Me explicó asimismo —prosiguió miss Elliston—, que en aquel momento no se había dado cuenta de que la acusada empuñase ningún pico. Fue tan sólo cuando estaba dentro del ascensor, que le vio clavado en su carne. Díjome, también, que ni por un momento creyó que la herida fuese mortal. Sólo pensó que, gracias a ella, podría ejercer una mayor presión sobre el representante legal de la joven, míster Perry Mason, a fin de que exhortara a su cliente a entregarle las cartas. Una vez en posesión de éstas, Carl esperaba obtener una fuerte cantidad del semanario, o, en otro caso, de míster Baylor.

—¿Qué hizo con el pico?

—Carl lo había guardado y luego me lo enseñó.

—¿Le dijo que el pico que llevó a su departamento, era el mismo con el cual había sido apuñalado?

—Sí.

—¿Dónde se halla ahora ese pico?

—Lo entregué a la policía.

—¿Lo marcó usted de manera especial, con el fin de poder reconocerlo más tarde?

—Sí. Por medio de un punzón, inscribí en él mis iniciales, sobre el mango de madera.

—Ahora le mostraré un pico para hielo, y le pregunto si es el mismo que entregó usted a la policía.

—Sí, es el mismo, sin duda alguna.

—Voy a mostrarlo a la defensa —declaro Calvert—, y, acto seguido, pediré que sea aceptado como pieza de convicción.

Se adelantó hasta el pupitre de su adversario y tendió el pico a Mason. Este último lo cogió y lo examinó atentamente antes de rogar:

—¿Podría hacer ciertas preguntas a la testigo, Señoría, a propósito de este indicio?

—Ciertamente que sí —consintió el juez.

Mason se volvió hacia miss Nellie Elliston.

—Observo que hay una etiqueta sobre este pico, una etiqueta protegida por un poco de papel engomado. Sobre dicha etiqueta puede leerse «Bazar de los Arcos» y el precio «41 centavos». ¿Estaba esta etiqueta sobre el pico cuando Harrod se lo entregó a usted?

—Naturalmente.

—¿Está usted bien segura de que se trata del mismo pico que le entregó Harrod?

—Sí.

—¿El mismo que él le aseguró había servido para que le apuñalasen?

—Sí.

—¿Se lo confió él a usted?

—Sí.

—¿Y usted grabó sus iniciales sobre el mango?

—Sí.

—¿Cuándo las grabó?

—Cuando llegó la policía.

—¿Fue uno de los agentes quien le aconsejó que lo marcara, a fin de no incurrir en error cuando declarase sobre este asunto?

—Sí.

—¿Había algún otro pico como éste en su departamento?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—En el cajón de la despensa.

—¿La despensa de la cocina?

—Sí.

—¿Qué contiene ese cajón?

—Cubiertos, cuchillos, un sacacorchos, un abrelatas… distintos utensilios como éstos.

—Bueno —aprobó Mason—. Ahora, querría saber algo con exactitud: ¿Hubo dos picos de hielo en ese cajón?

—Sí.

—¿Es que usted depositó en su interior el pico con el cual Carl Harrod fue apuñalado?

—Sí.

—¿Cómo es posible? ¿No se dio cuenta, por tanto, de la importancia que…?

—Cuando Carl entró, me dio la impresión de que no se hallaba en su estado normal.

—¿Pensaba usted que había bebido?

—No… fumado.

—¿Marihuana?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Me dijo que había echado una cana al aire, esa fue su expresión, y que me había comprado un pico para el hielo. Y al decirlo, lo tiró dentro de la fregadera.

—Ya. ¿Y luego?

—Le dije que por qué diablos había comprado aquel pico, si el refrigerador del cual nos servíamos, ya nos daba hechos los cubitos de hielo.

—En efecto, ¿y qué más?

—Carl entró en la otra habitación, canturreando y sin responderme. Entonces, observé una pequeña manchita de color rojo en la fregadera, justo allí donde había tocado la punta del pico para hielo, una simple gota de agua, pero no le concedí importancia. Lavé el pico y lo metí en el cajón.

—¿Lavó usted el pico?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ignoraba dónde se lo había procurado Carl. Y, además, lo había llevado consigo no sabía donde. Así, pues, naturalmente, lo lavé antes de colocarlo en el cajón.

—¿Sabía usted que ya había otro pico igual en el cajón de marras?

—Con toda sinceridad, míster Mason, no. Me sorprendió mucho, cuando los agentes me pidieron que les entregase el pico, descubrir que había dos allí dentro.

—En tales condiciones… Tenga en cuenta que esta pregunta es muy importante y le ruego que la medite bien antes de contestar: ¿Podría darse el caso, toda vez que había dos, que usted se hubiese confundido de pico?

—¡Con toda seguridad, no!

—¿Qué es lo que le permite mostrarse tan categórica?

—Porque, de una parte, yo había colocado el pico en la parte delantera del cajón y el otro estaba al fondo. Además, sobre el otro pico no había ninguna etiqueta; en cambio me acuerdo muy bien haber visto una sobre el que trajo Carl.

Mason hizo una inclinación con el busto en dirección a su adversario.

—Entonces, no tengo nada que objetar a que ese pico sea

aceptado como pieza de convicción.

—Así queda decidido —decretó el juez Bolton.

—He terminado con este testigo. Señoría —anunció Calvert, repentinamente.

—Contrainterrogatorio —dijo el juez dirigiéndose a Mason.

El abogado permaneció algunos minutos contemplando la testigo y luego preguntó:

—Durante el curso de la conversación que sostuve con Carl Harrod, ¿no es cierto que éste declaró que a causa de la poca iluminación no podía asegurar que quien le había herido fuese la acusada? ¿No admitió la posibilidad de haber sido apuñalado por miss Katherine Baylor?

—¡Un momento! ¡Un momento! —gritó Calvert—. ¡No conteste a esta pregunta, miss Elliston! ¡Protesto, Señoría! ¡Esto no es admisible en un contrainterrogatorio! Cuando tuvo lugar la conversación con míster Mason, ahora es cuando lo hemos sabido, Carl Harrod hacía una especie de comedia con el fin de hacerse pagar daños y perjuicios, sin sospechar que iba a morirse. Por el contrario, la ley solamente considera dignas de expresar la verdad estricta, las palabras que salen de la boca de una persona en trance de muerte.

—No lo ignoro —admitió el juez Bolton—. Tan sólo una declaración hecha *in artículo mortis*, se acepta ante un Tribunal como prestada bajo juramento. Pero si Carl Harrod hubiese declarado aquí, bajo juramento, míster Mason hubiese tenido el derecho de preguntarle: «¿No hizo usted una declaración distinta en tal momento?».

—Cierto, Señoría, pero la situación no es la misma. En el caso que usted supone, sería a Carl Harrod en persona, a quien míster Mason hubiese planteado la pregunta y el mismo Carl Harrod la hubiese tenido que contestar. Mientras que ahora, míster Mason le pide a una tercera persona, explicaciones sobre unas pretendidas contradicciones de Harrod.

—Sea como fuese —persistió el juez Bolton—, me interesa escuchar la respuesta de la testigo. ¡La protesta no ha lugar!

Calvert viose obligado a inclinarse, pero lo hizo con una evidente desgana.

—Miss Elliston —fue el propio juez quien preguntó—, ¿hizo Carl

Harrod una declaración de ese género?

—No lo creo, Señoría, Yo sé que a míster Mason no le guía otro afán que el de enredar las cosas.

—¡No nos importa lo que piense usted sobre lo que hacía o no míster Mason! —la interrumpió hoscamente el juez Bolton—. Lo único que deseo saber es lo que declaró Carl Harrod.

—Está bien. Míster Mason, después de haber hecho resaltar la circunstancia de que el lugar de la agresión estaba casi sumido en la oscuridad, le preguntó a Carl si el golpe no se lo podía haber asestado Katherine Baylor.

—¿Y qué contestó Harrod?

—Se indignó mucho y declaró que no permitiría que míster Mason hiciera su contrainterrogatorio empleando tal sistema.

—Está muy bien —concedió el juez Bolton—. Puede usted proseguir, míster Mason.

—Después de haberme marchado, ¿telefoneó Carl Harrod a míster Baylor acerca de la hipótesis que yo acababa de apuntar?

—Él…

—¡No, no conteste usted! —intervino Calvert con su voz más agria que de ordinario—. Señoría, elevo mi protesta. No tan sólo la testigo no se halla capacitada para afirmar nada en este sentido, sino que tampoco lo está en este asunto del contrainterrogatorio, ya que en mis preguntas me he limitado a tratar de la declaración hecha *in articulo mortis*. Y, además, si Carl Harrod ha telefoneado, miss Elliston no podía saber quién estaba en realidad al otro extremo del teléfono.

—¿Sabe usted de cierto que Carl Harrod haya telefoneado a míster Harriman Baylor, después de la salida de míster Mason? —le preguntó el juez a la testigo.

—No, Señoría.

—Prosiga el interrogatorio de la testigo, míster Mason.

—¿Telefoneó a alguien Carl Harrod?

—Sí, se sirvió, en efecto, del teléfono.

—¿Pudo ver usted cuál fue el número que marcó en el dial?

—No.

—¿Le oyó usted llamar a la persona a la que telefoneaba? ¿Oyó usted si llamaba a esa persona por el nombre de «míster Baylor»?

—¡Protesto, Señoría! —se indignó nuevamente Calvert—. ¡Esto

no es probatorio! Si yo telefonease a Vuestra Señoría, le llamaría «Señor Presidente», lo que no demostraría en absoluto que mi conversación tenía lugar con el Presidente de los Estados Unidos.

—Comprendo su argumentación —concedió el juez Bolton—, pero ella concierne más al valor de este testimonio que al de su validez. En consecuencia, soy yo mismo quien le pregunta a la deponente: ¿Llamó Carl Harrod a alguien al que nombrara míster Baylor?

—Sí, Señoría.

—Gracias —dijo el abogado—. Esto es todo por el momento.

—En ese caso —volvió a levantarse Calvert—, deseo interrogar de nuevo a la testigo. Usted afirma que oyó pronunciar el nombre de míster Baylor, pero usted ignora si Harrod se refería a Harriman Baylor o a su hijo Forrester Baylor. ¿No es así?

—Sí, lo ignoro.

—Y ni siquiera puede saber si se trataba de algún otro míster Baylor, que no tuviese nada que ver con los dos mencionados, ¿me equivoco?

—No, claro está.

—¿Oyó usted que Harrod pronunciase el nombre de pila del tal Baylor?

—¿Se refiere usted a la llamada telefónica efectuada después de haberse marchado míster Mason?

—Sí.

—No, no pronunció ningún nombre de pila.

—Eso es todo —declaró Calvert.

—¡Pero no para mí! —objetó Mason, reteniendo a la testigo—. Usted acaba de especificar si se refería a la llamada telefónica que tuvo lugar después de mi marcha. ¿Es que hubo otra llamada telefónica para míster Baylor, entonces?

—Sí.

—¿Y cuándo se celebró la primera?

—Poco después de haber llegado Carl a casa.

—¿Y las dos veces oyó usted cómo llamaba míster Baylor a la persona que telefoneaba Harrod?

—Sí.

—Si no he entendido mal, esta primera conversación telefónica ocurrió tan pronto volvió Harrod a casa y antes de haberle dicho a

usted que acababa de ser golpeado con un pico para el hielo, mientras que la segunda se sitúa unos momentos después de mi marcha. ¿Es o no, así?

—Sí.

—Gracias —acabó Mason—. Esto es todo en cuanto a su testimonio. Pero, Señoría, en vista de la deposición de este testigo, me veo en la necesidad de hacer otra pregunta a la testigo Irma Karnes.

—¡Protesto! —exclamó Calvert, rápidamente—. La defensa tuvo todas las oportunidades que quiso en el momento del contrainterrogatorio a dicho testigo. No me parece justo que míster Mason pueda llamar a los testigos, cuando le venga en gana.

—Es a este Tribunal al que corresponde apreciar si es justo o no este proceder —le amonestó el juez Bolton con severidad—. Lo que este Tribunal desea, por encima de toda otra consideración, es llegar al fondo de la verdad. ¡Ujier, llame a miss Karnes!

Instantes después, Irma Karnes se reinstalaba en el estrado de los testigos. En aquel preciso momento, Mason se dirigió al ujier y le dijo:

—¿Quiere usted, por favor, llamar a mi secretaria, miss Della Street, que debe hallarse esperando en la sala de los testigos?

Cuando el ujier reapareció en compañía de Della Street, Mason dijo a la testigo:

—Miss Karnes, permítame que le presente a mi secretaria, miss Della Street. Mírela bien… ¿No la había visto nunca antes de ahora?

—No lo creo.

—Pues bien, fue miss Street quien le compró a usted el segundo lote de picos para el hielo, la noche del crimen. Es a miss Street a quien le explicó usted lo referente al aumento de precio.

Irma Karnes movió la cabeza con vehemencia.

—¡No, no fue ella!

Después, prosiguió con evidente satisfacción.

—Ya me habían prevenido que usted intentaría hacerme una jugada de esta clase, míster Mason. La persona que me compró los otros tres picos está sentada allí, al lado de usted. Es la acusada en este caso, Mildred Crest y no Della Street. En tanto que yo sepa, nunca en mi vida le he vendido nada a miss Street, nada en absoluto. ¡No permitiré que me induzca usted a error, míster

Mason!

—¿Está usted bien segura de no haberle nunca vendido nada a miss Street?

—Por todo cuanto recuerdo, ni siquiera la había visto en mi vida.

—¿Recuerda usted que cuando devolvió el cambio de los picos comprados por miss Street —remarcó Mason—, uno de ellos rodó por el suelo y ella se inclinó para recogerlo?

—Este incidente se produjo cuando yo le vendí los tres picos a la acusada —rebatió la testigo—. Es ella quien se lo ha contado a usted, es ella quien le ha dado todos los detalles, con los que usted quiere ahora desconcertarme, míster Mason. Pero yo sé muy exactamente lo ocurrido. Sé que vendí los tres picos por segunda vez a la acusada, Mildred Crest. La vi, la he reconocido y estudié sus rasgos, precisamente para no verme comprometida al declarar ante usted.

—Usted estudió sus rasgos, ¡oh, si! —exclamó Mason, con un tono de cólera en su voz—, pero ello fue en la comisaría y no cuando ella compró los picos, tal como ahora pretende.

—Estudié sus rasgos —repitió la testigo—, cuando me compró los picos.

—¿Y por qué?

—Pues, porque… porque no tenía la intención de permitir que usted me hiciese dudar, míster Mason.

—¡Pero cuando usted vendió los mencionados picos, no podía saber que yo la interrogaría acerca de dicha venta!

—Sea como quiera, sé muy bien lo que digo al afirmar que fue la acusada quien me compró los picos y nadie más —terminó la testigo, triunfalmente.

—¿Insiste usted en decir que no se los compró miss Della Street, aquí presente? —insistió Mason.

—¡No, no y no! —aseguró Irma Karnes, con un tono definitivo.

—Gracias —acabó Mason—. Esto es todo.

—Puede usted retirarse, miss Karnes, y permítame —le sonrió Calvert— felicitarla por la seguridad de su testimonio.

Irma Karnes bajó del estrado de los testigos, y al pasar por su lado, fulminó a Mason con la mirada.

—Debo declarar al Tribunal —dijo entonces Calvert— que no

tengo ningún otro testigo para que comparezca a declarar.

—En ese caso, Señoría —rogó Mason—, pido al Tribunal que exculpe a la acusada.

El juez Bolton meneó la cabeza.

—La audiencia preliminar tiene por objeto, únicamente, establecer si hubo crimen, y, si, razonablemente, puede detenerse a la acusada como presunta culpable del mismo. Lo cual me parece que ha sido de sobras establecido y probado. Sin embargo, el Tribunal está dispuesto a oír la deposición de la acusada, si es preciso.

—Vuestra Señoría —volvió a rogar Mason—, ¿podría concederme una suspensión de audiencia de quince minutos? Con franqueza, en este momento soy incapaz de decidir si he de hacer que mí cliente deponga y probar de obtener por tal procedimiento que se la exculpe inmediatamente, o bien dejar que el Tribunal la envíe delante de un jurado y reservar hasta aquel momento mi defensa.

—Esto es hablar con claridad —aprobó el juez Bolton—. Por tanto, y en vista de las circunstancias, el Tribunal concede un cuarto de hora de suspensión.

Capítulo 13

Mason, Della Street y Paul Drake, se reunieron en una de las salas contiguas, reservadas de ordinario a los testigos, para sostener una breve conferencia.

—Y así están las cosas —concluyó Mason—, Irma Karnes no vio a Della más que muy brevemente. Además, le hicieron creer que la persona que compró los tres picos fue Mildred Crest y le concedieron diez minutos largos para que pudiese imbuirse bien de su fisonomía, previniéndola que yo trataría de hacerla incurrir en contradicción. Y ya habéis visto el resultado.

—Y ¿qué piensas hacer? —preguntó Paul Drake.

—Podría hacer declarar a Della, quien juraría ser la que compró los picos. Esto no dejaría de impresionar al juez Bolton, pero para ello, sería preciso que acto seguido declarase Mildred Crest.

—¿Puedes permitírselo? —volvió a preguntar el detective.

—No —reconoció Mason—. Pero tal vez lo haga. En estos momentos el juez se halla visiblemente interesado en el caso. Si su reacción después de la declaración de Della es la que yo imagino, entonces iré hasta el final. Hay ocasiones en las que un buen abogado debe jugarse el todo por el todo.

—¿Eres capaz de leer en el semblante del juez Bolton sus reacciones mentales? —se interesó Della Street, con curiosidad.

—No, pero la inclinación de su cabeza me lo aclara. Cuando alguna cosa le interesa, proyecta su rostro hacia adelante. Si decide que el acusado es culpable, se recuesta contra el respaldo de su asiento. Durante el interrogatorio del último testigo, estaba inclinado hacia adelante. Le observaré mientras declare Della. Si se inclina hacia la mesa, entonces me tiraré a fondo. Y ahora, venid, volvamos a la sala de audiencias. Es preciso prevenir a Mildred de lo que va a ocurrir.

Una vez estuvieron aposentados en sus respectivos lugares, Mason murmuró al oído de su cliente:

—Mildred, si no la hago declarar, el juez la enviará ante un jurado.

La joven asintió con un movimiento de su cabecita.

—Si la hago declarar —siguió Mason—, tenemos una sola probabilidad, o mejor, ¡la sombra de una probabilidad!, de que consiga usted convencer al juez de que no debe fiarse de las apariencias en este caso. Si conseguimos hacer que piense que hay alguna cosa que no casa bien en el fondo de este asunto, tal vez no la dejará en libertad, pero decretará que las pruebas no son suficientes para deducir que se trata de un asesinato en primer grado y solamente la inculpará de homicidio por imprudencia.

—Lo cual sería una gran ventaja, ¿no?

—¡Una enorme ventaja! Si nos presentamos ante un jurado con inculpación de asesinato, varios de los jurados estimarán que las pruebas son suficientes. Uno o dos de ellos sostendrán que es usted inocente. Discutirán por espacio de varias horas y, por fin, llegarán a una fórmula de compromiso, tal vez, reconociéndola culpable de homicidio por imprudencia. Pero —continuó Mason—, si desde el principio se presenta el caso ante el jurado como un homicidio por imprudencia, no habrá lugar a tal compromiso. En consecuencia de lo cual, los que crean en su inocencia, acabarán por imponer un no ha lugar.

—De todos modos, usted quiere decirme que yo no debo esperar, en ningún caso, una absolución.

—Tenga en cuenta que le he pintado las cosas lo más sombrías posible. Y ahora dicho esto, ¿qué quiere usted hacer?

—Lo que usted me aconseje. Confío en usted por completo.

—Mi consejo es que se siente en el estrado de los testigos — díjole Mason—, pero le prevengo que será una prueba muy ruda para usted.

—Diré toda la verdad, simplemente.

—De acuerdo —terminó Mason—. ¡Atención! Entra ya el juez. La bola está en juego. No lo pensemos más. La haré declarar.

Capítulo 14

Al reanudarse la audiencia, el juez Bolton empezó diciendo:

—Observo que el fiscal Hamilton Burger se halla ahora presente ante este Tribunal.

Hamilton Burger se levantó con grave dignidad.

—Mis respetos para este Tribunal —dijo—. Los últimos acontecimientos del caso me han sido comunicados durante la suspensión de la audiencia. He aquí por qué, sintiéndome vivamente interesado, tanto personal como oficialmente, he deseado estar presente y no representado, a la reanudación de la misma.

»A raíz del contrainterrogatorio de la testigo de la acusación, Irma Karnes —prosiguió explicando el fiscal—, el abogado de la defensa ha hecho venir su secretaria, Della Street, y ha intentado hacerla pasar por la joven que compró los tres últimos picos. En consecuencia, seré yo mismo quien dirija el contrainterrogatorio de miss Street y me creo obligado a prevenirla, así como al propio Perry Mason, que la perseguiré por falso testimonio. Poner a prueba la memoria de un testigo es una cosa, pero intentar sostener una causa perdida con la ayuda de una falsedad es otra muy distinta. ¡La defensa está advertida lealmente!

—Pero —respondió Mason con suavidad—, si resulta que es Irma Karnes quien ha mentido, ¿también la perseguirá usted por falso testimonio?

—Irma Karnes —aseguró con aplomo Hamilton Burger— ha dicho la estricta verdad. Yo mismo he sostenido una conversación con ella y es imposible de todo punto poner en duda la veracidad de sus afirmaciones.

—No veo en qué puede interesar al Tribunal este intercambio de disparos verbales —intervino secamente el juez Bolton— entre la

acusación y la defensa. Míster Mason, ¿qué ha resuelto usted?

—He decidido aceptar el desafío lanzado por la acusación —tronó Mason—. Voy a hacer que declare miss Della Street.

Della ocupó el lugar de los testigos y prestó juramento.

—Miss Street, por favor, recuerde todas las cosas que ocurrieron el día dos del mes en curso. ¿Efectuó una operación de compra con Irma Karnes, encargada del «Bazar de los Arcos»?

—Sí.

—Por favor, ¿nos la quiere relatar?

—Yo me hallaba en el departamento de Mildred Crest, en compañía de usted mismo —empezó Della Street con gran firmeza en la voz—, cuando usted me pidió que fuese a comprar al «Bazar de los Arcos», tres picos para hielo, similares en todo a los que había en casa de miss Crest.

»Me presenté, pues, en el «Bazar de los Arcos», donde fui atendida por miss Karnes. Me explicó que el valor de dicho artículo acababa de ser aumentado en aquella misma noche y que si yo hubiese llegado antes, habría podido adquirirlos por un solo dólar. Mientras marcaba la venta en la caja registradora, antes de meter los picos en el saquito de celofán, uno de ellos cayó desde el mostrador y se deslizó hasta el suelo. Yo me agaché y lo recogí.

—Puede usted proceder al contrainterrogatorio de la testigo, señor fiscal —declaró pomposamente Mason.

Hamilton Burger se alzó majestuosamente.

—Miss Street, usted se halla al servicio de míster Perry Mason desde hace mucho tiempo, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Le es usted totalmente adicta?

—Sí, señor.

—Usted ha trabajado junto a él en innumerables casos en los que ha actuado. Su misión, según creo, es la de estar presente cuando míster Mason interroga a los testigos, para recoger sus respuestas por taquigrafía, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Se hallaba usted presente cuando míster Perry Mason procedió a interrogar a Carl Harrod?

—Sí, señor.

—Mi opinión es que, durante el dos de los corrientes, usted no

compró ningún pico para el hielo en el «Bazar de los Arcos», ni menos vio en dicho día a Irma Karnes. Esto se lo digo para darle una ocasión de retractarse. Tenga en cuenta que está usted declarando bajo juramento, de manera falsa a todas luces. Está usted incurriendo, pues, en falso testimonio. Después de este instante, ya no tendrá usted ninguna oportunidad de volverse atrás sin riesgo de castigo.

—Mi declaración expresa solamente la verdad —afirmó Della Street.

—¡Esto es todo! —declaró Hamilton Burger con un ademán definitivo.

Della Street miró a Perry Mason.

—No hay más preguntas, miss Della Street —manifestó el abogado.

Della Street bajó del estrado de los testigos con gran tranquilidad y pasó por delante de Hamilton Burger, con la cabeza muy erguida, en tanto el rostro de aquél expresaba una violenta cólera, a duras penas reprimida.

Mason se volvió hacia el juez Bolton.

—Ahora procederé a invocar el testimonio de la acusada —advirtió Mason con tranquilidad—, Mildred Crest.

Un tenso silencio se apoderó de toda la audiencia.

—Recuerde usted —murmuró Mason al oído de su cliente—, que el arma que debe emplear no es el *sex appeal*, sino la verdad y la sinceridad. ¡Vamos!

Mildred Crest se dirigió con mesurado paso hacia el asiento reservado a los testigos, levantó la mano derecha, prestó juramento y después contempló a Mason.

—Miss Crest —empezó el abogado—, deseo que usted nos relate lo que ocurrió el veintidós del mes pasado, particularmente la conversación telefónica que tuvo lugar entre usted y Robert Joiner. Pero, ante todo, explique al Tribunal quién es Robert Joiner.

—El hombre que iba a casarse conmigo.

—¿Había sido ya anunciado el compromiso?

—Sí.

—Muy bien. Ahora, díganos cómo se desarrolló la conversación telefónica con él, el veintidós del anterior mes, y lo que ocurrió a raíz de la misma.

Con voz más bien baja, Mildred Crest comenzó a hablar. Pero, poco a poco, su tono empezó a tranquilizarse y hacerse más audible. Luego levantó los ojos hacia el juez Bolton y se irguió, afianzándose más todavía.

Ayudada por las preguntas de Mason, contó la llamada telefónica que había recibido, el accidente de automóvil, el porqué había decidido cambiar su propia identidad con la de Fern Driscoll y las complicaciones que se siguieron; la visita de Carl Harrod, la de Katherine Baylor y la primera compra de picos para el hielo; después la visita a Perry Mason, la visita que éste le hizo junto con Della Street y, finalmente, cómo los picos habían sido reemplazados por Della.

Mason se inclinó ligeramente hacia el fiscal.

—Contrainterrogatorio —propuso.

Cuando Hamilton Burger se levantó, su voz expresaba simpatía.

—Si he entendido bien, miss Crest, ¿sufría usted un tremendo choque emotivo la tarde del veintidós pasado?

—Sí, señor.

—¿Usted no había sospechado nunca que su prometido estaba cometiendo una serie de desfalcos?

—¡No, señor, en absoluto!

—¿Pero usted debió darse cuenta de que él vivía por encima de lo que sus ingresos le permitían?

—Cierto, y no yo solamente, pero nos había contado que pertenecía a una familia acaudalada y que trabajaba con el exclusivo fin de iniciarse en los negocios.

—Por lo que, cuando usted supo la verdad, decidió romper con él acto seguido, ¿no?

—Sí.

—Y, sin embargo —aseveró Hamilton Burger, cuya voz se elevó con sarcasmo—, solamente algunas horas más tarde de haber roto con su prometido a causa de su deshonestidad, usted misma se convirtió en ladrona.

—¡No! —gritó Mildred Crest, con indignación.

—¿No? —repitió Hamilton Burger, exagerando su sorpresa—. Entonces, tal vez he oído mal su declaración. Me pareció haber oído que cogió usted el bolso de Fern Driscoll.

—Sí, pero lo hice con el exclusivo objeto de apropiarme su

personalidad, hasta que yo encontrase mi propio equilibrio.

—¿Cogió usted el bolso de mano de Fern Driscoll, con este solo objeto?

—Sí.

—Pero dentro del bolso había cuatro mil dólares. ¿Necesitaba usted cuatro mil dólares para hacerse pasar por Fern Driscoll?

—No.

—Pero usted cogió el dinero.

—Estaba dentro del bolso.

—¡Ah! *Estaba dentro del bolso* —dijo Hamilton Burger, imitando la entonación de la testigo—. ¿Está todavía allí?

—No.

—¿Quién lo sacó?

—Yo misma.

—¿Y qué hizo usted con él?

—Lo metí dentro de un sobre en el cual escribí: «Propiedad de Fern Driscoll».

—¿De veras? ¿Cuándo lo hizo usted?

—Antes de que la policía viniese a casa.

—Sí, sí, seguro que sí —sonrió el fiscal—. Pero ¿cuánto tiempo antes?

—Muy poco.

—Después de la visita de míster Mason, ¿no fue así?

—Sí.

—¿Y no es menos cierto que fue por consejo de míster Mason que usted cogió el dinero, lo metió en el sobre y escribió encima: «Propiedad de miss Fern Driscoll»?

—Sí.

—En aquel momento, ¿sabía usted que Carl Harrod había sido apuñalado por medio de un pico de hielo?

—Sí.

—¿Hizo usted lo del sobre para poder afectar un aire de virtuosa integridad cuando fuese llamada a declarar?

—Ni siquiera pensé que me llamasen a declarar.

—Usted, no, ciertamente —sonrió Hamilton Burger—, pero sí lo pensó su abogado, bajo cuyos consejos obró.

—Ignoro lo que pensó entonces mi abogado.

—¡Seguro, seguro! ¿Pero usted siguió dichos consejos?

—Sí.

—Y hasta que él se lo aconsejó, usted no había pensado en poner aquel dinero dentro de un sobre, escribiendo «Propiedad de Fern Driscoll». ¿Verdad que no?

—Yo lo había dejado aparte.

—¿Quiere decir con ello que todavía no lo había gastado?

—No tenía ninguna intención de gastarlo.

—¿Se preocupó usted de enterarse si Fern Driscoll tenía herederos?

—No.

—¿Informó usted a las autoridades del condado de San Diego, en cuya jurisdicción tuvo lugar el accidente, que usted estaba en posesión de algo que pertenecía a la víctima?

—No.

—Usted nos ha declarado que guardaba ese dinero aparte, como pertenencia de Fern Driscoll, pero usted misma vivía con ese nombre.

—Sí.

—¿Había descubierto usted la firma de Fern en el permiso de conducir y se aplicó en la imitación de la misma?

—Sí.

—¿Endosó usted algún cheque con ese nombre?

—¿Endosar un cheque? —se extrañó Mildred Crest.

—Sí, el cheque que representaba el salario de su primera semana, en su nuevo empleo.

—¡Ah, sí!, pero era dinero que *yo* había ganado.

—Entonces, ¿por qué juzgó necesario copiar la firma de Fern Driscoll, tal como usted la había imitado de su permiso de conducir?

—Porque pensé que tal vez debería mostrar aquel permiso de conducción como documento de identidad.

—¿No sabía usted nada sobre los antecedentes de Fern Driscoll?

—No.

—¿Ignoraba si tenía familia, algunos seres queridos que tal vez esperaban ansiosos su regreso? ¿No hizo usted ninguna investigación por su propia cuenta?

—No.

—¿Puso usted fuego deliberadamente al coche para facilitar así

su impostura?

—¡No!

—Pero el incendio debió iniciarse por una cerilla que usted frotó.

—Sí, pero ocurrió de manera accidental.

—¿Habría usted ya frotado otra cerilla, algunos instantes antes?

—Sí, esto es exacto.

—¿Sin que se hubiese producido ningún incendio?

—No.

—¿Por qué, pues, hizo una segunda tentativa?

—Ya le dije que había sido un accidente.

—Usted encendió la cerilla al ver que la primera no había producido el efecto deseado.

—¡No!

—Pero usted debía oler la gasolina que se iba extendiendo por el terreno.

—Sí.

—Sin embargo, usted frotó la cerilla.

—Quería ver en el interior del coche. Dejé escapar instintivamente la cerilla, porque me quemó los dedos. Así fue cómo se produjo el accidente.

—Me imagino que usted en muchas ocasiones habrá sostenido una cerilla encendida en su mano y que suele soplarla antes de tirarla al suelo, y antes de que le queme la mano.

—Sí.

—En tal caso, ¿por qué no lo hizo así entonces?

—Tenía otras preocupaciones en mi cabeza.

—¡Claro que si! —aprobó Hamilton Burger, sarcástico, y tras una pausa, agregó—: Cuando Katherine Baylor regresó a su departamento para dejarle los picos para el hielo que ella acababa de comprar para que usted se defendiese, caso de ser atacada, ¿le preguntó dónde los había adquirido?

—Sí.

—¿Se lo dijo ella?

—Sí.

—Por lo cual, pudo usted bajar inmediatamente después a comprar otros picos, con el fin de que si golpeaba a Carl Harrod con uno de ellos, pudiese demostrar su inocencia ante la policía, al

enseñarles que todavía tenía consigo tantos picos como le habían sido entregados por miss Baylor.

—¡No! ¡Eso no es cierto!

—Pensaba usted poder invocar el testimonio de su amiga, miss Baylor, a este respecto y…

—Yo no compré picos de ninguna clase.

—No solamente cogió usted cuatro mil dólares que no le pertenecían, a pesar de no considerarse por ello una ladrona, sino que fue a comprar tres picos para hielo a la testigo Irma, sosteniendo ahora lo contrario, sin pensar, presumo, que con este acto comete usted un falso testimonio.

—¡Yo no compré ningún pico! ¡Fue Della Street quien los compró en el «Bazar de los Arcos»!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Oí cómo míster Mason le ordenaba que fuese a comprarlos.

—También ha oído cómo Irma Karnes ha afirmado que era usted misma quien le había comprado dichos picos.

—Está confundida.

—¿Ha oído usted como ha asegurado lo contrario?

—Sí.

—Y a pesar de todo ello, a pesar de haber sido usted quien apuñaló de intento a Carl Harrod con uno de los picos comprados por usted misma, se ampara ahora en un cuento de hadas para hacernos creer que, después de haber reparado en que alguien se había introducido en su departamento, cogió un pico para el hielo y en aquel mismo instante, un hombre, precipitándose de improviso hacia la salida, vino precisamente a clavarse, él mismo, el pico en el pecho.

—Es la pura verdad.

Hamilton Burger contempló el reloj suspendido en la pared.

—Señoría, observo que ha pasado ya la hora del aplazamiento. No necesito mucho tiempo para terminar, pero creo preferible pedir al Tribunal que suspenda la audiencia hasta mañana.

—Muy bien —opinó el juez Bolton—. La audiencia queda aplazada. Se proseguirá mañana por la mañana, a las diez.

Capítulo 15

Perry Mason, Delta Street y Paul Drake, salieron del ascensor.

—Voy a llegarme hasta la oficina a ver qué ha ocurrido —anunció el detective—. Me reuniré con vosotros dentro de breves momentos.

—Perfectamente —aprobó el abogado—. Hazme saber en seguida si tus hombres han descubierto algo importante.

—Me parece que ella ha salido bien del trance —comentó Della Street cuando estuvo a solas con Perry en el despacho de este último—. El juez Bolton estaba inclinado hacia adelante y no le quitaba ojo.

—Sí, es un buen síntoma —convino Mason—. Esta historia de los picos para el hielo, aclara todo el caso con una nueva luz, ya que si Mildred Crest hubiese obrado como pretende Hamilton Burger, la chica habría dado pruebas de una enorme sangre fría y, por lo tanto, no tendría derecho a ninguna circunstancia atenuante.

—Sí; pero tengo la impresión de que el juez Bolton me ha creído —dijo Della Street.

—También lo pienso yo así.

La puerta de comunicación con la sala general se abrió y en el umbral apareció Gertie, la telefonista, exclamando:

—Me pareció haberles oído entrar. ¡Ha llegado, míster Mason!

—¿Quién ha llegado?

—¡Forrester Baylor! —anunció la romántica Gertie, volviendo a cerrar la puerta, y quedándose dentro.

—¡Ah, esto es otra cosa! —exclamó Mason.

—¡Oh, míster Mason! No hay que creer nada de lo que se dice sobre él. Yo, estoy bien segura de que la amaba. Se ve claramente que ha envejecido durante estos últimos días. El sufrimiento ha dejado sus huellas sobre su rostro y las arrugas del dolor y la…

—Baje de las nubes —la interrumpió Mason—. Haga entrar a ese joven y no se marche a casa hasta que yo se lo indique. Tendré necesidad de usted en la centralilla.

Gertie volvió a salir, con un revoloteo de faldas, lo que permitió apreciar la perfección de sus piernas. Poco después, introdujo al visitante.

Forrester Baylor era corpulento, a pesar de su aparente delgadez, y daba la impresión de no haber dormido en varios días. Sus manos, largas y fuertes, estrecharon vivamente la que le tendió el abogado, quien le presentó a Della Street, al tiempo que le invitaba a sentarse, preguntándole:

—¿Quién le ha dicho que viniese a verme, mister Baylor?

—Nadie, y nadie sabe tampoco dónde me hallo.

—¿Ni su padre?

Forrester Baylor sacudió la cabeza.

—Mi padre me prohibió que abandonara Lansing.

—¿Y su hermana?

—Kitty es una estupenda muchacha y hubiese podido confiarme a ella, pero no he querido que nadie supiese que estoy aquí. He dejado la maleta en la consigna del aeropuerto y he cogido un taxi. Como es de suponer, he viajado con un nombre falso, ya que de no hacerlo así, me habría estado esperando en el aeródromo un enjambre de periodistas. Bastante me ha costado ya sacudirme de encima a los de Lansing.

—¿Y por qué ha venido usted aquí?

—Para poder comunicarle lo que he descubierto.

—¿Qué ha descubierto usted?

—Fue mi padre, y no dudo que con la mejor intención del mundo, quien hizo todo lo posible para que Fern Driscoll dejase su empleo. Asimismo, deseaba decirle a usted que Fern era una chica encantadora y que no estaba encinta.

—¿Cómo lo sabe usted?

—De haberlo estado, me lo hubiese dicho. Y no era una muchacha que… que frecuentase la amistad de otros hombres.

—Por desgracia, míster Baylor, es muy frecuente que una mujer nos engañe, cuando la amamos.

—Fern no engañó ni engatusó en ningún sentido ni de ninguna manera. Estoy seguro de ello. Además, míster Mason, quisiera que

obligara usted a mi padre a que prestase declaración.

—¿Por qué?

—Porque deseo que ciertas cosas salgan a la luz del día. Él fue quien le entregó a Fern los cuatro mil dólares para que dejase Lansing.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque sé que no fui yo quien lo hizo. Además, mi padre no ignoraba que yo estaba a punto de pedirle que se casase conmigo. Y mi padre se oponía violentamente a mi proyecto. A sus ojos, Fern no era más que una vulgar secretaria y él, en cambio deseaba que mi esposa fuese una rica heredera, Carla Addis. Reconozco que Carla no me era del todo indiferente, pero cuando Fern se marchó, comprendí de pronto todo lo que representaba para mí, y ya no vacilé más. Hice todo cuanto me fue posible para hallarla, pero fue en vano. Después, mi padre me contó su trágica muerte, la autopsia y… En fin, todo esto fue una sacudida terrible para mí, pero sigo sin creer *aquello* de Fern.

—Las autopsias no mienten —dijo Mason. Baylor sacudió la cabeza.

—No, claro que no… y al fin y al cabo, ya es demasiado tarde para hacer reparaciones, pero deseaba decirle a usted que había sido mi padre quien le había entregado el dinero a Fern… ¡Y sabe Dios qué cosas le diría para incitarla a marcharse, como lo hizo!

—¿No tiene usted confianza en su padre?

—Le admiro muchísimo, y siento por él un gran afecto, pero en un asunto de esa clase, no le concedo ni pizca de confianza.

—¿Qué pretende usted de mí?

—Que obligue usted a mi padre a que declare y reconozca que fue él quien provocó la huida de Fern.

—Y eso ¿para qué?

—Porque esclarecerá muchas cosas.

—Esto no ayudará en nada a mi cliente —repuso Mason—. De todos modos, me alegra que haya usted venido a verme. Si lo hubiese hecho algunos días antes…

El abogado se interrumpió al oír llamar de un modo característico a la puerta del pasillo.

—Della, haz entrar a Paul Drake —dijo.

La joven obedeció prestamente y el abogado continuó:

—Drake, te presento a míster Forrester Baylor.

El rostro del detective no dejó transparentar ninguna emoción.

—Encantado de conocerle, míster Baylor —dijo, como si se tratase de una presentación en el transcurso de un *coktail party*.

—Soy el hijo de Harriman Baylor —se creyó el joven en el deber de puntualizar, picado aparentemente por la falta de interés de Paul Drake.

—Ah, sí, seguro —exclamó Drake, sin aparentar mayor atención —. Tengo nuevas para ti, Mason.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de los cuatro mil dólares.

—¿Ah?

—Sí. Provienen del Banco Nacional de Midfield, en Arkansas. Fueron cobrados allí, el 17 del mes pasado, por un muchacho de apariencia muy joven que, después de haber hecho cola como todo el mundo, le dio al cajero un billetito sobre el cual podía leerse que entregase al portador todos los billetes nuevos de cien dólares que tuviese a su alcance, que no apretara el timbre de alarma y que esperase cinco minutos antes de dar la voz de alarma. En resumen, lo habitual.

»El cajero —continuó Paul— entregó los billetes pedidos al joven, cuya voz, dicho sea de paso, no llegó a oír. Pero cuanto más lo piensa ahora, más está convencido de que se trataba de una mujer disfrazada de hombre. Las señas corresponden en todo a Fern Driscoll.

Forrester Baylor se abalanzó hacia Drake, gritando:

—¡Miente usted…! ¡Usted…!

Drake, que estaba muy acostumbrado a tales ataques, lo esquivó con suma facilidad, mientras Mason, cogiendo a Baylor por detrás, le inmovilizaba el brazo al tiempo que le decía:

—¡Vamos, vamos, cálmese usted!

—¡Es mentira! ¡Es una odiosa mentira! Fern era tan incapaz de obrar así como…, como usted mismo.

Mason dejó que el joven se hundiese en uno de los amplios sillones del despacho, reservados a los visitantes.

—¡No se mueva! —ordenóle con una voz tajante—. Y en lugar de dejarse llevar por sus nervios, será mejor que conserve un poco más despejado su cerebro para poder ayudarme. De momento,

necesito una foto de Fern Driscoll.

—¡Nunca, nunca habría sido capaz Fern de obrar así! —balbucía Baylor, como poseído.

—¡Una foto! —le gritó Mason casi al oído—. ¿Tiene usted alguna fotografía de ella?

Con un gesto casi mecánico, el joven sacó su cartera y la abrió. Dentro de un recuadro de celofán, sonreía la imagen de una muchacha. Mason se apoderó de la cartera, al tiempo que Drake añadía:

—También hemos encontrado el coche de Fern Driscoll.

—¿Dónde? —preguntó vivamente el abogado.

—En el fondo de un barranco, entre Prescott y Phoenix.

—¿Había alguien en su interior?

—Nadie ni tampoco ningún equipaje. La conductora pudo saltar a tiempo, sin duda.

—¿Llevándose la maleta? —subrayó Mason, cuya mirada se endureció de repente.

Drake sonrió.

—Por lo visto, las autoridades locales no repararon en ese pequeño detalle.

—¿A qué hora tuvo lugar el atraco en Midfield?

—A las diez y media de la mañana.

Mason extrajo la foto de Fern Driscoll y la entregó a Drake.

—Haz que saquen urgentemente copias de esta fotografía, Paul. Envía una a cada periódico, con la noticia del atraco.

Forrester Baylor dio un salto en su asiento, pero con un ademán de su mano, Mason le hizo estarse quieto.

—¿Cuál es tu idea? —se interesó Drake.

—¡No te importa por ahora! Vamos, apúrate antes de que alguien venga a entorpecer tu labor. Avisa al F.B.I.

—¡Pero estás procediendo a una acusación! —se extrañó Paul Drake.

Mason, que todavía retenía a Baylor por un brazo, contra el sillón, se volvió a medias hacia el detective.

—¡Sal de mi vista antes de que renuncie para siempre a tus servicios!

Por su parte, debatiéndose para ponerse en pie, Forrester Baylor exclamó en voz sorda, pero terriblemente sincera:

—¡Me las pagará usted, míster Mason! ¡Me las pagará, aunque deba consagrar a ello el resto de mis días!

Capítulo 16

El juez Bolton recorrió con la mirada la sala de audiencias, llena hasta los topes.

—El Tribunal —empezó— ha tenido conocimiento de las noticias de esta mañana aparecidas en los periódicos y ruega a todas las personas que se hallan presentes se abstengan de hacer ninguna clase de manifestación. Ayer suspendimos la vista, cuando la acusada estaba respondiendo al contrainterrogatorio del señor fiscal, míster Hamilton Burger. Que la acusada vuelva a ocupar su lugar en el estrado de los testigos.

—Es inútil, Señoría —intervino entonces Hamilton Burger—. Me he dado cuenta de que no tengo nada más que preguntarle a la acusada.

—¿Y la defensa? —demandó el juez.

—La defensa tampoco, Señoría.

—En tal caso, llame, por favor, a su siguiente testigo.

—Lo será míster Harriman Baylor —anunció el abogado.

—¿Cómo? —exclamó Hamilton Burger, estupefacto.

—¡Míster Harriman Baylor! —dijo Mason, elevando su voz varios tonos—. ¿Quiere, por favor, tomar asiento en el lugar de los testigos?

—¡Pero yo no sé nada de todo esto! —protestó Baylor, levantándose—. Si me ocupo del asunto, es solamente porque…

—Usted ha sido llamado a testimoniar —le cortó el juez, con severidad—. Acerqúese, por favor, y preste juramento.

—Con la venia del Tribunal —se aprestó entonces a intervenir Hamilton Burger—. Esta treta no es más que una burda maniobra planeada por míster Mason para enredar otra vez las cosas. He interrogado personalmente a míster Baylor y estoy firmemente persuadido de que ignora todo lo relativo al caso que aquí se

debate. Cierto es que conoce los antecedentes de Fern Driscoll, lo cual no dudo que es lo que la defensa hará resaltar, pero ello no tiene ninguna relación con el asesinato de Carl Harrod. Por tanto, no existe ninguna razón para que la defensa convoque a míster Baylor como testigo.

—El señor fiscal debería saber —hizo constar el juez Bolton— que la defensa tiene derecho a citar a cualquier testigo que bien le parezca. Así, pues, míster Baylor tomará asiento en el estrado de testigos y prestará juramento, después de lo cual, señor fiscal, podrá usted elevar sus protestas y objeciones, a medida que vaya siendo preguntado, si las tales preguntas le parecen fuera de cuestión.

Baylor se dirigió, de mala gana aparentemente, al estrado.

—Levante la mano y preste juramento —le dijo el juez Bolton.

—Con el permiso del Tribunal —advirtió Hamilton Burger—, debo decir que míster Baylor sufre de sinovitis, por lo que no puede levantar su mano derecha.

—En ese caso —resolvió el juez—, que preste su juramento con la mano izquierda.

—Un momento —protestó Mason entonces—. Con el permiso del Tribunal, elevo una objeción. El señor fiscal no tiene que testificar en este caso.

El juez Bolton contempló a Mason con sorpresa.

—El señor fiscal no ha testificado, señor Mason.

—Me permito, muy respetuosamente, Señoría, no ser del mismo parecer. El señor fiscal no vacila en emitir afirmaciones de la mayor importancia, como si fuese un testigo del caso.

—Cierto —reconoció el juez Bolton—, el señor fiscal ha dicho que miss Street había cometido falso testimonio, por lo que el Tribunal no hubiese dejado de llamarle al orden, de no estar convencido de que el señor fiscal había obrado así con la sincera intención de evitarle a una joven que se ve obligada a trabajar para vivir, el caer bajo la inculpación de falso testimonio.

—No me refiero a esto, Señoría —aclaró Mason—, sino a la declaración de míster Burger, según la cual míster Baylor sufre una sinovitis que le incapacita para levantar su mano derecha.

—¡Vamos, míster Mason! —exclamó el fiscal—. De sobras sabe usted que yo sólo he pretendido explicarle al Tribunal el estado de míster Baylor.

—¿Y cómo sabe usted que míster Baylor sufre de sinovitis?

—Porque tuve una larga conversación con míster Baylor en mi despacho privado, y él me lo contó con todo lujo de detalles.

Mason sonrió.

—Señoría, queda claro que el señor fiscal no tan sólo se permite testificar delante del Tribunal, sino que sus afirmaciones se fundamentan en simples «dicen que».

—¿Dónde pretende llegar usted con todo esto, míster Mason? —pidióle el juez.

—Señoría, según los términos legales, un testigo está obligado a levantar su mano derecha para prestar juramento, por lo que, cuando un testigo no puede hacerlo así, me creo en el deber de averiguar por qué razón.

El juez Bolton miró a Harriman Baylor.

—¿Es cierto que usted no puede levantar su mano derecha porque sufre una sinovitis en la misma parte de su espalda?

Se originó un largo silencio, al final del cual, la voz de Perry Mason se dejó oír para preguntar:

—Míster Baylor, la imposibilidad de levantar su mano derecha ¿no será debida más bien a una infección que sufre en el brazo derecho… debida a una herida causada por un pico de los de romper el hielo?

—¿Un pico de romper hielo? —exclamó el juez Bolton.

—Un pico de los que se usan para romper el hielo —confirmó Perry Mason—. Si el Tribunal quiere observar las fotografías que aparecieron en la prensa local cuando llegó a la ciudad míster Baylor, fotografías tomadas al descender del avión, observará que míster Baylor, que llevaba una cartera de cuero en su mano izquierda, tiene la derecha levantada en un gesto amistoso, dedicado seguramente a los periodistas. Si hemos de creer a lo que entonces escribieron los periódicos, míster Baylor ya sufría de sinovitis. Pero, si ello es cierto, dicha dolencia debía afectarle entonces su parte izquierda, ya que saludó levantando, no ya la derecha, sino todo el brazo. Por tanto —prosiguió Mason, impertérrito—, desearía saber exactamente si una sinovitis puede trasladarse de lado y el porqué. Para ello, pido, pues, que se llame a un médico que examine a míster Baylor y nos diga si sufre o no de sinovitis en el costado derecho. También quisiera saber el nombre

de los médicos a quienes míster Baylor ha consultado desde que llegó a nuestra ciudad, a fin de poder citarles como testigos y averiguar por ese método si no es una herida causada por un pico de romper hielo, lo que tiene míster Baylor en su brazo derecho.

—Míster Mason, creo que lleva usted adelante una acusación muy grave. ¿Tiene en qué apoyarse?

—Mi declaración tiene tantas pruebas en las que sostenerse, como las que tiene el señor fiscal para afirmar que míster Baylor no puede levantar su mano derecha debido a la sinovitis que sufre —replicó Mason.

El rostro del juez se ensombreció.

—¡Míster Mason, esta réplica bordea la ofensa a un magistrado!

—Lejos de mí tal intención, Señoría. Solamente deseo hacer resaltar que mis declaraciones son acogidas con las mayores reservas, mientras que el señor fiscal puede testificar libremente, fundándose sólo en habladurías y sin ser llamado al orden por el Tribunal. Por ello, sugiero, muy respetuosamente, al mismo, que haga examinar el brazo de míster Baylor y le pida los nombres de los médicos que le han atendido.

—Es inútil —exclamó bruscamente Baylor, con una voz desprovista de animación—. Míster Mason tiene toda la razón. La sinovitis se halla localizada en mi costado izquierdo. La incapacidad de mi mano derecha se debe a una herida provocada por un pico para romper hielo, que al principio solamente fue dolorosa, pero que después se infectó.

Esta declaración provocó tal efervescencia entre los asistentes que el juez Bolton se vio obligado a usar el martillo y amenazar con hacer evacuar la sala, antes de que la calma se restableciese. Después de lo cual, volvióse hacía el testigo, frunciendo ligeramente el entrecejo.

—Temo no haber comprendido bien…

—Es muy sencillo, Señoría —explicó Baylor—. Convencido de que miss Mildred Crest debía retener unas cartas que mi hijo había dirigido a Fern Driscoll, cuya publicación en un semanario dedicado a airear sucesos escandalosos, habría podido acarrear consecuencias graves para mi familia, estuve en su domicilio. Ella estaba ausente, pero yo pude penetrar en su departamento gracias a una llave maestra que el conserje del edificio me prestó a cambio de una

generosa propina. Ante todo, quité los fusibles del cuadro eléctrico a fin de no ser sorprendido y reconocido. Estaba buscando las cartas, a la luz de una linterna, cuando llegó la acusada. Rápidamente apagué la linterna y me precipité hacia la joven que me obstruía el paso hacia la salida. No queriendo hacerle daño, avancé mi mano hacia adelante, sin darme cuenta de que en la suya blandía un pico para romper hielo. De resultas de mi propio impulso, el pico penetró en mi carne, en el brazo derecho, cerca del hombro, por lo que le fue arrebatado de manos de miss Crest. Me marché, descendiendo las escaleras a toda velocidad.

»Por lo visto —prosiguió—, Harrod vigilaba por los alrededores y me había visto entrar. Llevaba consigo un aparato fotográfico y tomó una foto en el momento en que yo me disponía a entrar en mi coche.

»El semanario al cual Harrod se proponía vender la historia de los amores de mi hijo con Fern Driscoll, le habría pagado un precio altísimo, con toda seguridad, por una noticia en la que se asegurase que yo me había convertido en reventador de pisos.

»Pensando poder hacerme con las cartas aludidas, por el buen camino, llevaba sobre mí una gruesa suma de dinero. Así fue como puede entregarle diez mil dólares a Harrod, para que me ayudase a salir del atolladero en el que me había metido. Para mí no había otra salida.

»Carl Harrod me prometió que una vez en su casa, telefonearía a míster Mason para contarle que miss Crest le había atacado con el pico a él.

»Yo estaba seguro, en efecto, de que miss Crest no había podido verme el rostro, pero que, sin embargo, no dejaría de contarle lo ocurrido a su abogado. Gracias a la llamada de Harrod a míster Mason, creí que podría permanecer, a mi vez, fuera de toda complicación.

»De regreso a mi hotel, avisé que no quería recibir a nadie, ni siquiera comunicaciones telefónicas, excepto las de un tal Howley. Era el nombre que habíamos convenido con Harrod para cuando tuviese que darme cuenta de su entrevista con míster Mason. Si conseguía convencer a este último que era él quien había recibido el golpe, yo debía entregarle otros diez mil dólares. Me daba cuenta de que más adelante exigiría mayores cantidades, pero entonces no

podía pararme a meditarlo.

»No se me ocurrió pensar que míster Mason haría que un médico le examinase la herida, ya que estaba seguro de que su cliente le contaría la misma historia. Yo le dije a Harrod que declarase haber recibido el golpe en la espalda, pero él quiso exagerar las cosas, asegurando haberlo recibido en pleno pecho. Su idea era proponerle a míster Mason callarse sobre el golpe, a cambio de la entrega de las famosas cartas, sabiendo asimismo que yo se las compraría más caras que el periódico.

»Esta es toda la verdad, Señoría. Lamento haberme prestado a tales manejos, pero bien cara he pagado ya mi falta.

El juez Bolton consideró durante unos momentos a Hamilton Burger, hundido ante su pupitre y desamparado, y luego se encaró con Perry Mason.

—Si ésta es toda la verdad, ¿quién fue el causante de la herida que mató a Carl Harrod?

—Sólo hay una persona que pudo hacerlo, Señoría —respondió tranquilamente Mason.

»Tal como ha manifestado el testigo, Carl Harrod no pensó ni por asomo que yo le haría examinar por un doctor. El no tenía ninguna herida cuando yo le hablé. Pero yo me despedí, diciéndole que iba a enviarle un doctor para que le reconociese. En estas condiciones, y deseando que su plan no fracasase, rogó a la joven que vivía con él, que le hiriese en pleno pecho, sirviéndose del pico para romper hielo. Claro está que de manera superficial, pero Nellie Elliston debió de aprovechar la ocasión que se le ofrecía de apoderarse de la importante cantidad de dinero que míster Baylor acababa de entregarle a Harrod… ¡y hundió el pico lo más profundamente posible, hasta llegar al corazón! Después de lo cual, se puso a planear la puesta en escena y las declaraciones *in artículo mortis*, que mencionó en su declaración.

El juez Bolton contempló a los asistentes, y luego dirigió su mirada hacia Perry Mason.

—¿Cómo ha llegado usted a esa conclusión, míster Mason?

—Señoría, yo sabía que la segunda vez, Della Street era quien había comprado los tres picos. Si Irma Karnes ha identificado a la acusada como la compradora, ha sido únicamente porque estaba imbuida con esta idea, gracias a los métodos usados por la policía.

»Cuando aquella noche tuve una conversación con míster Baylor, me tendió su mano izquierda, alegando que sufría una sinovitis en el costado derecho. Luego recordé la foto que le había sido tomada al llegar al aeropuerto, y comprendí que me había mentido. Después, no fue difícil adivinar el resto.

—El Tribunal —dijo el juez Bolton— ha observado que miss Nellie Elliston ha abandonado precipitadamente la sala cuando míster Mason nos ha anunciado que iba a revelar por qué míster Baylor no podía levantar su mano derecha. En consecuencia, sugiero al señor fiscal que tome las medidas necesarias para que miss Nellie Elliston pueda ser interrogada de nuevo. Este Tribunal también hace saber al señor fiscal que reprueba en alto grado los procedimientos que fueron usados para que un testigo pudiese cometer un error de identificación, manteniendo *mordicus* y procurando de buena fe que no tuviese ninguna posibilidad de equivocarse. Es para evitar tales anomalías, susceptibles de engendrar los mayores errores judiciales, de los cuales tenemos lamentables ejemplos, que debe hacerse desfilar entre otras personas, al sujeto que se trata de hacer identificar.

—Señoría —dijo entonces Mason sonriendo—, desearía ahora que se llamase a mi último testigo, Fern Driscoll.

—¿A quién? —exclamó el juez Bolton, que en seguida añadió con buen humor—: ¿Se trata de una broma, míster Mason?

—No, Señoría, deseo de veras que miss Fern Driscoll acuda a prestar su testimonio. Está esperando en la estancia vecina. Si el ujier quiere ir a buscarla…

—¡Silencio! —gritó el juez Bolton—. ¡Silencio en la sala! No toleraré que tales demostraciones se renueven. ¡O se abstiene de hacerlo la concurrencia, o me veré obligado a hacer desalojar! En cuanto a usted, míster Mason, le inculparé de ultraje a un magistrado, si no está en situación de traernos un testigo llamado Fern Driscoll.

—Hela aquí —fue cuanto dijo Mason. Bruscamente, se produjo un silencio total entre los asistentes, en tanto que una joven, de ojos negros y hermosa cabellera castaña, se dirigía al estrado de los testigos y levantaba la mano derecha para prestar juramento.

—¿Su nombre? —le preguntó el juez.

—Fern Driscoll —dijo con voz clara.

El juez contempló a Mason, arrugando el entrecejo.

—Puede preguntar a la testigo —le dijo.

—Por favor, ¿quiere usted relatarnos lo que ocurrió cuando usted abandonó su empleo de los «Establecimientos Baylor», en Lansing, de Michigan? —le pidió Mason.

—Abandoné mi empleo porque me sentía muy desdichada. Una serie de acontecimientos más que desagradables me habían llevado a tomar esta decisión, así que, cuando tomé mi coche para marcharme al Oeste, estaba profundamente deprimida.

—¿Tomó usted a bordo de su auto a una joven que practicaba el auto-stop?

—Sí.

—¿Cuál fue el resultado?

—Aquella joven me contó que creyó en el amor de un hombre que le había jurado estar dispuesto a divorciarse para luego casarse con ella. Después averiguó que él no tenía tales intenciones cuando descubrió que se hallaba encinta. Que por entonces había perdido a todos sus amigos y no tenía ningún dinero.

—Prosiga —la animó Mason.

—Creo que su desventura había influido un poco en la perfecta coordinación de sus ideas. Sea como fuese, lo cierto es que en un momento propició, me golpeó, dejándome inconsciente para poder apoderarse de mi bolso. Cuando volví en mí, me hallé tendida en la cuneta de la carretera, mientras que mi acompañante había huido, llevándose mi coche, y cuanto en él había. Hice una denuncia, claro está, pero no pareció que la cosa les interesara demasiado. Fue tan solo cuando se me creyó autora de un atraco cometido en un banco, que el F.B.I. tomó cartas en el asunto. Me hallaron en menos de una hora.

»Inútil es decir que ignoraba todo lo relativo al atraco en cuestión, así como mi pretendido asesinato. Sólo sabía que una joven, usando mis documentos de identidad, mi bolso y mis pertenencias, era objeto de un proceso.

—La acusada, aquí presente, ¿es la joven que le robó su coche? —preguntó Mason.

—¡De ninguna manera!

Mason se volvió hacia Hamilton Burger, cuyo estupor le obligaba a abrir los ojos hasta el límite y le dijo con una sonrisa:

—La testigo está a su disposición.

—Yo… no… ninguna pregunta. Gracias —contestó Burger.

—Por mi parte, he concluido, Señoría —dijo también Mason.

—¿Tiene algo que añadir el señor fiscal? —se informó el juez.

Burger se contentó con mover negativamente la cabeza.

—Este Tribunal declara que no ha lugar al procesamiento de la acusada y da la audiencia por terminada —sentenció el juez Bolton.

Fern Driscoll abandonó el estrado de los testigos, cuando de pronto quedó inmóvil, al ver a un joven que se precipitaba hacia ella.

—¡Forrie!

Forrester Baylor la tomó entre sus brazos, la estrechó contra su pecho y sin disimular las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas:

—¡Querida! ¡Oh querida mía! —dijo, al fin—. ¡Querida…!

Y los fotógrafos estuvieron tan sumamente ocupados tomando vistas de aquella escena, que Mason y su cliente pudieron abandonar la sala sin que nadie se diera cuenta.

Capítulo 17

Mason cerró la puerta de su despacho y cuando Della Street le cogió por el brazo él pudo ver que estaba llorando.

—¡Oh, Perry!… Me encuentro tan agitada… Tengo unas ganas de llorar…

Mason le dio unos amistosos cachetitos.

—De acuerdo, empieza a hacerlo.

—De qué modo la miraba… ¡La quiere, la quiere de veras!

—No habría debido dejarla marchar, pero como tantos hombres felices, no veía más allá de sus narices.

Della Street le dirigió una mirada pensativa y luego preguntó:

—¿Cuándo te enteraste de que ella vivía?

—Cuando las personas empiezan a obrar de una manera que no es la suya propia, siempre hay que preguntarse la razón de su cambio. Cada vez que sabíamos algo nuevo sobre Fern Driscoll, descubríamos también algo que estaba en aparente contradicción con su vida anterior. Además, Forrester Baylor afirmaba que ella no podía estar encinta de dos meses, cosa que le habría dicho, y que no era mujer para tener amigos.

»Cuando, después, supe que el dinero que había dentro del bolso de Fern Driscoll era el producto de un atraco y que el coche de Fern había sido hallado, no fue preciso meditar mucho para llegar a la conclusión de que la pasajera de Mildred Crest no pudo ser Fern Driscoll. Al fin y al cabo, lo único que sabíamos de cierto era que tenía una maleta y un bolso de mano de miss Driscoll, y que se servía de ese nombre.

»Me dije que si lográbamos que la prensa publicase que Fern Driscoll era buscada como sospechosa de haber cometido un atraco en Midfield, seguramente obtendríamos sabrosos resultados. La cosa no falló y, gracias al corresponsal de Paul que consiguió obtener

billete para el avión que trajo a Fern Driscoll aquí, hemos podido aclarar cuanto había de desconcertante en ese embrollo. Tras lo cual no me quedaba más que hacer declarar a Harriman Baylor para cerrar definitivamente este caso.

—Pero no habrías soñado en hacerle declarar si no…

—¡Yo habría debido comprenderlo todo en seguida! —la interrumpió Mason, con despecho—. Yo *sabia* que Mildred no había podido herir a Carl Harrod con el pico que se nos presentaba como causante del crimen. Entonces, una de ambas cosas: O Nellie Elliston había confundido los picos, o era ella quien había golpeado a Carl Harrod, ya que nadie más podía haberlo hecho. Pero Nellie aseguró no haber confundido los picos… lo que me probó que mentía.

—¿Y Mildred Crest? —preguntó Della—. ¿Qué será de ella?

El semblante de Mason se endureció.

—A Mildred Crest los «Establecimientos Baylor» le propondrán un buen empleo. Y míster Harriman cuidará personalmente de que se aquilaten sus méritos debidamente.

Della Street elevó sus ojos hacia Mason.

—¿Quieres inclinarte un poco para que pueda besarte sobre la frente?

El rostro de Mason se aclaró y respondió con una cierta sombra de ternura:

—Temo, Della, que no podré inclinarme tanto. ¿No sería lo mismo besarme un poquito más abajo?